

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1915 A 1916

por el Doctor

D. Federico Murueta Goyena

Catedrático de la Facultad de Medicina



Tipografía CUESTA, Valladolid
Macías Picavea, 38 y 40



Handwritten text, possibly a date or reference number, including '17-16'.

Handwritten number '465001'.

BiCe
Disc. Apert. UVA1915/6



5>0 0 0 0 4 1 9 5 3 9



DISCURSO

leído en la

Universidad de Valladolid

en el acto solemne de la inauguración

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1915 A 1916

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1915 A 1916

por el Doctor

D. Federico Murueta Goyena

Catedrático de la Facultad de Medicina



Tipografía CUESTA, Valladolid
Macías Picavea, 38 y 40

EXCMO. SEÑOR:

Apenas si puedo disimular una extraña sensación de inquietud no exenta de turbación que en estos momentos experimento, al ver que soy yo, el más modesto é incapacitado de entre todos vosotros, quien haya de llevar en esta solemnidad, la voz augusta y cariñosa de nuestra *alma mater*.

Únicamente el cumplimiento de un deber reglamentario, impuesto por riguroso turno, puede disculpar mi atrevimiento de venir á ocupar, en el día de hoy, esta veneranda tribuna que, con el relieve de su sólido saber y el notorio prestigio de sus nombres, tanto han ilustrado y enaltecido nuestros mayores.

La primera y más importante dificultad con que tropiezo, arranca de la cuestión árdua de la elección de tema para una oración inaugural, que convenga ó sea apropiado á la naturaleza del presente acto académico.

Unos, llevados del buen propósito de afirmar aún más sus conocimientos, escogen el tema, dentro del campo de la asignatura que explican; otros acuden á sus personales aficiones, abordando aquellas cuestiones que particularmente han trabajado más ó mejor conocen; y algunos presentan asuntos de novedad ó de palpitante actualidad científica, aportando á la doctísima consideración del ilustrado auditorio que les escucha, la última palabra que la ciencia ha pronunciado sobre la cuestión, y que ellos se apresuran á poner sobre el tapete de la crítica; pero todos sin excepción, imbuídos de la idea de imprimir á sus composiciones y manifestaciones un sano espíritu de avance, procuran ofrecer el resultado de sus largas meditaciones, el fruto sazonado de hondas y pacientes investigaciones, agotando á este efecto

cuantos recursos les sugiere su personal ingenio, y dejando á la vez entrever que han puesto en juego, al elaborar sus propias y particularísimas concepciones, toda aquella habilitación de medios y de aptitudes, de que han podido disponer y de que son capaces.

Mi aspiración es más modesta: concretándome á consignar una sencilla relación de un viaje científico, me basta salir del compromiso, realizando lo menos mal posible el delicado y honrosísimo encargo que habeis tenido la dignación de encomendarme, dándome por satisfecho con que las mal pergeñadas líneas que figuran á continuación, no sean indignas, ni de la fiesta literaria que estamos celebrando, ni de vosotros mismos, que siempre indulgentes para con los incorregibles excesos de la supina ignorancia, sabréis perdonar mis faltas.

Tomo como razón de mi discurso, un cúmulo de notas que hube de recabar el año de 1901, jirando una visita de instrucción á las escuelas de los principales centros de población de los Estados Unidos de Norte-América.

Y con el fin de no resultar enojoso, daré por terminado el exordio, pasando á formular el tema, que es como sigue: **RÁPIDO EXAMEN DE LAS MODERNAS MANIFESTACIONES DE LA ESCUELA AMERICANA, SEGUIDO DE UN BREVÍSIMO PARALELO ENTRE ELLA Y LA ESCUELA EUROPEA.**

Al pretender desarrollarlo, mi objetivo no es otro que el de someter á vuestra sabia y benévola consideración, cuanto he visto, oído ó leído, acerca del tema enunciado, objeto ó sujeto de mi trabajo.

La América sajona cuna de la Pedagogía Científica.

América, ha dicho Herder, es la última parte de la tierra y la más difícil de conocer. ¿Qué luz han podido arrojar los hombres en el cuadro tenebroso de América? ¿Hallaron en ella sus descubridores los restos de una civilización ya perdida ó los destellos de una civilización naciente? Es sensible la carencia de noticias detalladas relativas á la época de la antigua civilización americana, pues las relaciones naturales no bastan para explicar los vacíos y los defectos de la misma.

¿Partió el impulso inicial de la Europa, de esa porción de la tierra tan privilegiada, asiento de la civilización y heredera de las riquezas y de las miserias de las otras regiones del mundo? Recordemos la observación de Martius: «Sobre las ruinas de la antigüedad americana no se ha extendido el modesto musgo, que cubre los escombros de la grandeza romana y germánica, como un símbolo de dulce melancolía; acaso en América sobre los monumentos de pueblos ya desaparecidos, se elevan sombrías selvas que ocultan entre el ramaje y la hojarasca lo que fué edificado por la mano del hombre».

La historia, á la vez tesoro y espejo de la vida humana, no nos instruye con su experiencia, acerca de este hecho concreto.

En opinión de Ratzel: «El antagonismo entre pueblos pastores y agricultores, de que trata la historia del mundo antiguo, es en el nuevo el antagonismo entre tribus nómadas y tribus sedentarias, como se reconoce á cada paso en la historia de Méjico. En América, lo propio que sucedió en el Irán y Turán, las hordas salvajes del Norte, cuya organización militar estaba muy desarrollada, luchan contra los toltecas. A ellas se puede atribuir alguna participación en la forma política de la antigua cultura americana.

La falta de esta política y esta cultura entre las tribus que moraban en un territorio rico en colinas artificiales, sirvió de base para negar que estas obras fuesen suyas»¹.

Los europeos no podemos menos de mirar con asombro á ese coloso que se levanta del otro lado del Atlántico, mezcla de todas las razas y religiones; Roma sin Capitolio, imperio sin Césares; que no adora otro ídolo que el talento y el trabajo..... sobre todo el trabajo, único talismán que ha convertido cada uno de sus esfuerzos en una nueva y prodigiosa obra de creación homérica de verdadero canto á la vida, en un himno grandioso entonado en loor de lo que pudiera denominarse «apoteosis de la bella energía».

Los Estados americanos (compuestos de cuarenta y siete Estados y cinco territorios), ligados por la independencia, cuya población en 1787 apenas si alcanzaba la cifra de cuatro millones, contaban en 1911, según las estadísticas del Registro general de educación, noventa y tres millones setecientos mil habitantes. Entre estas cifras figuran diez millones de negros y de pieles-rojas, que frecuentan los cursos escolares únicamente durante un período corto ó casi nada. Según cálculo, veinticinco millones de jóvenes, de edad de cinco á diez y ocho años, ó sea más de la cuarta parte de la población total, sin eliminar á la raza de color, siguen los cursos de las escuelas elementales y secundarias. Su cifra es elocuente y habla muy alto sobre la intensidad del desarrollo de la educación nacional.

A dos causas obedece este maravilloso florecimiento: los Estados Unidos no están cercados ni limitados por pueblos poderosos; la riqueza de su suelo y la libertad de las instituciones atraen una inmigración continua.

Las dos circunstancias principales que caracterizan la geografía de los Estados Unidos, es la majestuosa extensión de los ríos y la poca altura de las montañas.

De las tres regiones en que se divide su territorio accidentado, la oriental comprende los estados del Este ó de la cuenca del Atlántico, la región central, abarca la dilatada cuenca del Misisipi

¹ Ratzel, *Las Razas Humanas*, página 417. Montaner y Simón, Editores, Barcelona, 1888.

y de los otros ríos que desembocan en el golfo de Méjico, y la región occidental, abraza las comarcas situadas al oeste de las montañas Peñascosas, en la cuenca del Grande Océano ú Océano Pacífico.

Por efecto de pasar el viento que viene de la dilatada extensión de los hielos del continente por los variados niveles de terreno que componen la América Confederada, su clima es uno de los más inconstantes y caprichosos del mundo. Un cambio de 12 grados en el termómetro centígrado, en un mismo día se cuenta entre las cosas ordinarias, y los mismos indígenas se quejan de las súbitas variaciones de temperatura.

A pesar de todas estas desventajas naturales no hay otra zona en el planeta más ricamente dotada por la Naturaleza. Su suelo es fértil, la vegetación espléndida y feraz.

Tiene aguas y pastos abundantes, y cuando la inmigración, cada vez mayor y más imponente, vino á prestarle la fuerza viva, la actividad y la utilización de medios que necesitara para desarrollar sus recursos naturales, se constituyó en uno de los países más prósperos y deliciosos de la tierra, en una Arcadia pintoresca en donde la fortuna da confianza en el porvenir y facilita el *libre vuelo* de las facultades y capacidades inherentes á cada una de las razas.

Generalmente hablando, los Estados Unidos no ofrecen los hermosos prados de Europa; mas la curiosidad de los jardineros ha operado una verdadera transformación en los cultivos, y hoy compiten aquéllos con los mejores del mundo.

La flora americana ostenta en todas partes sus principales maravillas y el eterno verdor de las sábanas, y muy especialmente en Virginia y en los estados del Sudoeste: la imponente magnificencia de los primitivos bosques, y la exuberancia silvestre de los pantanos, cautivan todos los sentidos por los atractivos de la forma, del color y del perfume.

M. de Chateaubriand ha descrito de una manera admirable el contraste de la naturaleza salvaje que va desapareciendo y de la agricultura que va extendiendo allí sus dominios: «Reinaba en aquel sitio—dice—la mezcla más interesante de la vida social y de la vida de la naturaleza; descubríase una agricultura naciente; en un ángulo de un cipresal del antiguo desierto rodaban las

espigas en oleadas de oro por el tronco del caído roble; levantábase la gavilla de un estío sobre el árbol de diez siglos; en todas partes había bosques entregados á las llamas que lanzaban al aire la más espesa humareda, al paso que entre los despojos de sus raíces abría lentos surcos el arado; los agrimensores medían el desierto con largas cadenas, y los árbitros establecían las primeras propiedades; cedía el pájaro su nido, y se trocaba en cabaña el asilo de la fiera; zumbaban las fraguas, y los arados lanzaban por última vez unos ecos que desaparecían entre los árboles que les servían de asilo».

Aun no hace mucho, los cultivadores de sus campos vírgenes eran unos pobres inmigrados que para alimentarse tenían que esperar, como el suplicio de Tántalo, á que llegase la harina que les mandaban de Nueva York. Hoy—consuelo da el consignarlo—alimentan con sus cereales al mundo entero. Ni los Faraones pudieron sospechar con tales y tantas existencias. ¡Qué dicha tan grande es poder comprar una fanega de trigo por cincuenta céntimos, que es lo que allí cuesta! La unidad de medida en Chicago no es una fanega, sino una cantidad de cuarenta fanegas.

Los cereales corren en América, sobre todo en Buffalo y Baltimore, como ríos, de los ascensores á las bodegas de los buques. ¡Ah! si los transportes no costasen tan caros sería desconocida el hambre hasta entre los mismos parias de la India y la China. Dios ha provisto, sin duda, con tanta abundancia de pan á los Estados Unidos para los millones de criaturas á quienes no les es fácil proporcionarse alimento. ¿No son providenciales esas silenciosas vías de comunicación del Misisipí, Erie, Ontario, San Lorenzo y Chesapeake? Hay cosechas tan abundantes que algunas veces el grano sirve de combustible en Michigán, Wisconsin, Minnesota é Illinois; ¡Horror da pensar que mientras tantas criaturas se mueren de hambre, se queme el grano en los Estados Unidos! Tal es la Cérés americana. Y todo esto ocurre en un ambiente de inclemencia, sometido á constantes sacudidas atmosféricas. Por algo se ha dicho que es fecundo el suelo americano.

Las ciudades de los Estados Unidos están edificadas en forma de cuadrados ó tableros de juego de damas, y en Baltimore, por ejemplo, el número ó la letra de una calle indica su posición. Las calles que corren de Norte á Sur se llaman avenidas y están

numeradas de Occidente á Oriente. Todas aquellas que van en dirección contraria, se hallan numeradas de Norte á Sur. Las grandes avenidas ó calzadas, atraviesan el sistema cortándole diagonalmente. Ninguna ciudad Europea cuenta con amplias calles de acceso franco como Nueva York, Boston, Chicago, Nueva Orleans, Filadelfia, Cincinnati y la Capital Federal (Wáshington).

En la América septentrional, las ciudades, como los hombres, obedecen á ciertas leyes de adaptación y crecimiento que sería enojoso relatar. La industria es hija de la necesidad y las circunstancias locales. El comercio se guía por la facilidad inverosímil de las comunicaciones y la baratura de los transportes. Wáshington es un centro político, Baltimore un centro comercial, no obstante encontrarse tan próximos. Lo propio ocurre con Liverpool y Manchester, centro marítimo el primero, emporio manufacturero el segundo.

Ningún país tiene tan grandes y fértiles tierras de pan llevar como los Estados Unidos. Illinois, para el caso, ayer tan despoblado y pobre de recursos como las Pampas, ella sola produce hoy tantos cereales como las primeras naciones de Europa.

La gran república americana, al tenor de las antiguas repúblicas, más bien que un fondo democrático, ostenta el carácter de una especie de aristocracia, pero una aristocracia de matices variadísimos, en continua evolución, llena de desigualdades, siempre inevitables.

El simple aspecto de una calle de cualquier centro de población de Norte América, es una imagen acabada de cuanto vamos apuntando: junto á los famosos «rasca cielos» de 40 y 50 pisos, figuran viejas y humildes residencias, edificadas con arreglo al estilo predominante en Europa.

Wáshington, el hombre providencial que la suerte deparó al país americano, consigue con el prestigio de su autoridad, el testimonio de su simpatía, y el brillo, en fin, de sus virtudes ciudadanas, oscurecer á las más grandes figuras de la historia. Aunque de origen privilegiado, aunque descendiente de realista, al capitanear las tropas no pidió recompensas, no elevó familias á la herencia perpetua de honores y dignidades. Peleó bizarramente por la libre federación de todos los Estados, unidos sólo en la

autoridad pública común; rehusó las dádivas que le ofrecían sus conciudadanos; se consagró al bien público no por el interés que pudieran reportarle sus servicios, sino por su natural vocación á practicar el bien; su bello ideal fué éste: imprimir al espíritu americano una dirección eterna en el sentido del progreso humano.

Y por tan innúmeras y raras virtudes, un pueblo de demócratas y niveladores pone hoy agradecido al pie de sus estatuas esta sencilla inscripción, que es el más alto premio á que pueden aspirar los hombres: *Padre de la patria*.

Este hombre, dotado de una imaginación ardiente, y prevalido de la abnegación del ejecutante y de la enérgica voluntad del jefe, ha sido sin disputa el prototipo de los «hombres representativos» de quienes hablaba Carlyle, esto es, una individualidad saliente dentro de esa hornada de hombres extraordinarios salidos de la masa del pueblo y dotados del amor y del sentimiento del pueblo, electrificadores de muchedumbres, conductores de pueblos, fieles y resignados cumplidores de toda suerte de necesidades ó aspiraciones de una naciente y gran colectividad.

Wáshington había previsto que la gran contienda de la Gran Bretaña y los Estados Unidos se terminaría al fin recurriendo á las armas, y fácil es comprender que la declaración de la independencia que tuvo lugar el día 9 de julio de 1776, coronó, con el más cumplido éxito, sus más nobles ambiciones, puesto que merced á ella, la marcha de los negocios dejaba de tener ese carácter anómalo que entorpecía la realización de ciertos planes concebidos por el jefe americano para mantener los derechos y libertades de su país. El estado de cosas había llegado á una situación tan crítica, que era de todo punto necesario pronunciarse en un sentido ú otro, y que el pueblo, dejando á un lado sus vacilaciones, eligiese entre unirse á los que proclamaron la independencia ó pasarse al ejército del rey ó del partido invasor, que intentaba someter sin condiciones á sus conciudadanos.

El edificio comenzado por Wáshington lo concluyó su émulo Lincoln, patriota y mártir, como todos los que abrazan nobles y grandes causas de la humanidad.

El espectáculo que han ofrecido los norteamericanos al realizar la grandiosa empresa de la Unión, arrebatándola en primer término de las manos de los señores del Sur en que había caído,

oligarquía sin corazón ni sentimientos, da la medida exacta de su virilidad y demás eminentes cualidades que les caracterizan.

En efecto, es admirable ver á hombres exclusivamente dedicados á los negocios, á un pueblo agricultor y comerciante por excelencia, sin Ejércitos permanentes, sin generales asalariados, sin más estímulo ni aspiración que la defensa de una causa justa; es admirable, repetimos, verle lanzarse impávido á los campos de batalla, admirando al universo con sus formidables legiones, con sus marchas y ataques, con sus medidas y previsiones técnicas, con la potencia hasta la sazón desconocida de sus máquinas de guerra, con su humanidad para los prisioneros, con su benignidad para los vencidos.

«Los pueblos preocupados creen que no hay estado fuerte y respetable si no malgasta su vigor en grandes armamentos; si no sale de punta en blanco, cual paladín de la edad media, á quebrar lanzas con todos los rivales que le cortan el paso; si no oscurece el sol con el humo de la pólvora, y no deja sus campos sembrados de cadáveres. Pues bien: los norteamericanos han sabido ganar su puesto de caballeros; han hecho la guerra con energía admirable, y al terminarla, no han sido presa de ningún caudillo afortunado, ni esclavos de ningún César, ni patrimonio de ningún dictador, ni juguete de ningún Napoleón. Llevaron á cabo la guerra más peligrosa, que es la guerra civil, elevada á una escala inmensa, desplegando todos los caracteres de las grandes naciones militares, arrojando ejércitos sobre ejércitos, tesoros sobre tesoros, y poniendo la suerte de las instituciones republicanas en manos de generales trabajadores, capitanes salidos de la masa del pueblo, héroes que iban naciendo al vigoroso soplo del patriotismo. Forzoso es confesar, que á las virtudes militares han superado las cívicas; en medio del estrépito marcial y del ardor de los combates, la estatua de la libertad se ha mantenido incólume sobre su trono augusto; las leyes conservaron su imperio, y los derechos legítimamente adquiridos toda su integridad ¹.

Después de esta guerra, los americanos han venido á demostrar una vez más, que la eterna ley de la sociedad está basada en

¹ *Historia de los Estados Unidos*, por J. A. Spencer. Trad. E. L. de Verneuil, Tomo I, Introducción. V. Montaner y Simón, Editores, 1879. Barcelona.

aquel principio de que quien no sabe gobernar obedecerá, y que el imperio del mundo está reservado á los más ilustrados.

Desde el punto y hora en que los primeros iniciadores de la obra de la Independencia hollaron con sus plantas aquella vasta extensión de tierra virgen que con admirable sabiduría y esfuerzo luego tanto fecundaron, consiguieron enmudecer y hasta palidecer todas las epopeyas, todas las valentías y rasgos de audacia del viejo mundo, gracias á las nuevas generaciones intelectuales que no tardaron en salir de su seno.

Bien se puede afirmar sin temor á ser rebatidos, que, los consejos emanados de los filósofos de la Europa central, sirvieron de base á los principios que dominan la Constitución americana. Desligándose del orden hereditario, los norteamericanos han sometido todo el sistema constitucional á la elección. Los prohombres colocados á la cabeza del considerable movimiento político concerniente á la Federación, nunca pensaron en formar castas, ni mucho menos en consolidar privilegios. A la manida doctrina de Monroe «América para los americanos», sin ninguna eficacia entre los verdaderos intérpretes del pensamiento americano, ha seguido la famosa fórmula de Schálék, á la que todos los habitantes del Nuevo Mundo rinden pleitesía, y que á la letra dice así: «los Estados Unidos de la América del Norte, podrán no representar el progreso, la tradición conservadora y el modernismo como lo hacen respectivamente Alemania, Inglaterra y Francia, pero es de toda certidumbre, que ninguna otra nación le ha aventajado en saber explorar el horizonte para tomar lo útil y necesario allí donde se encuentra».

Adueñados los norteamericanos de su obra, de su actividad, de su existencia social, han sabido salvar con arte magistral los peligros que acarrea el efecto mismo de la lucha intestina por la vida, la cual lleva aparejada á su vez la inferioridad en la lucha internacional por la vida. La gran república de los Estados Unidos de Norte América, no es tan exageradamente absorbente y positivista como se ha dicho. Una república de utilitaristas y de egoístas es una utopía: no ha existido ni existirá jamás bajo el sol.

Si la forma de gobierno genuinamente republicana implantada en el país yanqui hubiese tenido tan sólo asomos de semejante

estructura ó composición, ello equivaldría á tanto como pretender instalar la vieja barbarie en plena civilización. Los americanos en este importante respecto, así como en otras muchas cosas no se han dejado pasar de listos. No, no es la suya una vieja civilización que se prolonga. Es una nueva civilización que se crea.

Han fundado, sí, una república socialista que para poder vivir reúne como primera condición la «virtud» de los ciudadanos, en la que éstos se olviden de sí mismos para buscar el provecho de todos. Esta unión por la vida, en oposición á la idea pseudo-científica de la lucha por la vida, es un régimen ideal de unión y de apoyo mútuo, el cual aboca en línea recta en el colectivismo ó el comunismo. Los constitucionales americanos, como todos los demás del resto del planeta, no podían escapar ni desentenderse de su siglo; ellos no admiten que un vecino les moleste; el individuo—según su criterio—debe desplazarse ó diseminarse conforme lo exijan las necesidades, y á este propósito han buscado la selva ó la pampa como sitios de expansión y de colonización. La autoridad de la conquista, las empresas tradicionales ó hereditarias allí nada suponen.

La atrevida máxima americanista constantemente en vigor en la idea del pueblo es esta: «un hombre vale lo que otro hombre puede valer». Una carrera triunfal como la de Tomás Payne, quien saliendo de la anónima oscuridad escala los más elevados cargos de la nación, explica bastante mejor que todas las disertaciones ingeniosas acerca de las carreras políticas, la evidencia física de la máxima que antecede; constituye una demostración viviente, y, como suele decirse, en carne y hueso.

La experiencia americana en cuanto á la validez y eficacia del soberano poder de la Prensa, expresada de un modo harto elocuente, por boca de sus numerosos órganos, que ella es un elemento poderoso que la humanidad dispone para «crear y dominar el medio social».

La *Common Sense* y la colección de las *Crisis*, dos modestas publicaciones periodísticas, fracciones representativas en miniatura de la primitiva Prensa; embriones ó núcleos de los grandes rotativos americanos de todos conocidos, repartidos á millares de ejemplares (1776, 1778) sobre el vasto territorio americano,

hicieron penetrar las doctrinas nuevas, á modo de rasgos de luz, en aquel desierto de ignorancia. Estas doctrinas, que ellas contribuyeron á difundir por manera inconcebible la cultura popular, se soldaron como por ensalmo á las fuentes ú orígenes de la nacionalidad yanqui.

El más ilustrativo reconocimiento de la fuerza de la Prensa americana, está en que á cargo de ella ha corrido la formación previa de un criterio y una aspiración nacional acerca de las cuestiones en debate.

La América septentrional, utilizando el vector de la Prensa, ha conseguido exaltar el amor á la acción, despertar el gusto de lo imposible, fomentar esa fiera é inextinguible energía que, venciendo las resistencias del tiempo y de la naturaleza, impulsa y arrastra al país entero á intentar las cosas más extraordinarias.

Al espíritu tenso de los pontífices del periodismo, actuando sin cesar sobre la conciencia del país, lo deben los americanos todo: riqueza intelectual, la virtud de la invención, y hasta esa tan decantada posesión de sí mismos (el *self control*).

Es cosa sumamente interesante y peregrina observar de cerca la vida y milagros del periodista americano. Este periodista es el hombre de las ductilidades por excelencia; al hacer las informaciones maneja y expone sus ideas con maravillosa flexibilidad y aticismo. La fraseología de contornos rígidos no la usa; también rechaza, de común acuerdo con sus colegas, los pensamientos envueltos en la misteriosa penumbra de doble sentido ó alcance.

Un periodista en América es una potencia, porque cuenta con la mejor parte de la influencia nacional. El público le considera colocado en primer rango entre todos aquellos que contribuyen al desarrollo pacífico de la grandeza del país. El más modesto de los escritores que ostenta el carácter de reporter—los chicos de la Prensa—es considerado, en cierta forma, como un sér privilegiado; primero, por sus deberes que son inmensos, por sus responsabilidades y trabajos, que son muy pesados, y en segundo término, por la aureola que le rodea de radiación creciente de sus ideas y sentimiento, lo cual basta para conceptuársele como un precursor, como uno de los hombres del porvenir.

En la misma forma y modo que discurre por allá la Prensa más leída, discurre también la opinión, que ve su oráculo en el periódico que lee.

Si la índole de este escrito lo permitiera, gustosos descenderíamos á analizar y disociar toda esa síntesis de nociones complicadas que, como fórmula de vida, integran el pensamiento social de la Prensa americana de altura. Quien en América se proponga que sus producciones se lean, no importa la materia de que escriba, ha de insertarlas en un periódico, y conseguirá mejor su objeto si se acoge bajo la sombra protectora de un diario político y de oposición. Pero como todo en este mundo tiene sus compensaciones, á las ventajas de la mayor circulación que á las obras proporcionan los periódicos, se opone el gravísimo inconveniente de que sean por lo general esas producciones tan efímeras como la hoja volandera en que aparecen estampadas, perdiéndose casi siempre el hilo invisible con el que se llega á dar con la unidad en todas las discusiones de carácter científico. No obstante, las gentes de letras no cesan de aportar, acudiendo á la Prensa, un homenaje legítimo á una sociedad laboriosa, premiando así, tanto los actos generosos como la inspiración de los conciudadanos.

A fin de poner de manifiesto la difícil y peregrina gestión llevada á cabo con excelentes resultados por la Prensa Americana, nos fijaremos, a título de botón de muestra, en una publicación cuyo nombre ha sonado por toda la redondez del planeta: el *World* de Nueva York. Dió comienzo á su cometido despertando en el público la afición á la lectura, recurriendo á la inserción de noticias sensacionales que sirvieron de pasto á la curiosidad de la clientela y de distracción á sus ocios. A seguida, descartando de sus columnas el insulso trozo de novela y la crónica negra y toda la relación de los espectáculos, la emprendió con notables artículos de fondo que encajaban dentro de la sección científica ó industrial. Después se impuso la obligación de poner al corriente, al ya infinito número de sus lectores, de cuanto pasaba en los países vecinos y en las más remotas regiones, de todo aquello que en el mundo salía á luz y que pudiera constituir innegable ilustración para los mismos. Finalmente, combatiendo en grande escala por las ideas, adquirió, en

sólo tres lustros, un predominio tal sobre los demás sistemas de publicación, que acabó por echar hondas raíces en el espíritu de las gentes.

Esta gran publicación, como todas las demás sus congéneres, verdadero nervio de la vida nacional, consiguieron, al fin, con titánicos esfuerzos, contemplar al pueblo, abrevado en el río doctrinal, habituándose y adaptándose suavemente á las costumbres de la libertad, la fuerza mayor y mejor organizada de que disponen los Estados Unidos. Y, finalmente, para que nada faltase á tamaña empresa, fué poco á poco enseñoreándose de los ánimos con el procedimiento de cruzar el mundo de noticias con una rara magia de habilidad divulgadora jamás imaginada.

La campaña de Prensa del *World*, que siempre contó con unas columnas nutridas de plétora de vida, ha sido y es de una resonancia inmensa.

Sus magníficas concepciones con la idea de hacer patria, no tienen rival. La prerrogativa, jamás soñada, de que actualmente goza, constituye quizá un hecho único en los anales de la historia de la Prensa. Y á la postre, á cambio de la aplicación sistemática de un esfuerzo perseverante, de todos aquellos recursos de actividad á los que con garantía de acierto apelara, ha obtenido compensaciones sin limite, el máximum de ventajas y de autoridad, el ocupar como complemento un lugar preeminente dentro del encasillado de las altas esferas oficiales de la política internacional, en donde, sin más razón que la de satisfacer las voracidades y caprichos veleidosos provocados por una sórdida ambición, se forja el rayo que calcina y pulveriza á pobres naciones mediatizadas, que viven en un aislamiento suicida, y además nunca salieron de la menor edad, según demostró estar la nuestra cuando las execrables exigencias de afuera, de una parte, y de otra, el falso reflejismo de las grandezas pretéritas, junto con la inocente y baldía confianza de adentro, la arrastraron á la aborrecida guerra de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, dando pretexto á los Estados Unidos, á una anexión tan injusta como antilógica.

De la Prensa americana, pudieran decirse aún muchas más cosas, todas las que entran de lleno dentro del paradojismo, sobre todo desde que usó y abusó del tan decantado *bill de indemnidad*.

En la Constitución americana se encuentran combinados por modo inimitable principios, razonamientos, procederes tomados á las civilizaciones más diversas *acoplados y repensados á la Americana*. Tal orden de cosas, cimiento incommovible de una espléndida civilización verdaderamente científica, no ha podido operarse ni mantenerse en América si no después de pasada centuria y media de experiencias tomadas de los dos lados del Océano, y remontado, por decirlo así, la corriente de las leyes y de las costumbres.

Entre los americanos—para dejarles hablar á ellos mismos—los unos optimistas en demasía, entonan un canto elogioso á las cualidades sobresalientes de su raza: el poder de organización, la aptitud para la investigación, la confianza en sí mismo, los actos de iniciativa, la afición á los viajes, el gusto del riesgo, el amor del orden social, el desarrollo personal y la educación colectiva, el profundo espíritu religioso, el arrojo impetuoso que fuerza el destino, aproximando el porvenir al presente.

Este optimismo, esta confianza ciega en su genio, esta seguridad de la victoria, ha sido el *quid ignotum*, la verdadera áncora de salvación de todas las grandes empresas planteadas en América, el verdadero generador de energía que ha impedido que los americanos caigan en plena derrota abatidos y debilitados por falta de resolución.

Los pesimistas americanos de otra parte deploran un «sentimentalismo convencional» en la vida de familia, una «debilidad de creencias en la vida religiosa», una «falta de formas» en la vida social, una «ceguera voluntaria» en la vida política, una «excesiva fabricación» en la vida industrial; en fin, una «pereza de inteligencia» para todas las cuestiones y cosas que no tocan de cerca al negocio.

Estos dos juicios pueden reducirse, en suma, á un veredicto único: el Americano del Norte, el Americano «clásico» brotado de súbito por la misma fuerza de la necesidad de formarse pronto y de hacerse grande, en razón de las condiciones geográficas y de la inmensidad de la tarea que le estaba reservada, ha desarrollado como nadie las cualidades de acción que han hecho de él, ante todo, un hombre de negocios y de trabajo. Sostenido por razón de su origen en una disposición religiosa atávica, jamás dejó de respetar la armadura de la civilización tradicional.

Por el contrario, su pensamiento realista y práctico, su buen sentido calculador, le ha conducido á desarrollarla, apoyándose sobre ella.

El comienzo azaroso, las tristezas de un despertar dispuesto mejor á la inquietud vigilante que á la tibieza y al abandono, sintiendo dentro de su aislamiento el precio de «la creencia», á veces se ha prodigado y confiado á Europa hasta con exceso.

El valor individual de cada energía humana es una fuerza inestimable sobre un campo de acción tan vasto. No se ha omitido medio para desarrollarla, ya acudiendo sin cesar á los ejercicios físicos, intelectuales y morales, ya por mediación de un entrenamiento continuo debido á la gimnasia de la «vida intensiva». Constantemente se hace un llamamiento al poder de la educación individual y colectiva. El sér humano queda convertido así en un mecanismo admirablemente adoptado, bruñido, suavizado para el servicio que está llamado á desempeñar. Estos admirables tipos del animal-hombre—músculo y cerebro—que la América ofrece como modelos acabados á la contemplación de los tiempos modernos, son productos de este entrenamiento y de esta selección.

Si se tiene en cuenta que estos tipos ocupan una inmensa superficie territorial bajo climas muy diferentes, con una diversidad de procedencias que completa un grupo de la especie humana dotado de riqueza y de variedad de dones y de la cultura, si se observa que el esfuerzo nacional, después de siglo y medio, ya por el régimen político, ya por la decisiva influencia de las costumbres y las instituciones sociales, tiende á desarrollar cada día más las armas de defensa y de ataque en vista de la lucha por la vida, si se añade que el hombre americano, *homo americanus*, ha podido formarse normalmente, escapando, á la opresión que imponen ciertas herencias, á las tradiciones demasiado pesadas, á la subordinación de clases, á la amenaza de vecinos inquietantes, á la sujeción del servicio militar, á ciertas penurias económicas, se explicará muy bien que este tipo haya podido tomar un desarrollo *sui generis*, un relieve soberbio, habiendo llegado en el pugilato de la ascensión humana con sus altos y caídas inevitables hasta los mismos límites de lo inverosímil.

Pero si el tipo existe tal cual le acabamos de reseñar, si es vigoroso y se multiplica cada día, si, á pesar de ciertas flaquezas

y ciertas taras orgánicas, permanece enhiesto y puede servir de modelo, con el cual el género humano pueda enorgullecerse, resta aún definir su valor real, el progreso desconocido que deberá aún realizar, el último golpe de mano que en las cosas está llamado á dar, en una palabra, las condiciones probables de que dispone para el éxito y la supremacía mundial.

Y en tan corto espacio de tiempo, ¿cómo es que los americanos han logrado tanta preponderancia? Pues sencillamente, porque al obrar para progresar, siempre supieron la dirección que tomaban, y porque además, todas sus obras y manifestaciones, fueron conducidas imprimiéndolas cierto interés. Ellos en el silencio meditativo del gabinete, abundando en previsiones y juicios madurados, han aplicado, á fin de perfeccionar los actos que iban realizando, métodos seleccionados por la experiencia.

Desplegando conjuntamente con estos métodos, varias y avisadas artes de atracción y de conquista, no tardaron en tocar las consecuencias felices y ventajosas, que su aplicación práctica les proporcionara.

Sobre punto tan transcendental como éste, los americanos, discurren de la siguiente manera: «El hombre para saber á donde va, necesita saber, por lo menos de donde viene, esto es, tiene que darse á sí mismo una cumplida explicación de sus transformaciones. A cada fase de su desarrollo el hombre posee verdades á su medida, correspondientes únicamente á aquella fase. Todo acto perfeccionado, á fuerza de ser repetido, bien pronto pasa al estado de costumbre. Las buenas costumbres, son inagotables fuentes de riqueza. Habituar á las gentes á la regularidad, al orden, á la disciplina; hacerlas desdolidas ante la perspectiva de largos esfuerzos y vigiliias; enseñarles á reflexionar sobre las consecuencias de sus actos, no equivale á adaptarlas á la vida»¹.

Una anécdota dará idea de la vigilancia de los parientes y de la tendencia natural de los niños á este sujeto; en Nueva York, de visita en casa de unos amigos, se encuentra una madre en una inquietud grande. Teniendo que ausentarse por la mañana, manda á su hijo, un niño de nueve años, que vaya á almorzar con los individuos de su propia familia, á una casa inmediata.

¹ Gabriel Hanotax, *L'Amérique du Nord et La France*, «Revue des Deux Mondes», 1912, septiembre y octubre, página 292.

Torna al medio día creyendo encontrarle, según costumbre, de regreso de las clases, pero el niño no ha vuelto aún. Avisa al teléfono. Le dicen que el niño marchó después de comer; nada saben de él. La pensión á dicha hora está cerrada, y no pueden tener noticias suyas. Como el niño no parece, la inquietud de la familia aumenta por momentos, y no se dá punto de reposo á los criados para que le busquen por todas partes. Al fin, á primera hora de la tarde, el niño se rinde á su domicilio tranquilamente. He aquí el hecho. ¿Qué ha sucedido? La cosa más sencilla del mundo. Al salir de la escuela, suponiendo que aun no había vuelto á casa la mamá, se fué á jugar con sus amigos. La madre está angustiada pensando que el hijo se le había extraviado. El niño á su vez la contempla sin decir palabra, no llora, no se queja. Después de un corto espacio de tiempo, con aire pensativo y sereno, se dirige á ella y le dice: «En adelante, á fin de no causaros pena, procuraré tener autodomínio. Pero al mismo tiempo, vivid advertida de que no debéis alarmaros mucho por mi ausencia, porque así cuando os vea no será tanta mi emoción».

Para salir airoso de todas las contiendas, el americano dispone de una reflexión más sostenida, de un esfuerzo más intenso, de un trabajo más resistente, de una firmeza física y moral insuperables, cualidades todas que atraen hacia él todo lo que es útil y preferente. Preciso es, pues, convencerse de una vez del gran valor instructivo de sus capacidades potenciales, de la alta estima en que se tiene su juicio propio, de la confianza que sabe hacer inspirar á los demás, de su aplomo personal, etc.

Se ha dicho, y no sin razón, que los europeos vivimos sobre una tradición que se agota, siendo la América la encargada de traernos un sentido nuevo á la visión cotidiana de las cosas, la llamada á enriquecernos con su sangre, la que tiene por misión infundir á Europa el elixir de acción.

Merced á la fuerza misma de la necesidad de tener que vivir con intensidad creciente, en la armadura de la sociedad americana no se han observado grietas. Las leyes de aquel país, lo mismo que sus comentarios, apenas si arrojan luz acerca de las condiciones de su existencia, porque allí se da el caso de que existe un poder que modifica y que también anula la ley; este poder es el de la educación. Para hablar en general de la educación

en América, hay que empezar por tomar esta palabra bajo una acepción poco común, lo cual á tanto vale como á colocar la cuestión sobre un nuevo terreno.

En América la educación de un particular, así como la educación del pueblo se apoyan en la coordinación disciplinada de cuantos elementos concurren al objeto consignado al esfuerzo nacional. Esta educación, analizada en sus bases rudimentales, consiste en un principio en la adquisición de la ciencia de la naturaleza. A seguida en las artes que derivan de estas ciencias. A seguida en la moral que deriva de este arte.

La aplicación de la ciencia á todas las ramas de la especulación humana, y, por consiguiente la abolición del empirismo y de la tradición; el cálculo incesante, en toda operación del rendimiento máximo y el inmediato empleo de los métodos de trabajo y de los aparatos que permitan alcanzarlo; el concepto de que tan pronto como llega la edad de la razón y de comprensión cuando hay todavía una cera maleable que se modela fácilmente, el hombre debe aprovechar todos sus brotes de energía y de intenciones; la idea de que el ser integral que se desarrolla en nosotros, el hombre futuro que se encuentra todavía en el estado de embrión, es la resultante directa de una gestación—no menos sagrada que la de la madre—de causalidades á plazos lejanos, de gérmenes sanos ó disolventes, de principios inmanentes aún desconocidos, ha formado, digámoslo así, una verdadera selección americana; la generalización de esta mentalidad, en orden á la formación por sí mismo del hombre intelectual, tanto como del hombre moral, entre los funcionarios públicos como entre las particulares, entre los sabios de la Universidad como entre los obreros de la fábrica, en las escuelas como en la Prensa, en el interior del país como en el litoral, ha exaltado los gérmenes legados por los primeros puritanos, formando un haz de fuerzas paralelas que han dado de sí aquella maravillosa prosperidad industrial y económica de los Estados Unidos.

Persiguiendo el propósito nobilísimo, fecundo por demás, de hacer de cada hombre un verdadero «creador de valores», que gasta su actividad en fundar ciudades, crear manufacturas, descubrir tierras ignoradas, conquistar y asegurar al país grandes destinos, los americanos huyen de propio intento de todo sistema

uniformista de educación, y por eso la conquista y la disciplina de las fuerzas naturales por la inteligencia humana, ha dado en la virgen América un paso de gigante.

En todos los dominios, y también en el de la educación, hay luchas de sistemas y de ideas; los mejores, los más sólidos y comprobados se entronizan, sin que por eso sean eliminados los más recientes que vienen á establecer concurrencia en la misma. En la escuela, lo mismo que en la vida industrial y comercial, reina en absoluto el principio del transformismo, la supervivencia del más apto «the survival of the fittest».

Los rastros de estas luchas se encuentran claramente señalados en los trabajos manuales, que presentan una interesante variedad de aspectos. En ningún otro país la teoría de los trabajos manuales ha encontrado una realización tan completa y tan integral. Su fe en la virtud de este método de enseñanza es general. En los «Kindergarden» (jardines infantiles), que reciben á los niños de tres á seis años de edad, los trabajos manuales intervienen como factores de la educación. Estos trabajos penetran los programas de las escuelas primarias y se aplican constantemente á todas las ramas de la enseñanza, ellos se extienden á las escuelas secundarias, para hallar su coronamiento en los colegios y universidades técnicas.

En este respecto, la América sajona ha sido la primera en abrir al mundo perspectivas, desconocidas para los europeos. Los europeos hemos vivido, contrariamente á los americanos, aferrados á la idea de que para conservar la supremacía científica, como otras muchas supremacías heredadas de abolengo, bastaría con afinar la inteligencia, sin cuidarse para nada de desarrollar las facultades de voluntad y de acción y particularmente por lo que á nosotros los españoles afecta, es bien seguro que si todos los proyectos de enseñanza que han visto la luz en nuestra patria, hubieran sido previamente madurados bajo los auspicios y consejos de los hombres curtidos en la labor docente, muchas dificultades hubieran quedado orilladas nada más suscitarse, y la energía y celo desplegado por los ministros que los han confeccionado, hubiese tenido más justa recompensa y mérito del que en realidad han alcanzado. Además, no hemos sabido acoplar la cultura tradicional con los adelantos novísimos y por eso hemos quedado rezagados.

Ante todo, al organizar la enseñanza, importa no relegar al olvido el verdadero objeto, que es transmitir á las jóvenes gentes, especialmente durante la adolescencia, edad decisiva de la vida, cuando se forman la inteligencia y el corazón, la herencia de las grandes *ideas* morales y cívicas, generatrices de los grandes sentimientos y de las grandes energías. Quien quiera que admita la eficacia de estas ideas deberá, para ser consecuente, procurar que la enseñanza toda entera sea dirigida y dominada por las más altas concepciones nacionales y humanas. España que se nos ofrece vencida y aplanada, exenta de personalidad y de vigor, había recibido de la antigüedad clásica y del cristianismo un cierto número de estas concepciones; por eso en el siglo XVI sobre todo es en el que nuestra intelectualidad, arrastrada por ardiente patriotismo, consiguió que Europa entera se inclinase ante la fortuna española, en aquella gloriosa hora de sus destinos.

Y esto obedecía á que España, al objeto de decidir y obrar con acierto, hubo de fabricarse todo un sistema de ideas forzadas que constituían en aquella época el gran resorte de su educación... «Ahora no hay que repetir tanto aquello de que el maestro alemán fué el vencedor de Francia en 1870, como que los causantes primeros de nuestra actual desgracia han sido nuestras preocupaciones y nuestra ignorancia. Porque esta ignorancia ha comenzado por no darnos cuenta de nuestra propia situación y de la realidad de nuestra empresa» ¹.

En los Estados Unidos, escribe el eminente pedagogo suizo Francisco Guex ², «la escuela ocupa un lugar eminente en las instituciones y vida social, siendo considerada como la piedra angular de esta República, cuya superficie casi iguala á la de Europa. Ya cuando los primeros colonos desembarcaron en las costas de Nueva Inglaterra, cuidaron de asegurar la instrucción más amplia y liberal á este nuevo pueblo, llamada á regular libremente sus destinos».

¹ Rafael María Labra, *El Pesimismo de última hora*, discurso inaugural de las conferencias populares del Centro de Instrucción Comercial de Madrid, página 24, curso de 1899.

² *Historia de la Instrucción y de la Educación*, por F. G., profesor de Pedagogía de Lausanne, pág. 548. Edit. Sucesores de Hernando, 1912, Madrid.

Instrucción, educación: los americanos pronuncian estas palabras con un acento de respeto y de cordialidad intraducible. Su idealismo se manifiesta en este dominio bajo aspectos interesantes.

El americano tiene fe y confianza en la instrucción y educación por la escuela pública. Esta confianza es bien fundada porque la América sajona es la tierra de la verdadera pedagogía científica moderna. Sobre 430 *colleges* y universidades, los Estados Unidos no cuentan menos de 220 facultades de educación.

Las villas importantes tienen Comités de estudios oficiales, compuestos de médicos, de profesores y de institutores encargados de llevar á cabo investigaciones médicas y pedagógicas sobre los niños; ellos publican periódicamente trabajos extremadamente documentados. Por dondequiera, el movimiento pedagógico es intenso. Los Estados Unidos realizan esfuerzos considerables para asegurar una preparación moderna y racional á medio millón de institutores que son los encargados de educar á la juventud americana.

Las consideraciones que preceden explican que en la «National Teachers Association» (Asociación Nacional de Profesores), los nombres de los más modestos maestros y maestras rurales, se vean junto al de los más brillantes profesores de las Universidades, agrupándose así todas las fuerzas docentes del país. Las más mínimas cuestiones referentes á la educación en las escuelas de párvulos, primarias ó secundarias, son discutidas en los Congresos nacionales por las eminencias del mundo científico, así como por las institutrices más desconocidas.

En ninguna parte se han puesto á disposición de todo el mundo los medios de instruirse con tanta facilidad y baratura. Si el número de iletrados sobrepasa al de las naciones europeas más avanzadas, (10,7 por 100), esto obedece á la presencia del elemento negro, y á la afluencia de analfabetos europeos y asiáticos. Para la población blanca, nacida en los Estados Unidos, esta proporción queda contenida en los límites de 4,6 por 100, mientras que alcanza á 12,9 para los inmigrantes. Y todo ello es porque, ante todo, el americano ha inventado y creado escuelas en cada esquina, y porque todas ellas, lo mismo que la ley sobre instrucción pública, han tenido, desde el comienzo de su historia

un sello original, personal y práctico. «¡Instruid al pueblo!»: tal fué el consejo de Horacio Mann, el gran pedadogo y renovador de la educación en América. «Instruid al pueblo»: esta fué la última recomendación que inculcaron á sus conciudadanos William Penn, Wáshington y Channing, llamado este último el «Fenelón americano».

Las más selectas producciones de Channing (1780-1842), tienden á buscar por medio del trabajo y de la elevación moral, la perfectibilidad humana. Entre sus obras sociales, se destaca, la *Educación personal*, digna de ser conocida, donde expone y sustenta que la *cultura personal*, si ha de ser duradera y sólida, debe comenzar en la familia, escuela primaria de la sociedad, y comprender ó abarcar después, con el objeto de completarse, todas las gamas ú órdenes de cultura (cultura moral, cultura religiosa, cultura intelectual, cultura del pensamiento, cultura social, cultura estética, cultura del lenguaje).

Refiriéndose á la educación de los sentimientos estéticos, á cuyo tenor vibra el alma y se ensancha el poder de la inteligencia, el pedagogo americano, pone de manifiesto el hecho esencial de que, de todas nuestras inclinaciones, son estas las más susceptibles de desenvolvimiento. En el hondo sentir de este sincero defensor de la democracia é instrucción americana «la belleza existe donde quiera, y por falta de asiduo cultivo de este sentimiento piérdese para el mundo un filón de dichas infinitas. La vida de cada uno de nosotros se desliza velozmente sin parar mientes ante las magníficas y estupendas creaciones de un artista divino, cuya grandeza no concebimos ni sentimos. La triste y desperdigada humanidad, la gran masa humana vive aquí abajo como ciega y desconcertada, cual si en vez de poseer esta fecunda y hermosa tierra y este glorioso firmamento, pasmo de los pasmos, habitase un duro y lóbrego calabozo».

A continuación, después de recordar al obrero sus deberes y derechos, Channing pone vivo empeño en dar á las clases trabajadoras consejos y advertencias, que en todo tiempo serán de actualidad, y siempre saludables: «Os faltan muchas y grandes cosas, y el remedio no se halla en la urna electoral, ni en el ejercicio de vuestros deberes políticos, sino en la educación consciente de vosotros mismos y de vuestros hijos. Verdades

son éstas que habéis escuchado muchas veces, y luego os habéis dormido de nuevo. ¡Despertad! ¡Tomad la resolución seria de instruiros! Hacedos dignos de vuestras instituciones libres, fortificadas por vuestra inteligencia y vuestras virtudes».

El derecho universal á la educación, tanto para el hombre como para la mujer, es una de las más hermosas conquistas de la libre América. Como en un principio no había leyes sobre instrucción pública, el legislador ha podido inventar, crear desde los cimientos, y sin el peso de la tradición que abrumba muchas instituciones en la vieja Europa, un sistema de educación que, á la vez de responder á la vibración sentimental de todos y cada uno, fuera original, personal, lógico y práctico.

Como el americano tiene la arraigada convicción de que el porvenir de su país está en manos de la mujer, que es la encargada de transmitir íntegramente la educación recibida á las generaciones que siguen, no ha perdido ripio para crear instituciones de toda seguridad y descanso que velan por la salud moral, física é intelectual, de las jóvenes muchachas. Tales instituciones abundan en los Estados Unidos y en el Canadá, y bien se puede afirmar que en los Estados Unidos muy en particular el entrenamiento intelectual de todas estas jóvenes, plantel de verdaderas madres de familia, es infinitamente superior á todo cuanto podemos figurarnos en Europa.

A la mujer de los Estados Unidos el amor la educa, la sabiduría la instruye. El anglo-sajón la ha rendido siempre, y le sigue rindiendo, un culto supersticioso. ¡Cómo la rodean de cuidados cuando niña! ¡Cuánto la respetan y consideran de mayor! Sin más escudo defensor que un tino exquisito para tratar á sus semejantes, se lanza sola y tranquila á la calle, sin que ello inspire sospechas á nadie. Cuidado con que alguien la censure, pues quien se permita juicios temerarios sobre su conducta, suele pagar caro su atrevimiento. En instrucción, medios de defensa que la rodean y predominio sobre el hombre, está colocada sin exageración por encima de todas las mujeres del mundo.

En algunos Estados de la Unión, la mujer ha alcanzado sus derechos civiles y positivos. En el de Wyoming vota en las elecciones. Su presencia en los comicios hace la votación más ordenada y pacífica. Cuando las electoras se presentan en ellos son recibidas

con mucha cortesía. La ley requiere que se les deje un espacio de quince pies cuadrados delante de la urna para que voten sin impedimento. Comúnmente van á votar en coches que les proporcionan los agentes electoreros. Nada más llegar se apea la bella; en el acto saca la papeleta, se aproxima á la urna, la deposita en ella y se retira. Nadie le pregunta la edad que tiene ni la opinión que profesa.

El ejemplo de Wyoming no ha sido imitado más que en la Gran Bretaña y en la Isla del Hombre, situada en el Canal de San Jorge, entre Inglaterra, Escocia é Irlanda.

Las que más se distinguen por su saber son las mujeres de Boston, la Atenas moderna, como se complacen en llamar á esta ciudad los norteamericanos.

La Constitución federal ha puesto al frente de la mayor parte de los colegios á las doctas maestras de Boston, quienes sin que nadie les interrumpa, continúan cumpliendo la misión civilizadora de dar una educación esmerada y una instrucción en armonía con el progreso general de la época.

«Acabamos de llegar á la vida, y ya somos dueños de medio mundo», pueden exclamar los americanos, con cierto regocijo interior no exento de sus correspondientes contrariedades y sobresaltos.

Dentro de la inmensa cadena de los destinos de la humanidad, el pueblo americano, quizá el menos llamado por su corta tradición, ha defendido como nadie, las teorías de Herbart, el fundador de la Psicología moderna, acerca del *Volker psychologie* ó psicología de los pueblos. Si es verdad que la existencia de la patria está sobre el poder de los hombres, en la naturaleza misma de las cosas, siendo en cierto modo indestructible, por razón de los vínculos de territorio, raza, lengua, arte, derecho, medicina, estructura social y alma colectiva, los americanos, por rara antinomia, han sacado el mejor partido posible de tan magnífica como soberana concepción.

Pero como en todo cabe hacer una observación más ó menos atinada, estamos conformes también, con la que vamos á transcribir: «Todo lo que constituye hoy la cultura fundamental de Norte América, lo debe á Alemania; esto no deben olvidarlo los hispano-americanos» ¹.

¹ Eloy Luis André, *La Mentalidad Alemana*, prólogo IX, Madrid, 1914.

Sin embargo, no nos cansaremos de repetir que éste es el pueblo de las grandes audacias y de las grandes empresas, uno de los que más ha desenvuelto su mentalidad en el sentido del «subjetivismo», el más inteligente y apto para la lucha; el que tiene más desarrollada la voluntad de poderío y el sagaz instinto de hombre de presa para acaparar hasta aquello que no le pertenece en derecho, saciando así aquel su desordenado apetito de conquista ¹.

Tan sólo con repasar alguno de los más importantes pasajes del excelente y muy meditado libro del expresidente Roosevelt, titulado: STRENUOUS LIFE (Vida intensa), penetraremos, el misterio que encierra la creciente grandeza y poderío de los anglo-sajones.

Nada tan expresivo como leer aquellos párrafos en que el autor glorifica «el esfuerzo que crea un objeto superior mucho más elevado que el innoble bienestar, el brioso y alegre empeño personal que confiere al hombre, á despecho mismo del éxito, la conciencia de haber obrado en hombre».

El culto de la energía es celebrado en esta obra en términos lapidarios, con ardor inusitado. Dice así: «El *progreso material* de un país no otra cosa es que el conjunto de la industria y esfuerzo de sus habitantes, y el gobierno de una nación, el reflejo de los individuos que la componen. Un estado sano no puede existir sino á condición de que los hombres y las mujeres que lo constituyen, conserven una vida pura, vigorosa y sana, y en el cual los niños son educados de tal manera que ellos se esfuercen, no tan sólo en evitar las dificultades, sino en dominarlas, no en buscar las comodidades, sino en comprender cómo debe lograr el triunfo sobreponiéndose á la pena, al dolor y al riesgo. El hombre debe ufanarse de cumplir su misión de hombre, de acometer, de implantar, de conservar, de reformar, de investigar, en una palabra, de trabajar y cuidar de todo aquello que de él dependa».

¹ Todos los españoles estamos plenamente autorizados para estampar, siquiera sea al correr de la pluma, esta última, rotunda aseveración, ante el hecho consumado de haber pasado íntegros á manos de los norteamericanos, por procedimientos inexplicados todavía los últimos jirones de nuestro colosal imperio colonial. Por lo que á nosotros respecta, dicha aseveración no tiene otro sentido y alcance, que el de aprovechar los motivos que las circunstancias de la redacción de estas líneas nos ofrece, para dar rienda suelta á la natural y santa indignación patriótica.

Así se explica la formación del tipo americano de vigor, que encarna la verdadera energía, y cuyo abolengo y raíz hay que buscarlo sin disputa alguna en la escuela.

Escuela americana en general.

La escuela americana es una creación de raza; en ella se contempla en sus intimidades étnicas el alma anglo-sajona. El espíritu que le informa y anima no es histórico, ni tradicional, ni siquiera convencional: es lógico y natural. Producto tan sólo de levantadas aspiraciones y radicales cambios, en su seno jugoso cristaliza y amalgama con energía de sensación, la vida intelectual y la vida social de todo un pueblo, el más cosmopolita y heterogéneo en sus orígenes, al par que el de mayor homogeneidad y cohesión, el más unido y fuerte en la aplicación práctica de sus principios de gobierno y en el hondo y persistente cultivo de los ideales colectivos.

En su fisonomía y aspecto general, sobresale y resplandece el carácter netamente realista. Siendo fruto sazonado de un vigoroso estudio de la vida, lo que ante todo busca y persigue es la novedad y el progreso. La espontaneidad y la variedad como factores del *interés pedagógico*, son las notas dominantes de su organización, encontrándose orientada en el sentido de predicar con el ejemplo el valor de los esfuerzos metódicos y de la indiscutible eficacia de toda perseverante disciplina, tan cantada en todos los tonos por los norteamericanos.

Ninguna presión exterior, ninguna acomodación doctrinal, contribuye ni de cerca ni de lejos á modelar la escuela americana bajo formas inmutables, con sujeción á rígidos patrones. Ha nacido á impulsos de un ansia vehemente de utilidad y de idealidad, ostentando un particularísimo sello de factura. Salidas las escuelas americanas de las necesidades prácticas y no de las teorías, ellas son el trasunto vivo de las situaciones políticas y económicas y de la nueva organización social que se edifica al otro lado del Atlántico, á cuyas instituciones todas presta sus normas, su savia, su fuerza.

La escuela pública americana es muy sensible á las corrientes de opinión, porque ella está formada y dirigida por organismos, llamados *Departamentos de Educación* (Boards of education, 1893), verdadero Ministerio de Instrucción pública, constituido directamente por el pueblo elector. Las villas están generalmente divididas en «Wards» ó barrios, designando respectivamente un miembro del Comité (*Education Committe*), cuyo mando tiene una duración limitada. Estos Comités tienen gran preponderancia y cuentan con gran fuerza.

Las villas fijan en su presupuesto de gastos la suma necesaria para el funcionamiento de las escuelas, los «Boards of Education» reglan los gastos dentro de los límites de lo presupuestado y conforme á la ley; ellos nombran y separan el personal docente, y dirigen é intervienen, por mediación de los directores (supervisors), tanto la redacción de los programas como los mismos métodos de enseñanza.

El «Board of Education» queda en contacto permanente con el público; de tiempo en tiempo dá cuenta de su misión delante de sus electores y se inspira del sentimiento público en todas las cuestiones que conciernen á la educación.

En muchas villas, se han constituido «Associations de parents» para colaborar con el «Board of Education» en torno á la escuela pública, procurando así extender y mejorar la influencia educatriz de la escuela. Frecuentemente se celebran «meetings», sobre todo de las madres, á los que llevan tesis procurando probar que, en el curso de los trabajos manuales, la escuela debe en primer término inspirarse en la vida familiar. Hay ocasiones en que se suscitan discusiones interesantes. A lo mejor una señora grave expone, con elocuencia, una conclusión, tendiendo á hacer intervenir en mayor escala todavía el hogar en la educación por la escuela. También tienen lugar anualmente, otros mítines de asociaciones de parientes de diversas escuelas, llamados «Congress of mothers», á los que acuden millares de mamás que toman parte en las discusiones sobre las cuestiones de enseñanza y educación, y hacen que prevalezcan sus opiniones sobre todo lo que interesa á la vida escolar.

Casi todos los gobiernos americanos han estimado como cosa esencial ocuparse de las cuestiones de enseñanza y todos sin

excepción han considerado la instrucción y educación de los niños como un deber de familia. En América no existen escuelas públicas en el sentido restringido en que lo entendemos en Europa.

La instrucción, no la escuela, es obligatoria, en el sentido de que ningún niño menor de catorce años puede ingresar en ningún taller para el aprendizaje de un oficio si no presenta un certificado de haber recibido instrucción suficiente.

No obstante, la idea de la obligación escolar, cuya paternidad es germánica, es la primera que queda remachada al naciente cerebro del yanqui.

Guiados por el instinto de la propia conservación y animados constantemente por el deseo de no quedar vencidos y explotados por los demás, en una época, como la presente, en que la concurrencia que surge de todas partes exige una educación más apropiada á la lucha, los americanos, parapetados trás de la inexpugnable encaballadura de acero de su asombrosa mentalidad, consistente en una continua transformación y acomodación de ideas, han tratado á paso veloz de cimentar sobre la Escuela, los instantes todos de sus destinos en la vida, y á este efecto, pocos competidores han tenido en el mundo, que hayan trabajado con mejor fortuna para armonizar el sentimiento nacional con el espíritu de invención, con el fuego de la imaginación, con la lucha, á primera vista grosera, entre la cantidad y la calidad, entre la libertad y el límite, cuya lucha encierra la esencia pura de la civilización moderna, y de ella ha nacido el grandioso movimiento cultural americano que ha conquistado con la antorcha de la ciencia, la tierra y sus tesoros.

Haciendo del alumno, no un simple y pasivo agente sino el actor mismo de la vida escolar, la escuela americana, compélida en cierto modo por la soberana audacia de su voluntad al par que velando ante todo y sobre todo por la pristina pureza del régimen que implantara, ha conseguido prevalecer y triunfar en toda la línea, y, sus mayores y más señalados éxitos derivan indiscutiblemente de la máxima concentración de todas las disciplinas alrededor de una, principal y superior á todas, que con laconismo asaz elocuente, reza así: «LEARNING BY DOING» ó lo que es igual para que poco á poco se consiga ir aprendiendo una cosa y por consiguiente adelantando y avanzando en aquello

que se va enseñando, es necesario APRENDER OBRANDO, EDUCAR INSTRUYENDO, esto es, demostrar gráficamente todo cuanto es objeto de conocimiento, valiéndose de actos esencialmente mecánicos realizables por uno mismo.

Tan sencilla como acomodaticia táctica pedagógica, tiende á satisfacer, mejor que ninguna otra, las necesidades materiales é intelectuales, y por esa misma razón mueve y arrastra á los alumnos á la renovación de toda suerte de enseñanzas, á que pongan más cuidado en comprender aquello que olvidaron ó han aprendido á medias, á que se formen por sí mismos, con inteligencia y amor, tomen participación en la función docente, en una palabra, les invita cariñosamente á que se complazcan en las investigaciones sostenidas y el trabajo desarrollado sin tregua ni descanso. La escuela americana, además, hace brotar, cual ninguna la cualidad estimulante, exteriorizada y traducida más tarde en la devorante actividad, en el espíritu de empresa y genio organizador, factores esenciales, que juntos colaboran en la génesis de las virtudes que constituyen el valor del pueblo americano. Dicha cualidad estimulante, propia á la nación americana, está en el argot de ellos muy bien estereotipada por la palabra «push», es decir, la necesidad de avanzar en el mundo, de darse á conocer, á toda costa; el deber ineludible de someterse á una buena disciplina del trabajo, consistente en aprender á descansar de paso que se remueven los obstáculos con que se pueda tropezar en el camino de la vida; la obligación indeclinable de bañar y saturar el espíritu en el pensamiento humano fortificante, amasado con no poca impaciencia y sobra de voluntad, y concretado en este primer axioma social que á guisa de banderín de enganche, repiten los americanos hasta dejarlo de sobra: el tiempo es oro.

Por la sabia distribución del esfuerzo, por el trabajo reglado sujeto á la justa observación de los intereses de las partes, por sus métodos viriles, exentos de la preocupación del fracaso, es por lo que las escuelas depositan en los músculos y en los nervios de la juventud, la fuerza del ideal innovador,—uno de los más bellos rasgos de la superioridad de la raza;—la voz de mando que se une á la voz de empuje de una voluntad, dirigida á encerrar todas las aspiraciones en la palabra ¡Quiero! para hacer á su vez de la palabra ¡Adelante! el poderoso acicate con el cual poder sacudir

la pereza, la atonía, la indiferencia, la indolencia, la holgazanería, la ligereza, la duda y todos esos mortales enemigos que atentan contra la actividad, contra el bienestar, contra la voluntad, contra las condiciones de la existencia.

En todas las prácticas y actos que afectan al funcionamiento de la escuela, el objetivo del americano no es otro que proveer al niño de una doctrina, de un sistema, de un método, de un conjunto de reglas que en lo sucesivo han de dirigir y sostenerle en la ruda tarea que le espera.

Dada la profunda convicción que tienen los americanos de que toda ocupación sin esfuerzo personal no pasa de ser una disipación que se aleja de la disciplina, es por lo que han empezado por dar de mano á la baldía y tranquila lectura del manual ó libro de texto, suprimiendo así la llamada «ciencia libresca».

La característica de su enseñanza, aquello que la confiere una fisonomía propia y peculiar, consiste en prescindir de golpe y porrazo de toda lucubración histórica ó literaria, del elogio del pasado, de la rebuscada afectación teatralera, del retoricismo fascinador, procedimientos todos—al decir de los americanos—perfectamente inútiles, y, por lo mismo, mandados retirar, que jamás han servido ni servirán para modelar inteligencias, adquirir buenos hábitos, mover voluntades, despertar entusiasmos, afinar gustos, entrever ideales, soñar con auroras boreales, encender sentimientos, crear emociones, ni mucho menos para que el individuo, una vez formado y despertado á la vida, tome participación en la conciencia social de la raza.

Con el pensamiento despierto y caminando con ojo avizor sobre el resbaladizo terreno de las ideas puramente teóricas, huyen deliberadamente, en sus enseñanzas, de todo espejismo oratorio. Nada tampoco de querer reducir éstas á simples enumeraciones. «A un lado con todos esos estudiantes—repiten ellos—que, confiando exageradamente en la palabra elocuente y en la autoridad prestada del profesor, acuden puntualmente á las aulas, con el objeto principal, y, casi único, de escuchar ciertos periodos sonoros y de intachable dicción, los cuales, por vía de pasatiempo, les hacen experimentar emociones agradables».

Persuadidos los americanos del derecho sagrado que el niño tiene á ser atendido con solicitud y esmero en todos los instantes

de su vida escolar, con notoria prodigalidad han derramado á manos llenas y difundido con gran empeño los métodos de las ciencias experimentales, únicos que en la difícil y espinosa labor pedagógica gozan de valor y mérito reconocido, los solos y exclusivos que establecen estrecha solidaridad entre maestro y discípulo, allanando las dificultades inherentes al aprendizaje de los primeros años escolares

Para aligerar la carga á millares de jóvenes gentes sin recursos personales, que aspiran á educarse, los trajes y avíos de la clase, como la instrucción, se les suministra sin ocasionar gasto de ningún género. «FREE TO THE PEOPLE» todo, todo gratuitamente puesto á disposición del pueblo: esta inscripción, soberanamente hermosa, figura estampada en los frontispicios de las escuelas públicas y de las Bibliotecas.

A todos sin distinción de clase ni condición, la escuela debe abrir sus puertas, á todos, altos y bajos, aristocracia y plebe, la escuela brinda una «fortuna igual para el porvenir, facilitando prácticamente los medios de lograr una cultura superior, empezando por la «Escuela Popular» que puede considerarse como el pueblo mismo.

A todos, en definitiva, debe prestar una acogida igual, sin particularismos de ninguna especie; tal es el principio.

Este celo fundamental domina el régimen de instrucción general y técnico de los Estados Unidos.

El ideal de educación que deriva de este sentimiento nacional, es simple y democrático.

Según el mismo ideal de solidaridad activa, la enseñanza de todos los grados se halla dominada por el celo y el buen sentido de dar á las individualidades toda su expansión. Tal proceder, fecundo en resultados, descansa en la labor preparatoria realizada por maestros educados en los métodos de las ciencias experimentales, quienes por esta razón, ahondan más que nadie en el conocimiento de esa ciencia profunda, tan fructífera en la escuela, que proporciona la clave del modo íntimo de ser del niño: la bio-psicología infantil.

La educación americana está concebida para formar caracteres, hombres cabales y completos, seguros de sí mismos, conscientes de su fuerza, preparados para la vida independiente. Ella no

conoce ni la instrucción á golpes de manual pasando el tiempo en hacer recitados, ni los procedimientos puramente mnemónicos que, según afirmación de Gustavo Le Bon, testigo de mayor excepción, «ejercen tan enorme presión sobre las inteligencias de los europeos, lo cual acaba por comprimir y deformar sus cerebros».

La escuela americana, atenta siempre á las consecuencias bonancibles que se desprenden del razonado estudio de los corolarios fisiológicos, comienza por favorecer el desarrollo del cerebro, órgano del pensamiento, y á este efecto, pone cuidado especial en proporcionarle las materias de conocimiento, las nociones cognoscitivas ó especies intelectivas de los antiguos filósofos, ó la ración nutritiva de entretenimiento fisiológico que se dice ahora, en dosis cortas y bien medidas.

Por esta circunstancia, ciertamente muy atendible, la escuela americana exalta la individualidad, sustituye con ventaja, la instrucción, que sólo educa la inteligencia, por la educación en todos sus aspectos, la cual fomenta el desarrollo acompasado de las facultades todas del escolar; deja que éste, entregado á sí mismo, manifieste, en libre espontaneidad, sus capacidades potenciales, sus cualidades propias, por medio de un régimen adecuado de trabajos, en los cuales el alumno conserva su libertad de apreciación, su discernimiento propio, su acción original y su responsabilidad, en una palabra, contribuyendo á que el alumno ante sí y por sí, busque el medio más seguro y expedito de no dejarse arrastrar por toda esa balumba de discusiones ociosas que han señalado la existencia de lo que desaparece en el panteón del olvido.

En este país donde el gobierno y las instituciones tienen un carácter esencialmente liberal, donde los más grandes honores y las más altas distinciones vienen á ser la recompensa del mérito personal, los hombres son constantemente impelidos á los trabajos mentales. Los dones accidentales de la fortuna, el parentesco y el favor de los grandes tienen allí poca influencia.

Así encontramos que en todas las clases de la sociedad, el cultivo del entendimiento es considerado como el primero y más importante negocio, sobre todo en la edad juvenil. El padre, cuya educación ha sido descuidada, reconoce luego cuál es el precio y las ventajas que obtienen los que la poseen completa, hace todo

lo que de él depende para poner á su hijo en disposición de adquirir los conocimientos que le faltan, y aunque no ha pretendido para sí otra condición que la de labrador ó la de artesano, sin embargo desea ardientemente abrir á su hijo los horizontes de una carrera, y aspira á verle colocado en el rango de los sabios ó entre los legisladores más considerados de su país. Convencido de que sin educación no se pueden alcanzar tan altos destinos, nada olvida para perfeccionar la inteligencia de su hijo; vigila con la más tierna solicitud todos los progresos de este ser querido, esforzándose en desenvolver, desde el primer periodo de su vida, las facultades del entendimiento que más tarde le harán capaz de dedicarse á toda empresa útil y laboriosa.

Este ardor dominante por la perfección de la inteligencia, conduce á los americanos á una constante investigación de métodos nuevos y seguros para el adelantamiento de la educación. Por esto es por lo que se proponen todos los días nuevos planes, para desarrollar más pronto y con más rapidez el intelecto de los niños, y se inventan mil medios con el fin de acelerar el progreso de estas pequeñas criaturas en el conocimiento de lo que ellos llaman ciencias útiles. Las librerías están llenas de innumerables obras concernientes á la instrucción de la edad juvenil, y los padres acogen con avidez todo método que pueda facilitar y allanar á sus hijos el aprendizaje de las ciencias y de las artes.

Los estudios clásicos no alcanzan gran predicamento en las escuelas. El ideal del yanqui es la escuela práctica, utilitaria, considerando los conocimientos como otros tantos instrumentos necesarios de la vida.

A juicio de los pensadores americanos, el utilitarismo económico en la enseñanza, debe entenderse así: «Como las ciencias son en efecto un instrumento de primer orden en las rivalidades de nuestra época, hay que buscar el primer punto de partida en la escuela, á fin de que suministrándonos ésta, conocimientos más o menos útiles á la profesión futura, quede como verdadero fin de la educación, socorrida la cabeza con sus «ideas» tanto como el estómago con sus «necesidades inaplazables».

Cueste lo que cueste, el objeto es aprender á tener, pronto y bien, una noción lo más completa posible de las cosas.

Quién más, quién menos, todos los americanos son igualmente

educados en una atmósfera de vivo movimiento y de esfuerzos intensificados, según un régimen que Patterson, un gran industrial americano caracteriza tan bien al explicar los episodios de su juventud y que nadie ignora en los Estados Unidos:

«Cuando yo era niño—refiere él—observando que tenía envidia de los patines, me dice un día mi padre: Coge un hacha, dirígete á la selva, corta allí una carga de leña, transpórtala á la villa, véndela, y, con el producto de la venta cómprate los patines».

Tal es el símbolo de la educación americana. La concentración de la población en las grandes villas ha suprimido, en la mayor parte de los casos, el medio de educación familiar preconizado por Patterson; pero desde luego el sistema entró en las escuelas de todos los grados y categorías. En las clases elementales, los pequeñuelos son tratados como lo fué el joven Patterson; la instrucción que allí encuentran y el desarrollo de sus facultades descansan sobre el esfuerzo personal y el amor á la acción.

La educación familiar y escolar americana, tienden á que el hombre soporte valerosamente sobre sus hombros la pesada carga que se le encomienda.

«El mayor y más importante progreso realizado desde veinte años acá en nuestros sistemas de educación, dice M. Eliot, de la Universidad de Harvard, es la individualización de la instrucción, de tal manera que en ella se encuentren todos los elementos y recursos necesarios para formar las facultades y las capacidades de cada personalidad, á cada etapa de su desarrollo. La enseñanza de los laboratorios y la enseñanza de los trabajos manuales son similares como instrumentos de educación, porque ellos se dirigen al individuo».

Este régimen de enseñanza individual sirve cual ninguno para desarrollar las aptitudes del alumno, estimulando y alentando al niño más tarde en la concepción y ejecución.

En las escuelas industriales, y en las instituciones de enseñanza técnica superior, se continúa el triunfo de la iniciativa y del esfuerzo; la experiencia llevada á cabo por los alumnos es allí la base de los estudios, el profesor guía las individualidades sin subyugarlas; en este detalle, que es interesante, el profesor despliega el más alto celo, dejando que se manifiesten en libre pronunciamiento las aspiraciones propias, la inteligencia y los talentos personales de sus discípulos.

La escuela pública de América nació en Boston, la Atenas de los Estados Unidos, centro de actividad intelectual intensa, laboratorio en donde las nociones europeas sobre la educación son recibidas y pasadas por el crisol de la mentalidad americana, para adaptarse á la vida del Nuevo Mundo.

La escuela es en los Estados Unidos—repitámoslo—una institución local, municipal, administrada por un *Consejo de Educación* nombrado por el pueblo, y sostenido por los impuestos particulares votados por la localidad ó por la generosidad privada, allí abundante. Es gratuita en todos los grados, lo mismo para los extranjeros que para los nacionales, pero hasta la fecha no es obligatoria en todas las partes. Las escuelas rurales no son graduadas, y el número de ellas va disminuyendo á medida que se acentúa la concentración en las grandes urbes, particularidad que no dejan de lamentar los educadores americanos, pues en su entender la escuela no graduada, colocada bajo la dirección de un solo profesor y sometida al régimen de enseñanza individual, ofrece la ventaja de seguir á cada alumno en particular, sosteniendo con una habilidad especial la unidad de fondo doctrinal, á la vez que encauza, desenvuelve y estimula las aptitudes del niño. Por eso ellos se manifiestan medianamente satisfechos del sistema de grados rígidamente diferenciados, que acarrea de la promoción en masa un acontecimiento anual.

Numerosas escuelas, entre ellas las de New York, atenúan el mal en una cierta medida por el sistema de la promoción bisanual. Si, bajo el punto de vista de la excelencia de esta mecánica enseñativa, los resultados son infinitamente superiores, el caso es que ello elevó complicados problemas administrativos, que el espíritu de organización americana, los ha sabido vencer.

Tampoco es confesional la escuela americana, y no obstante ser profundamente religiosa, la enseñanza de los dogmas hállase prohibida.

La coeducación, esto es, la reunión de sexos en las clases, es corriente en las escuelas elementales y secundarias. Los americanos estiman que el sexo es independiente de todo ejercicio mental, que la educación debe adaptarse al individuo, no al sexo, y que el primero y más imprescindible elemento de preparación para la vida social, es la formación de la voluntad y el carácter.

La escuela americana, saturada de méritos intelectuales y éticos, y considerada como verdadero código para la vida, reúne las condiciones pedagógicas primordiales de; la *unidad* en el fin, por lo general, bien determinado, y en el criterio uniforme de los maestros entre sí y con la educación *inicial* de los padres; la *progresión* rigurosa, por contar con un método, una disciplina y un estricto orden científico, que evitan lagunas y saltos en el saber; la *continuidad*, porque cada profesor construye la ciencia con sujeción á un esquema preestablecido; la *organización armónica*, porque atiende en primer término al desarrollo fisiológico de todas las facultades y órganos, prescindiendo en absoluto de todo sistema de enseñanza enciclopédica, ineducativa, verbalista, memorista y de entendimiento de repetición; la *integridad*, puesto que no abandona nunca la parte física, ética y estética, que casi constituye su primer cuidado; la *gradación*, por pasar de un grado á otro, previa una buena preparación; basada ó apoyada en la edad y condiciones del alumno en orden á su instrucción anterior; de *miras convergentes y sostenidas* hacia un objetivo, porque llama la atención sobre una sola materia, concentrando y desarrollando el juicio, pero procurando siempre no fatigarle físicamente; la *actividad docente y poco ó nada discente*, por concretarse, por regla general, el maestro á hablar poco y obrar mucho; la *sensibilidad*, porque hace sentir y entender lo que se enseña, recurriendo á la ejecución de los temas generales y de los trabajos, como simples medios de expresión de ideas y de sentimientos; la *moralidad*, porque como á las madres se las aprieta el corazón con sólo pensar en la mala conducta que pueden observar sus hijos, ellas son las encargadas de inspirar á los maestros el celo de apóstoles; la *libertad*, porque la actividad de esta escuela, orientada en todas direcciones, según ya llevamos consignado, tiende á revelar los talentos y las aptitudes predisponentes de los muchachos, para conducirles á la libre elección de una ocupación que más convenga á sus temperamentos; la *educación artística y manual*, porque precisamente bajo el nombre de «mechanical drawing»,—dibujo de los instrumentos de trabajo— ha conseguido que el efecto esencial de toda ejecución resida en la instrucción, de manera que el discípulo domine con su espíritu el trabajo, confiriéndole un carácter y una finalidad puramente

educativas; la *amenidad*, porque instalada en locales excelentes, alegres y bien acondicionados, y hermosea con jardines, cuadros, museos, alterna la enseñanza con excursiones, paseos, cantos, ejercicios militares, poesía y toda suerte de diversiones y juegos infantiles; la *religión*, porque el Estado responde de las ideas de sus maestros, llegando en ocasiones á imponer texto y programa.

Es por todo extremo curioso é interesante observar el aspecto de una escuela elemental. El celo y la previsión de conservar la salud y de procurar á los niños una impresión de alegría y de comodidad se manifiesta, de una manera ostensible, en la inmensa mayoría de las escuelas de América. Todos sabemos, aunque no sea más que de oídas, la importancia extraordinaria que los tratados de pedagogía conceden á la cuestión del local de escuelas. Las prescripciones higiénicas á que debe sujetarse la instalación de una escuela se han tomado en consideración en el país yanqui, como en ninguna otra nación. Además, aquellas escuelas son centros de ampliación de la enseñanza elemental, museos pedagógico-nacionales, que cooperan insensiblemente con procedimientos educativos de directa ejercitación de los sentidos — opuestos por completo á los antiguos ó acroamáticos — al desarrollo pacífico de la grandeza nacional, valiéndose del gran surtido y rica variedad de las colecciones de todos los reinos de la naturaleza, de los productos fabricados por la mano del hombre, y oriundos de las regiones industriales y agrícolas de todos los Estados, etc. Con tales modelos y con el abundante material de demostración de que disponen, las escuelas americanas, han llegado á constituirse en verdaderos «centros de interés» hasta para los mismos visitantes.

La decoración y menaje obedecen á un idealismo muy puro, que contrasta singularmente con el dogma utilitario, fundamento de la fe americana.

Una escuela elemental de Boston nos ha dejado un recuerdo particularmente grato. Nada más entrar en ella aparecen en hermosa perspectiva corredores espaciosos, muy iluminados y bien decorados, tapizados hacia el centro de enramada con follaje y

flores abundantes, de vistoso y original aspecto, dispuestas en trasería, simulando preseas góticas, etc.

Un abundante material de demostración y modelos de gustos variados se encuentran expuestos en las vitrinas. De las paredes penden fotograbados encerrados en vistosos marcos, representando juegos infantiles de todas las razas del mundo, escenas de escuelas de todos los países: escuela turca, escuela bretona, escuela negra.

Ricas colecciones de toda clase de frutos, de minerales, de especies zoológicas; unas naturales, y otras pintadas, y hechas con yeso, cartón-piedra; y todas de una imitación perfecta.

Todas las primeras materias que entran en la composición de las sustancias alimenticias, y que sirven para la fabricación de objetos de consumo doméstico, hállanse clasificadas en un orden irreprochable. Igualmente sucede con los primeros productos que alimentan la industria textil, etc., etc.

Los aspectos de las regiones industriales, agrícolas y navieras de los Estados Unidos, hállanse estereotipadas en enormes fotografías de color.

En una clase: veinte ó veinticinco niños están sentados en asientos confortables, proporcionados á sus estaturas, contruídos de madera clara y bien pulimentada; un fonógrafo, colocado junto al sitial del profesor, ayuda á completar, en el capítulo de la didáctica pedagógica, el juego sensacional y la reacción de sensibilidad de aquellos niños; en una pecera próxima, juguetean peces de variados colores; al lado de un alto ventanal central que inunda aquel espacio de oleadas de aire y de luz, un canario mestizo de verderón, prisionero en su jaula de cobre, hace, á ratos, las delicias de estos niños; vasos artísticos, colocados serialmente en baldas corridas á lo largo de las paredes, aparecen cubiertas de grandes ramos de flores, que dan al local un aspecto fantástico y seductor.

Los sistemas escolares americanos.

«Los más de los pueblos, hoy día, no consideran los dos primeros grados naturales de la educación como tales, sino como dos órdenes que obedecen á conceptos diferentes y no guardan entre sí más que una relación parcial, y aun ésta, vaga. En el sistema reinante, la segunda enseñanza, no sólo se halla separada de la primaria bruscamente, sino que, por su origen, como un desprendimiento de la antigua Facultad de Artes (más tarde, de Filosofía), ha conservado su filiación esencialmente universitaria, en su sentido, su estructura, su organización pedagógica, sus métodos y hasta muchas veces (entre nosotros, por ejemplo) en la formación de su profesorado. La escuela primaria es una preparación *general* y común para la vida, y tiene en todas partes, por tanto, propia finalidad; la secundaria constituye una preparación especial de ciertas *clases*, de un grupo social restringido para las llamadas «carreras universitarias». ¿Quién, por ejemplo, á no mediar circunstancias muy excepcionales, busca para sus hijos el diploma del bachillerato en España, sin la mira ulterior de aprovecharlo en dichas carreras?»

En Inglaterra, y más todavía en los Estados Unidos, la situación de las cosas es algo diferente. Los límites entre los tres grados que los otros pueblos suelen distinguir en la enseñanza (á los cuales se agrega el de la llamada «educación técnica» tan vaga en su relación como en su concepto) son allí indefinidos y difíciles de precisar. No cabe resolver, por ejemplo, si la *grammar school* ó la *high school*, por su programa—dejando aparte las lenguas—sus métodos, su orientación general, la edad de sus alumnos, etc., difieren de los grados superiores propiamente primarios, las grandes escuelas secundarias inglesas (*public schools*), Eton, Rugby, Harrow, etc., instituciones tan características de aquel pueblo, ya son, acaso, más afines al tipo universitario; y más aún, el *college* norteamericano, que semejante á la antigua Facultad de Artes, ya citada, tiene una representación mixta ó intermedia de Instituto y Facultad. Tal vez en ambos pueblos se dibuja ahora

cierta tendencia á acabar con esta indefinición, reorganizando la segunda enseñanza, según un tipo más ó menos unitario, concreto y específico. Difícil es todavía predecir si esta reorganización se hará en el sentido de una mayor aproximación á la Facultad, ó á la escuela primaria y á su completa fusión con ésta, que sería más de desear¹.

La constitución federal de los Estados Unidos deja, á cada Estado, el cuidado de fijar su régimen de instrucción pública. Las leyes de los Estados reglan la estructura de las escuelas elementales, su modo de organización, de administración y sostenimiento; además, abstiéndose cuidadosamente de dictar una reglamentación absoluta de criterio cerrado, en cuanto concierne á la vida interior de las escuelas, dejando al cuidado de las municipalidades y á los Comités de Educación, toda latitud en la elección de sistemas de enseñanza.

Bajo este régimen, se concibe que en un país tan vasto, de aspiraciones regionales tan diferentes y de condiciones económicas tan variadas, aunque unido por corrientes de intenso patriotismo, la cuestión y los problemas de la enseñanza no hayan sido resueltos de una manera uniforme.

El americano tiene horror á los sistemas inmutables y á los organismos fijos. Por temperamento y naturaleza es un novador impaciente y sempiterno. Cuando una idea ó un detalle nuevo surge en el dominio de la educación, inmediatamente se dispone á hacer la prueba experimental sin *parti-pris* ni prevención. Los programas de cursos son modificados y reimpresos todos los años. Jamás el cuerpo docente admite que, en materia de educación, se les restrinja la facultad omnimoda que todos los profesores tienen, de acuerdo como es natural con los superiores jerárquicos y ministros del ramo, de intentar los ensayos de nuevos métodos. Las escuelas son verdaderos laboratorios en estado permanente de trabajo de creación y de adaptación. El americano, rompe continuamente la coraza de todos los prejuicios y sutilezas escolásticas, que le parecen impedir el poder andar desembarazadamente dentro del libre ejercicio de la ideación.

¹ Manuales-Soler, LVIII, *Pedagogía-Universitaria, Problemas y Noticias*, por Francisco Giner, Profesor en la Universidad de Madrid, páginas 21, 22 y 23, Barcelona.

A las materias de los programas de las *escuelas elementales*, no las encabeza, como en otras partes, ninguna filosofía pedagógica, ni ningún principio doctrinal.

Dichos programas para nada se ocupan de los sistemas y doctrinas reinantes en la Pedagogía contemporánea, ni de las orientaciones, como ahora se dice, porque los americanos estiman que con todos los sistemas, doctrinas y orientaciones habidas y por haber, existen y existirán en las naciones, escuelas bien y mal montadas, y enseñanzas provechosas y perjudiciales. Por esta sencilla razón, todos los programas de por allá, se ciñen á apuntar los elementos de conocimiento de una manera escueta y monda. Como los americanos cuentan con un sistema propio, que conceptúan como el mejor, se les figura que el conocimiento de los demás, huelga por innecesario.

El régimen de instrucción pública, universalmente adoptado en la mayor parte de los Estados, puede resumirse así:

- I. Los Jardines Infantiles (*Kindergarden*), de 3 á 6 años.
- II. Escuela elemental (*Elementary School*); duración de estudios (de 6 á 14 años).
- III. Segunda Enseñanza (*Secondary ó High School*); duración de estudios (de 14 á 18 años).
- IV. Colegio (*College*); duración de estudios (de 18 á 22 años).

I

Sabido es que el principio fundamental del sistema educativo de Froebel consiste en la formación integral del niño por la acción, reglada según un método progresivo, que tiende á sujetar las impulsiones de su actividad espontánea bajo el regulador de la voluntad; él forma las facultades dirigiendo la vida de los sentidos. Esta actividad no es bastante por sí sola. Para que sea fructífera deberá injertársela sobre «la inventiva particular».

La inventiva junta con los otros dones que á ella van aparejados, sirve de base para hacer una clasificación de las condiciones y aptitudes del niño. Todo aquello que afecte á la forma y apariencia de las cosas, utilizase como estímulo inicial para toda suerte de observaciones y trabajos que el niño ha de emprender. El hecho de estar en contacto con la vida exterior permite al alumno aplicar los conocimientos que va adquiriendo, y por consiguiente es un factor poderoso para la formación de la inteligencia.

La obra de Froebel quedó inacabada; ella se constriñó á los «jardines de la infancia» actualmente repartidos por el mundo entero. Y es de lamentar, para la civilización, que este gran pedagogo no haya formulado algunas más reglas y principios que llevasen las influencias educadoras á la adolescencia, de todas las que tan necesitada se encuentra. Acaso si tal hubiese hecho, verdaderamente hubiera expuesto ante la consideración de la alta intelectualidad, un cuerpo de doctrinas de una potencia enorme, que sirviera de piedra angular á los educadores para orientar á las futuras generaciones en direcciones desconocidas.

Los americanos hicieron una acogida calurosa á las teorías de Froebel, y la prueba está en que introdujeron con gran ardimiento los trabajos manuales en las escuelas primarias. Para ello,

no se han concretado á copiarlos y adoptarlos simplemente, si no que antes bien se han esforzado en adaptarlos al genio y á la mentalidad de la población.

En opinión de los más conspicuos educadores americanos, el «plan de educación que Froebel concibió, en una época y para un país determinado, no puede aplicarse á la vida moderna de los Estados Unidos. Nosotros seguimos el sistema en su espíritu, pero no forzamos las aplicaciones en las nuevas direcciones de nuestra actividad económica y social y, especialmente, en la industria y los oficios americanos».

Ellos no han querido sujetarse á la letra convencional de la doctrina froebeliana, es decir, á las ocupaciones escolares agrupadas según su objeto, (los sólidos, las superficies, las líneas, los puntos), con cuyo papel definido, no pasan, aun amparándose en el pincel y el lápiz, de estimular las facultades de invención, la tendencia artística y la formación del gusto.

Con el nobilísimo propósito de agrandarla, flexibilizarla é intensificarla, han introducido en el dominio escolar trabajos de carácter indefinido, trabajos más positivos en relación al jardín, á los campos, á los oficios; y con tales procedimientos han conseguido aumentar extraordinariamente la riqueza inventiva.

A fin de enriquecer este sistema, se han hecho experiencias interesantes, dirigidas por M. Susan Sipe (de Wáshington), consistentes en que además de los jardines anejos á las escuelas, los Departamentos de Agricultura cedan al *Board of Education* grandes extensiones de terreno, para que los cultiven los niños de las escuelas elementales y secundarias.

Los trabajos manuales, el cálculo, las nociones de geografía, la enseñanza de las ciencias de la naturaleza, reducidas á una «lección de cosas» como ahora se ha dado en decir, dadas en las clases alrededor de estos minúsculos jardines, son positivamente más intuitivas y prácticas. Y sobre todo, los cursos al aire libre, repletos de datos frescos y concretos relativos al suelo, á la humedad, á la orientación, á la sementera, á la germinación, á los tipos de hojas, botones, flores, frutos bajo sus formas las más variadas, según las especies de vegetales y de estaciones, son verdaderamente cautivantes y aprovechados.

Los niños están provistos de cuadernos en los cuales anotan

los datos de la siembra, sus observaciones sobre el crecimiento de las plantas, la aparición de las flores, la maduración de los frutos, su recolección.

La generalidad confeccionan artísticos ramos de flores que luego les sirven de modelo en los cursos de dibujo. Desde la entrada de los niños en los Kindergarden, el método de instrucción consiste en presentarles las materias de conocimiento bajo forma de problemas experimentales, según el régimen dominante y universal de las escuelas americanas, y á este efecto, las institutrices comienzan, con una constancia que nada ni nadie perturba, poniendo á prueba el esfuerzo y la iniciativa personal de los niños.

Los niños de 11 á 12 años, hacen ya aplicaciones é interpretaciones de los modelos tomados de la naturaleza, y el dibujo, los ejercicios de observación y de lenguas, marchan paralelamente con los trabajos de cultivo de los jardines.

En el plan general del jardín, se distingue la división de jardines propiamente tales y la división de cultivos geográficos; un cuadrado se reserva ex profeso á los vegetales que caracterizan las diversas regiones de los Estados Unidos; el terreno restante se aprovecha para el cultivo de productos hortícolas y agrícolas de la región en que está enclavada la escuela.

Las institutrices sacan un partido admirable de estos cultivos; ajustándose al movimiento y circunstancias de cada uno, aprovechan la coyuntura para exponer las lecciones sobre los vientos, las lluvias, la constitución química del suelo y las condiciones que le modifican. Los productos constituyen la ilustración viviente de la flora de los Estados Unidos. La geografía, despojada decididamente de la banalidad de los libros, se revela y brinda á la inteligencia de los párvulos, bajo formas de vida atrayente y fresca, y su estudio y conocimiento viene á ser la resultante del amor que el niño cobra á las flores, á la naturaleza.

La jardinería ofrece un recurso no menos viviente á las lecciones de cálculo y de formas geométricas. En Wáshington, hay un jardín escolar de forma de un inmenso paralelógramo, que da cabida á 45.000 niños, cuya mayor parte están dedicados á los trabajos de jardinería. Pues bien: todos estos niños con la idea de tomar parte activa, en la exposición de flores, plantas ornamentales, legumbres, cultivadas por ellos, que todos los años

organiza la escuela, se afanan y desviven entregándose de lleno á toda clase de trabajos, pero cuyo objetivo principal está puesto en el jardín. En medio del bullicio y de la alegre, expansiva y cordial algazara de tantísimos niños que se contemplan en aquellos jardines, véseles á la mayoría numérica disputarse la preferencia para medir y dividir longitudes y superficies de terreno; ellos calculan el coste del abono por unidad de superficie, el importe de la mano de obra, la cantidad de simiente necesaria; ellos combinan motivos geométricos vivientes en provecho de las plantas ornamentales ó de las legumbres; ellos escogen figuras que se prestan á evaluaciones, cálculos y mediciones que ponen en acción los principios fundamentales de la geometría y de la aritmética.

Semejantes lecciones de aritmética y de geometría, remontándose á los mismos primitivos orígenes de la ciencia, ¿pueden de algún modo compararse á las que hemos recibido en nuestras aulas?

Es un hecho de observación concienzuda que la jardinería, toma en América, la forma de una manipulación razonada, entrando en el cuadro de los trabajos manuales: ella proporciona en la esfera de observación del niño y al nivel de su comprensión, hechos de la vida vegetal, ricos en enseñanza, ella introduce la vida animada en las escuelas é inspira á los niños el gusto de lo Bello, de paso que abre de par en par, las puertas de sus almas para que en ellas sean bien acogidos los ideales interiores.

Cada año, por la primavera, todas las escuelas, organizan la fiesta de los árboles, conocida bajo el nombre de «Arbor day». Con este motivo, las avenidas de las escuelas y las mismas clases, aparecen inundadas con gran profusión de flores; los niños entonan cánticos cordiales celebrando la belleza de la naturaleza; los profesores dirigen sentidas alocuciones y los niños hacen composiciones y recitados, que van encaminados á exaltar el amor á los árboles y el respeto á las plantas que sirven de ornato en los jardines públicos. Estas solemnidades suelen ser eminentemente edificantes y arrebatadoras.

Quien esto escribe no ha tenido ocasión de presenciárlas; pero ha visto en más pequeña escala, algo semejante, en Granada,

en una mañana de primavera del año 1900, en la que el eminente pedagogo D. Andrés Manjón, organizó una excursión de los niños de sus escuelas, á la Virgen del Triunfo, (uno de los paseos que existen á la entrada de la ciudad). Lo cual quiere decir que en las escuelas del Ave María de Granada, no se han descuidado los efectos educativos indiscutibles de dicho sistema, por el hecho de celebrarse la organización de los jardines y la hermosura de las flores, unido ó combinado con motivos ó fundamentos para consolidar y practicar la religión católica, lo cual es todavía más instructivo y transcendental.

II

La escuela elemental, *Elementary School*, se propone dividir el trabajo escolar, repartiéndolo uniformemente, en ocho grados (*grades*) que representan otros tantos años de estudio y conducen normalmente á los niños de edad de 6 á 14 años, á las puertas de las escuelas secundarias. Los cuatro primeros grados se llaman primarios (*primary*); los otros, constituyen la escuela de la gramática, los *Grammar Grades*.

Algunos Estados como los de Nueva Inglaterra y Milford admiten nueve años de estudios elementales, correspondientes á la obligación escolar, dándolos por terminados á la edad de 15 años.

Los *Grammar Grades* que toman los niños á la edad de 10 á 11 años, con el objeto de prepararlos, hasta los 14 años, para las escuelas secundarias, constituyen una división de la escuela elemental.

El ojo avizor, por decirlo así, de la ley escolar es el *truant officer*, un modesto funcionario público, encargado de reclutar á los niños. Su cometido es recorrer las calles para sorprender á los pequeños vagabundos; se entera de aquellos que faltan á la escuela, visita á los padres, amonesta, aconseja, recoge las quejas contra los traviosos que cometen fechorías sometiéndoles á castigo correccional.

Los mozalbetes de 7 á 14 años que voluntariamente dejan de asistir á la escuela, son considerados, según los reglamentos, como *truants* ó faltones habituales, y, previo aviso del *truant officer*, se les confía á una escuela de *truants*, regida por un Comité, por una duración máxima de dos años; los niños delincuentes son acogidos en los «*states industrial schools*».

Los niños de 7 á 16 años que andando dispersos por las calles, ó se les encuentre sin ocupación regular y no frecuenten la escuela, son considerados también como *truants* encomendándoseles á las mismas instituciones.

El mismo destino está reservado para aquellos niños de menos de 14 años, contra quienes el «truant officer» formula la queja, confirmada por el director de «perturbar ordinariamente el buen orden de las clases».

Las escuelas para los niños que no concurren á los cursos, apenas se distinguen de las escuelas ordinarias; los pequeñuelos encuéntrase en ellas sometidos á la más severa vigilancia. Basta, en buen número de caso de un término de ocho días para curarles, definitivamente de los pecados que han cometido.

Las obligaciones patronales, por cierto muy rígidas, están formuladas al final de los artículos de la misma ley escolar.

El trabajo manual en la escuela.

El verdadero fundamento de la revolución ó transformación —séase como quiera— de la escuela americana, consiste en fiarlo todo al trabajo manual, en esperar todo del trabajo manual.

Los americanos proclaman en alto grado la utilidad y la necesidad de los trabajos manuales, pero no dejan de ser exigentes en todo cuanto concierne á la cualidad de esta enseñanza.

Según su concepción, los trabajos manuales constituyen positivas disciplinas, con el mismo título que el cálculo y las ciencias naturales. Los principios del método en punto á las relaciones entre la función, la forma, las dimensiones de los objetos y los materiales, constituyen el alma misma de los trabajos manuales. La función y aplicación del objeto es el punto de partida de las discusiones entre discípulos y maestros. Todas estas nociones son sutiles y delicadas y deben necesariamente arrancar del conocimiento de la construcción. Todo profesor que se dispone á aplicar este principio superior en los trabajos, previamente debe hallarse preparado por estudios serios, á fin de que su labor pueda llevarse á debido término de una manera constante y comprensible: la

construcción de una silla que entra como ejercicio de aplicación en los cursos de séptimo y octavo años, para los niños de 11 y 14 años, pone de relieve el alcance y virtualidad de dicho principio.

El tema de la lección se fija por lo general de la manera siguiente: el examen de la función de un mueble que haya de ser destinado para sentarse, conduce inmediatamente á pensar en la forma que se deberá dar al asiento en proyecto de factura, á fin de que una vez terminada su construcción el mismo niño que ha hecho de artista puede disfrutarlo sentándose *incontinenti*. Aun llevando más lejos las investigaciones interrogativas, sobre este hecho concreto de la construcción de una silla, los discípulos, guiados por el profesor, dan muy pronto con las dimensiones, la altura y la forma del asiento y del respaldo; al mismo tiempo, ellos pueden asegurarse de la solidez, disposición de las piezas para las juntas, puntos de apoyo, seguridad de la mano de obra, y demás particularidades concernientes á una silla bien construída y garantida. De esta suerte los niños quedan fácilmente propensos á hacer racional y gradualmente el croquis del mueble que nos ocupa, y, provistos de este documento que abarca el pensamiento de lo que ha de realizar, en seguida pasan á la ejecución. El mismo sistema de estudios racionales previos, por los cuales la idea, el razonamiento y el juicio entran conjuntamente como factores del trabajo, se encuentra en la ejecución de todos los objetos, por cuyo motivo, es ocioso insistir sobre la marcha ordinaria de esta clase de trabajos.

Los americanos consideran como de ningún valor educativo y tan sólo como simples «ocupaciones manuales», todos aquellos trabajos de los cuales el alumno no posee, en el cerebro, el plan previamente razonado. Precisamente en esto se funda la virtud y mérito especial del método aplicado á los trabajos manuales. Conducidos así, las operaciones se desarrollan con el rigor lógico de una serie de proposiciones geométricas.

El principio de educación, basado sobre la enseñanza de los trabajos manuales entró en las escuelas americanas por dos vías diametralmente opuestas:

1.º La vía froebeliana, que comienza en el jardín de los niños y conduce agrandándose, á la escuela primaria, en donde aboca

de lleno al «sloyd» del que luego hablaremos en las clases superiores.

2.º La vía técnica, de origen ruso, conocido bajo el nombre de «Sistema Della-Voss», que arrancando de la escuela técnica superior, ha ido descendiendo desde las escuelas secundarias á las clases superiores de las escuelas primarias, luchando, sobre este último terreno, con el «sloyd», de origen sueco.

Los trabajos manuales variados, introducidos en las escuelas americanas de todo género y de todos grados, ya ellas sean generales ó técnicas, medias ó elementales, se reducen á cuatro grandes sistemas fundamentales, que cuentan, como es natural, con sus partidarios y sus detractores: 1, el *sistema pedagógico*, que está representado por el SLOYD, de origen sueco, una especie de escuela normal de trabajos manuales; 2, el *sistema técnico*, de procedencia rusa. Claro es que estos dos sistemas han sido profundamente modificados por los americanos, pero no por eso sin embargo podía negarse su origen; 3, el *sistema social*; 4, el *sistema artístico*.

El sistema pedagógico, representado por el SLOYD,—de la expresión sueca «Slojodl» que significa, trabajo manual—considera los trabajos manuales, en la misma forma que las matemáticas, las ciencias físicas, el dibujo, la música, etc., como un instrumento de cultura general, integral, ejercitando la atención, la percepción exacta y el razonamiento, y conspirando al desarrollo armónico de todas las facultades.

Este sistema descansa sobre el principio de Froebel: «la educación por la acción», y remóntase en su origen á la obra escolar de Coegnus, de Finlandia. La escuela normal de Naäs, en Suecia, le ha elevado á la altura de un sistema, y desde allí, invadió el mundo civilizado, transformándose según las latitudes, las costumbres, la mentalidad de las razas.

El objeto principal de los ejercicios típicos realizados por este sistema pedagógico, es decir, por el «sloyd» fúndase en que un pensamiento general guíe la mente del alumno y que es á saber: «la confección de los objetos ó útiles de un empleo ó uso determinado, exigen una construcción adecuada á dicho uso».

En 1888, A. Shaw, una dama filántropa de los Estados Unidos, introdujo por primera vez en América, en una escuela elemental

de Boston, los trabajos manuales conforme á los principios del «sloyd» sueco.

La bienhechora llamó para la dirección de los cursos á monsieur Larrson, institutor sueco, discípulo de Naäs. Los primeros resultados fueron poco satisfactorios; los modelos tomados de la vida doméstica de Suecia, apenas si atraían la atención de aquellos niños. M. Larrson, rodeado al poco tiempo de discípulos convencidos, se aplica con empeño á adaptar el «sloyd» á la situación y á los gustos de los niños americanos, consiguiendo al fin mantener firmemente los principios fundamentales del sistema, vigilando la elección de modelos y la sucesión en el empleo de los útiles de trabajo, que tienen por objeto el desarrollo armónico del niño. «El valor del «sloyd», dice M. Larrson en una de sus primeras lecciones en la recién creada *escuela normal de trabajos manuales* (de Boston) «depende esencialmente de la observación estricta de los principios fundamentalmente universales del sistema». El «sloyd» tiene sus doctrinas, sus axiomas, sus principios intangibles, que pueden resumirse así:

1.º Los profesores de «sloyd» deben ser hombres instruidos y no artesanos.

2.º La enseñanza debe ser sistemáticamente progresiva, y, á excepción de ciertas demostraciones de la clase, tanto como sea posible, individual.

3.º El trabajo, para que por su mediación se logre el mejor desarrollo físico, debe empezar por movimientos libres y vigorosos.

4.º Los resultados visibles, es decir, los trabajos acabados, deben ser trasunto vivo del esfuerzo personal del alumno.

5.º En principio, las operaciones no deben introducir la idea de una división del trabajo, y por lo mismo deben excluir prácticamente el empleo de las máquinas-útiles.

6.º Los ejercicios, cuya progresión conduce del trabajo fácil al trabajo más difícil, deben aplicarse á objetos simples, atrayentes, de buenas formas y proporciones, cuyo uso y utilidad práctica puede ser apreciado y comprendido por el discípulo.

Los trabajos manuales, organizados bajo la inspiración del doctor James Haney, de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de New-York, han sido llevados á un alto grado de perfección por el director actual M. F. Stahl.

La variedad y la flexibilidad de la aplicación de los principios merecen ser particularmente anotados. Desde la edad de 11 y 12 años, los alumnos abordan los trabajos en madera valiéndose de un cuchillo. Después de haber ejecutado á mano una serie de objetos cada vez más delicados, pasan inmediatamente á realizarlos á beneficio de útiles, según los principios del «sloyd» que ya hemos descrito con todo detalle.

En esta situación, los alumnos ya están aptos para construir, entre otros, una serie de aparatos de demostraciones experimentales, que son utilizados en la enseñanza de diversas ramas y especialmente en las ciencias naturales, la química y física. Los talleres escolares confeccionan balanzas, poleas y polipastos, palancas, planos inclinados, sobre los cuales, según un principio metódico universal, los mismos alumnos realizan experiencias en la clase. Dichos aparatos, así contruídos, están lejos de ser de precisión, pero ellos tienen la ventaja de manifestar bien á las claras, el principio científico que sirven para ilustrar.

El tipo de la escuela de trabajos manuales, quedaba para lo sucesivo perfectamente fijado. Los estadistas hablan en su favor, viniendo á probar que ha sido aceptado de buen grado por la población. En su organización se refunden ramas técnicas y estudios clásicos, amalgama que responde admirablemente al espíritu americano.

Es de observar que de una treintena de años á esta parte, una forma moderna de enseñanza secundaria se ha desarrollado de una manera extraordinaria bajo el nombre de «Manual Training High Schools», «Mechanic Arts Schools», etc., que vienen á constituir una especie de escuelas secundarias técnicas, cuyos estudios, esencialmente científicos se apoyan sobre los trabajos manuales.

El honor de haber concebido y hecho entrar los trabajos manuales como un factor de educación en la enseñanza secundaria en los Estados Unidos, corresponde á M. Woodward, director de «Manual Training high School» de la Universidad de San Luis. Después de grandes ensayos y muchas experiencias coronadas del más franco éxito, logró Woodward establecer unos cursos sobre bases racionales y científicas. Con la palabra y la pluma se erigió en propagandista entusiasta de sus proyectos, y no tardó

en sacarlos á flote, merced á su infatigable energía, que le sirvió para combatir los prejuicios, vencer obstáculos, y refutar las objeciones que los pedagogos de la época dirigieran contra esta nueva disciplina de educación.

En un principio, las doctrinas de Woodward sancionadas en uno de los congresos de educación de Boston (1904), fueron aplicadas para todas las escuelas americanas. La idea, como es natural, previas otras más amplias experiencias, sufrió nuevas transformaciones, en otros tantos diversos centros de cultura. El método de Woodward, con todas las variaciones y aplicaciones sobre una vasta escala, está fuera de duda que ha provocado en los Estados Unidos, un movimiento educativo de una potencia extraordinaria, que toca muy de cerca á los fundamentos tradicionales de la escuela secundaria.

La penetración de los trabajos manuales en el dominio de las otras ramas, confiere una gran elasticidad á los cursos, y les hace salir de las fórmulas convencionales.

Hasta hace 20 años, apenas si existía en las escuelas americanas, alguna fórmula normal bien definida de trabajos manuales para niños de 6 á 10 años, es decir, para la escuela primaria propiamente dicha.

Desde entonces, á estos trabajos se les ha considerado como una extensión del sistema de educación y perfeccionamiento del sexto sentido ó sentido muscular, hoy corrientemente admitido por los grandes fisiólogos. Nada más iniciarse la idea de su implantación en las escuelas, por vía de aplauso general, vió la luz en los «College Department» sobre todo, una copiosa literatura de «Professional Education in the United States», que sirvió de base sólida para el perfeccionamiento, jamás soñado, de todo orden de manipulaciones de carácter enteramente técnico, y muy singularmente, el ramo de la Cirugía, es al que, estos beneficios han alcanzado más, pues los niños destinados á ser futuros cirujanos, ya aprenden en la escuela, á hacer, con una cuerda en la mano, todo género de nudos, lo cual tiene bastante más importancia de lo que puede parecer á primera vista.

Estas cualidades de grandes manipuladores, tan laboriosa y pacientemente adquiridas por los niños de las escuelas, desde el principio dieron su fruto en el orden científico. A ellas es debido

el gran desenvolvimiento de la instrucción primaria y la prosperidad de las Universidades del trabajo.

La ejecución es la misión ú obra propia de los trabajos manuales.

Al poco tiempo de introducidos en las escuelas, ya se observó, que el principio de creación y de ejecución, encontraba su expresión, á título de ejercitación reglada del sentido muscular, en las lecciones y prácticas de dibujo, de música, de geometría, de física, y en los cursos de observación con vistas al arte y á las industrias todas.

Después de lo que llevamos expuesto acerca de los trabajos manuales en las escuelas, podemos permitirnos por propia cuenta, hacer la siguiente, categórica afirmación: los Estados Unidos es la primera nación del mundo, que por la entidad del trabajo manual, y la producción enorme que por consiguiente á él va aparejado, ha llegado á ser la más sabia, precisamente porque es la más industrial.

El programa de estudios varía en extremo en lo concerniente á los trabajos manuales y al dibujo. El conocimiento previo de un motivo de estudio, á lo mejor inventado por un niño, y aplicado según sus gustos personales, es el hecho de capital interés que informa á muchos de estos programas.

La vida comunal, les sugiere muchas veces, la idea de elección del material y de sus accesorios, detalles inseparables de las ocupaciones ordinarias de los niños, que por punto general quieren distinguirse por algún rasgo de originalidad en el dibujo, en la construcción de objetos con papel, con mimbres, etc., todo lo cual evoca en la vida escolar la animación y la pasión virulenta de las luchas gigantescas que promueven las elecciones americanas.

Nadie puede desconocer—aún sin haberlo presenciado—la variedad de ideas y de interés que se condensan especialmente en los trabajos de dibujo. La vida de todo un pueblo palpita allí. Cuán pobres y fríos se descubren, en cambio, los programas en Europa, repletos de nociones amorfas, sin hilo conductor, abstracciones geométricas, desprovistas de toda idea ó sentimiento, con relación al dibujo en las escuelas americanas. Estas, por su atracción y sus métodos flexibles y libres, solicitan constantemente

el esfuerzo, forman el gusto y despiertan y desarrollan en el más alto grado la personalidad y la iniciativa. La idea de placer excita sobre todo la fantasía creadora de los niños. El recuerdo del juego les inspira la construcción de modelos variadísimos: muñecos, carritos, objetos de cocina, bolsas de viaje, figuras de cera, caracteres de imprenta, carteras de correo, cajas, sacos de factor de ferrocarriles, charrets que usan los barrenderos de las calles, planos de construcción y otra infinidad de objetos, que son motivos del arte decorativo, en lo que especialmente hacen gala de derroche imaginativo y sobre todo, en las «ocupaciones sociales de la escuela» así denominadas en América.

La escuela elemental de Newark, en las lecciones semanales de una hora, dividida en tres períodos de veinte minutos, es una de las que se han hecho célebres, porque de ella han salido en las sesiones llamadas de «alegría de invierno» modelos curiosísimos de objetos de Navidad, en cuya construcción, se han introducido las primeras nociones de cálculo. Ciertos niños confeccionan cajas cuyos lados están representados por $1 \times 1 \times 1$; otros se constriñen al hacerlas á la medida de $2 \times 2 \times 1$, etc.

La vida real entra en la escuela americana por puertas y ventanas. La vida histórica, transplantada á la escuela, es un poderoso despertador de las alegrías juveniles.

La *Yale Practice School*, de Chicago, rivaliza por la modernidad de sus enseñanzas, con las escuelas elementales las más reputadas. Ella pone especial cuidado en hacer entrar en estos cursos de la vida social y profesional, bajo formas educativas poderosas y eficaces, ciertos elementos ó útiles de trabajo, que constituyen de hecho la nota dominante de estas escuelas entregadas á las pequeñas industrias, como la fabricación de velas, el acondicionamiento del lino para los telares, ó la limpieza y preparación de otras sustancias y otros tejidos, etc.

Los procederes de enseñanza, que allí se ven puestos en obra, invierten por completo todas las nociones que nuestra organización convencional nos da de la escuela primaria. La fabricación de velas es uno de los ejercicios más sorprendentes que pueden observarse en niños de 6 á 7 años, en ciertas escuelas de Chicago. He aquí de qué manera escogen los niños el material

para la fabricación á que van á poner mano. Previa discusión y ensayo, la institutriz enciende velas de parafina, de sebo, de cera. Apreciada la mayor claridad que dá la llama de la vela de parafina, comparada con las otras, el niño se decide á servirse para su industria de este último combustible, adicionado de estearina.

En razón misma de la ausencia de pasado en orden al movimiento artístico en los Estados Unidos, esfuerzos, en ocasiones poderosos y siempre extraordinarios, nacen de todas partes, para infundir en la vida americana, el gusto artístico, el sentimiento estético, de los cuales nadie desconoce los efectos civilizadores.

La América ha llegado á un grado de prosperidad material desconocida en su historia; después de la satisfacción de las necesidades materiales, han surgido necesidades superiores cuya satisfacción se encuentra en lo Bello.

En los trabajos manuales y en el dibujo, es en donde se manifiesta claramente la tendencia hacia un mayor refinamiento del gusto.

De aquí que viniesen á aparecer en numerosos centros sistemas de enseñanza estética.

Las escuelas de arte aplicada se multiplican; la preparación de los profesores de dibujo es objeto de las mayores atenciones, y los cursos públicos de arte gozan de una boga grandísima. En las escuelas elementales, esta misma preocupación se traduce por sistemas de educación artística, entre los cuales el más original, el más desconcertante es el de M. Tadd, director de la *Public Art School* de Filadelfia.

La escuela de arte industrial de Tadd, es una institución libre, subsidiada por la villa; ella posee, diseminados en los diversos *quartiers*, sucursales á donde los discípulos de las escuelas acuden á recibir sus lecciones. Esta escuela enseña el dibujo y los trabajos manuales á jóvenes de 6 á 18 años; su obra está basada sobre el trabajo de arte, aplicado especialmente al modelado, á la escultura y á la arquitectura en madera, sobre cuyos tres órdenes de trabajo se apoya el interés y el placer intenso que experimentan los alumnos. El lazo de unión entre todos estos trabajos está egurado por lecciones acerca de la composición decorativa y

la historia del arte, ricamente ilustradas de proyecciones luminosas, de grabados y de fotografías.

El sistema Tadd ha sido vivamente atacado; pero es un hecho, que á pesar de haberse puesto en duda el valor y la elasticidad del sistema, ha resistido á todos los ataques, y hoy cuenta decididos partidarios. En sus comienzos fué mal comprendido é inexactamente interpretado. Después que llegó á ser mejor conocido, se difundió con rapidez asombrosa.

El gusto de las actividades manuales y el celo de ver confirmados los conocimientos adquiridos por el tacto y por el sentido muscular, se traduce por modo admirable en las escuelas americanas destinadas especialmente á la enseñanza de la geografía por medio de las prácticas de modelado. Con estas prácticas los americanos han tenido la dicha de popularizar una ciencia de perpetua y universal utilidad, como la geografía.

La habilidad creatriz, el desarrollo del sentido de percepción y asimilación, la aptitud para la ejecución, tales son los efectos de esta clase de trabajos que absorben el interés de los niños, hasta el punto de no inquietarse de la presencia de quien al visitarles contempla y admira la vida, la variedad, la ausencia de todo mecanismo, característica de estas ocupaciones infantiles.



III

Lo que para nosotros es la *Segunda Enseñanza*, es para aquel país la *Secondary Education*. En Inglaterra, y más todavía en los Estados Unidos, la situación de las cosas es diferente. No hay que buscar en ambos países nada parecido á una ley general de Instrucción pública, que la regule con todo detalle, ni uniformidad esquemática en las instituciones docentes, ni unidad de criterio político en cuanto á la acción del Estado, ni siquiera unidad nacional.

En el país yanqui especialmente, país de las antítesis abruptas, se inician y manifiestan corrientes aún más modernas en materia de educación media, bajo el impulso de apremiantes necesidades industriales y comerciales; la transformación de la enseñanza secundaria moderna se acentúa, caminando en la dirección de una mayor aproximación á la escuela primaria, que como hecho ventajoso auguraba con su certera visión hace bien pocos años el señor Giner de los Ríos, como puede verse en las líneas preinsertas.

La enseñanza secundaria bajo sus diversas formas está representada en los Estados Unidos por las instituciones siguientes:

1.^a Las «high schools» ó *escuelas secundarias* y las antiguas «Academias» que preparan especialmente á los estudios de los colegios y á los institutos de tecnología. En determinado número de estos, los trabajos manuales son enseñados facultativamente.

2.^a Las escuelas que pudiéramos denominar *secundarias técnicas* propiamente tales, comprenden: a) Los *manual training high schools*, también conocidos bajo el nombre de *Mechanic arts high schools*; b) Los *Business high schools* ó sea las escuelas comerciales secundarias.

En las escuelas secundarias técnicas americanas se borra el límite entre la cultura general y la instrucción industrial. La

penetración del elemento técnico en los estudios ha dado un gran aliento á la enseñanza media. En 1892, la población escolar de todas las escuelas secundarias americanas era de 97.000 alumnos, ó sea de 0,2 por 100 de la población; en 1904, este número pasa de 730.000, ó sea 0,9 por 100 de la población y en fin, según los datos del último censo de 1911, alcanza á 1.115.326 alumnos, de los cuales 494.351 varones y 620.995 hembras, ó sea 1,4 por 100 de la población blanca (81 millones). Lo cierto es que el número de escolares, que continúan sus estudios más allá de la escuela elemental, se cuadruplica en el espacio de 26 años, lo cual es un fenómeno el más saliente de la situación de la instrucción pública en los Estados Unidos.

La explicación de esto toma su apoyo en las costumbres de las familias de los obreros americanos, los cuales por razón de disfrutar crecidos salarios, no tienen necesidad de explotar el trabajo de los niños para cubrir sus necesidades. Así es que los padres pueden satisfacer la legítima aspiración de los hijos, dándoles estudios más completos. Pero, entiéndase que las clases medias y las obreras no se fascinan, como se creyó algún tiempo, por el brillo de las profesiones burocráticas ó liberales, pues la buena remuneración del trabajo en las carreras manuales basta para desilusionarles. En Nueva York, por ejemplo, 10 dollars ó sea 50 pesetas es el salario medio por semana de un buen empleado de comercio. De ahí que las clases obreras quieran una enseñanza secundaria que habilite á la juventud para las carreras de la industria y de los negocios. Por esta razón el problema de la Segunda Enseñanza no se presenta en los mismos términos que en Europa. Al lado de la vieja academia ó «high school» clásica, preparatoria para el Colegio, hánse creado escuelas medias concebidas para resolver de plano el problema que tanto preocupa á los países industriales: la preparación por la Segunda Enseñanza ó enseñanza media para las funciones de la vida real al mismo tiempo que para los estudios superiores.

La preparación para los colegios se designa en América por las palabras «fitting» (preparación); la educación para la vida real por la enseñanza media es la «finishing» (acomodación y penetración); la escuela secundaria que realiza este objeto es una «finishing school» (terminación).

La primera escuela media moderna americana, la «High School» se apoya sobre la escuela primaria; hállase organizada al amparo de la devoción y sufragios públicos, y los niños son admitidos en ella gratuitamente; ella no comprende en su programa ni las lenguas muertas (*classical side* de los ingleses), ni las lenguas extranjeras. Es el primer tipo de una «finishing school», fundada por los comerciantes y hombres de oficio, y que juzgando al latín y á las humanidades todas demasiado extrañas á la vida práctica y á las necesidades inmediatas de la existencia, dirige sus pasos en el sentido que los ingleses llaman *professional life* persiguiendo un fin utilitario, sin preocuparse de la educación general ni de la cultura, pecando quizás de espíritu excesivamente lucrativo y aburguesado.

En 1820, un mitin celebrado por los ciudadanos de la villa de Boston (Town-meeting), decidió por unanimidad, «crear una escuela media pública para la burguesía, que prepare los niños, no para los estudios superiores, sino para la vida práctica del comercio y de la industria. Las villas importantes: Filadelfia, New-York, Baltimore, siguieron el ejemplo de Boston.

Como en las cuestiones de arte, de ciencias y de letras, el Massachusetts es el primero que se pone á la cabeza del movimiento en favor del desarrollo de la escuela media pública. En virtud de la ley sobre la enseñanza media de 1902, cada circunscripción (town) contando más de 30.000 habitantes está obligada á abrir una escuela media pública (high school). Las demás circunscripciones que no posean parecidas escuelas quedan sujetas á sufragar los gastos escolares de los niños que frecuentan los cursos de una escuela secundaria del departamento vecino.

En las condiciones actuales, todo niño de un Estado, niño ó niña, puede aspirar á terminar, sin ningún gasto, los cursos de una escuela secundaria. A todos les alcanza la oferta de la posibilidad de adquirir una cultura y una educación superiores; tal es el ideal verdaderamente democrático que ha realizado el Massachusetts y que realizan gradualmente los Estados americanos de la antigua civilización.

Los «high schools» reflejan verdaderamente como en un microcosmo la multiplicidad y variedad de la vida americana que reobra enérgicamente sobre las escuelas: éstas sirven á la vez

de preparación á la vida y de introducción á los estudios superiores.

Para satisfacer á la vez las condiciones impuestas para la entrada en las Universidades y establecer las bases de una preparación sólida á la vida real, los programas de enseñanza se diversifican al infinito, hállanse en ellos materias de la enseñanza clásica del *gentleman* inglés «del hombre» á quien su posición permite el lujo de cultivar su espíritu por el contacto con los grandes poetas griegos y latinos, de saborear en su propio idioma á Homero y á Virgilio, de depurar su sentido estético, de elevarlo y de educarse idealmente.

A este objeto, y hablando de la «Educación inglesa» escribe, un compatriota nuestro, profundo observador, lo que sigue: «Claro está que tal cuadro de estudios, comparado con el de nuestro bachillerato, parecerá pobre, desaliñado y hasta risible; ¡alumnos de segunda enseñanza que no estudian psicología, ni física, ni química, ni agricultura, ni historia natural, ni álgebra, ni geometría! Eso no es para nosotros concebible. Yo, ni lo defiendo ni lo censuro, sólo digo que por lo pronto debemos prescindir de comparaciones que, con toda la superioridad de nuestro «cuadro de estudios» legal, nos podrían dejar mal parados, puesto que, al fin y al cabo, no hay alumno de *public school* (digamos de *High School*), por malo que sea, que no pueda escribir de corrido el latín por lo menos, y es positivo que hay bachilleres españoles, y quizás no constituyan excepción, que á cada paso, tropiezan en la ortografía y en la gramática de su propio idioma. Y añadido que, otorgado que nuestro plan fuera mejor en sus resultados, no cabría tampoco la comparación, puesto que la segunda enseñanza española es de carácter esencialmente democrático, una y única para todo el mundo, preparación para todas las profesiones y para todas las clases sociales; y no puede olvidarse, al juzgar de la inglesa, la nota esencialmente exclusivista y especial, aristocrática, si así se la quiere llamar, que la define y distingue» ¹.

De este caos, cuyo ligero bosquejo acabamos de hacer, han surgido en América grupos de cursos que han constituido: 1.º la sección greco-latina; 2.º la sección latina; 3.º la sección científica

¹ J. Uña y Sarthou, *Educación Inglesa*, «La Lectura», pág. 15, Mayo, 1904, Madrid.

que se encuentra en la organización de nuestra enseñanza media.

Estas divisiones existen en la generalidad de las grandes escuelas medias americanas, no como un cuadro de enseñanza fijo impuesto al alumno, sino más bien, concebido libremente. El régimen actual de un gran número de escuelas secundarias, no se ajusta por lo común á una determinada clasificación por secciones separadas: solamente se apoya sobre un núcleo de asignaturas prescriptas á todos, que luego se completan con un gran número de ramas facultativas, entre las cuales el alumno escoge libremente sin ningún impedimento reglamentario; las matemáticas (dos años), el inglés (tres ó cuatro años), son en general las ramas comúnmente las más usuales; la historia, las ciencias naturales y las lenguas modernas son incluídas á veces.

En ciertas escuelas, el 70 por 100 del tiempo dedicásele á las ramas libremente admitidas; y el resto á las otras. Y cosa curiosa, las estadísticas prueban que el número de alumnos que estudian latín se mantiene, circunstancia, difícil de comprender, dado el descrédito (no sabemos si motivado ó inmotivado) en que han caído las lenguas muertas y máxime bajo la luz de la instrucción moderna y del utilitarismo americano.

Antaño el conocimiento del latín separaba netamente á los trabajadores manuales de los hombres literarios y clásicamente cultivados. Todavía ahora, el viejo agricultor americano emplea á diario apotegmas y diciones latinas de todos conocidas y recita con entusiasmo los exquisitos versos virgilianos que no encontrarán rival en la fonética de las lenguas. Aunque el yanqui clásico haya sido arrastrado por su democracia ascendente, á mirar con indiferencia el abolengo literario, aun conserva en gran estima la genealogía de las lenguas, y sin duda por eso en la educación pública de muchas «high schools» continúase llevando á sus programas modernos el latín, con el doble objeto de tener á su disposición el medio de dilucidar la significación de las radicales de origen románico latino conservadas en la lengua inglesa y de adquirir los rudimentos de la lengua tan ardua y sonora de Cicerón que les permita hacer buen papel en el mundo.

Copiaremos, también á este otro propósito, lo que escribe un gran crítico francés: «Es una vasta y temeraria experimentación

in anima nobili, un 93 universitario el que se emprende hoy: todos los cambios operados inopinadamente ponen en el trance de doblar las espaldas á un Hércules que fuese Ministro de Instrucción Pública; no me ocuparé de otra cosa que de la instrucción liberal, esencialmente moral y cívica, y yo me pregunto la suerte que le está reservada. No vengo ahora á defender el latín y el griego; sus admiradores, por su misma ceguera, les han preparado el sacrificio. Yo vengo sencillamente á defender las humanidades, no solamente literarias, sino científicas, las letras francesas, la ciencia francesa y la filosofía, pues sólo esta última, desde Descartes, Montesquieu, Diderot, Voltaire y Rousseau, es la gran tradición francesa. La situación es tan grave que no se trata de salvar los estudios antiguos, sino simplemente los estudios desinteresados, más necesarios todavía bajo un Gobierno republicano que bajo ningún otro y en Francia con mayor razón».

«Ni los estudios literarios, ni los estudios filosóficos, ni las humanidades científicas en sí mismas no ofrecen utilidad inmediata, visible, material, profesional; si el Estado que debe pensar en el porvenir, no les sostiene, ¿serán por ventura los niños, los padres, los especialistas, profesionales é industriales de todo jaez los que les sostendrán?».

«Es el porvenir literario, científico y filosófico de nuestro país lo que debe preocuparnos: el resto es de menor importancia, porque, en una gran nación, el valor de los estudios desinteresados y verdaderamente humanos arrastra todo en pos de sí y, asegura la verdadera fuerza nacional»¹.

La escuela secundaria americana, en honor á la verdad, hay que decir que comenzó siendo una «fitting school».

La educación verdaderamente moderna de la «High School», se resuelve dentro de los límites no bien definidos de lo que los americanos llaman «educación técnica», con lo cual dicho se está que de todas las demás asignaturas, si es que se estudian, es sin gran idea fundamental, y todo ello superficialmente bien entendido.

La educación técnica en sus aspectos modernos, como obra de selección y depuración de las innúmeras materias que recargan la Segunda Enseñanza, es una función social espontánea que tuvo

¹ *La Conception morale et civique de l'Enseignement.* (Alfred Fouillée), Preface, VI, VII, 1905. París.

su cuna en la Nueva Inglaterra que, colonizada por ingleses aborígenes, ha creado instituciones á imagen y semejanza de la madre patria. Tales instituciones han adoptado formas varias impuestas por las necesidades históricas, formas que se manifiestan según la complejidad y circunstancias de la vida misma, desbordando de los estrechos marcos de organizaciones administrativas y de los límites de las leyes y sistemas de enseñanza que están en vigor en Europa.

La característica de la enseñanza científica en las escuelas secundarias es ir directamente hacia la unificación de estudios. Todos estos jiran alrededor de las matemáticas, física, química, biología (botánica y zoología).

En 1892 la «National Educational Association» designó una comisión de diez miembros, á la que se confieren los sufragios del mundo profesoral, para estudiar la estructura de las escuelas secundarias, formular las reformas que se habían de introducir, ensayar y unificar á título de condición previa para entrar en los colegios.

El *Comité de los Diez*, se constituyó en sub-comités de otros diez miembros especiales, que estudiasen las diversas ramas de los programas y organizaran una amplia y profunda información acerca del sujeto de los caracteres de los estudios, de las materias y de los métodos de enseñanza de las escuelas secundarias. Dichas exposiciones y los votos particulares que á ellas van aparejados, publicadas por el *Committee of Ten*, constituyen los documentos más importantes que han sido publicados sobre la materia en los Estados Unidos; y cuéntase que ellos han causado una verdadera revolución en la cultura del país, al mismo tiempo que han acarreado una profunda y benéfica influencia en su evolución. Los documentos de la poderosa asociación, inspirados en la fuerza del progreso y en las nuevas necesidades de los tiempos, gozan allí de un poder cautivante, siendo la verdadera fuente de información y único origen de referencias de primer orden de cuanto concierne á la organización de las escuelas secundarias.

Del texto de estos documentos, que en el fondo constituyen una verdadera legislación de Instrucción pública, pueden entresacarse enseñanzas peregrinas, y á ellas obedece principalmente

la resolución novísima operada en la cultura del país. Pongamos á flor algunas de las más importantes afirmaciones que en ellas se contienen: «La enseñanza en la *Public School* inglesa es predominantemente clásica. La de nuestra *High School*, como no reconoce tradición, no obliga al alumno á vivir pegado á ella, como ocurre con el escolar inglés. El problema inglés está en la educación de la inteligencia. Nuestro problema, como se ha ido desarrollando y solucionándose, á impulsos vibratorios continuados, dentro del gran circuito de las ideas metamorfoseadas que trae consigo aparejado el progreso, no sabemos qué es lo que educa primero: si los sentidos ó la inteligencia».

«En primer término, el espíritu tradicionalista es el que ha sostenido el estudio de los clásicos en la *Public School* inglesa. Está bien que tenga cabida el culto de los clásicos, dentro de las evoluciones modernas de nuestra *High School*, pero tan sólo con el objeto de ver más desenvuelto el elemento nacional, en cuanto se refiere á la historia y á la geografía».

«La característica de nuestro régimen político en su relación con la sociedad y sus instituciones, estriba en que usando templadamente de la libertad, cobre el ciudadano, vivo interés por las cuestiones de enseñanza y educación, á fin de que no haga la indiferencia pasto de su persona».

«Conviene traer siempre á colación reglas higiénico-fisiológicas, á fin de evitar que se llene la inteligencia de nuestros niños, con ideas y conocimientos que apenas entienden, perturbando así el desarrollo integral, armónico y progresivo que debe darse á sus facultades». Y á este tenor, figuran en dichos textos otras muchas cosas, que no acabaríamos nunca de exponerlas y exhumarlas debidamente.

Siguiendo la recomendación del *Comité de los Diez*, muchas escuelas comienzan el curso de *geometría demostrativa* por un estudio cuidadoso y completo de las propiedades del espacio; el espacio es continuo y tiene tres dimensiones; las figuras, los sólidos geométricos pueden moverse y variarles de posición sin cambiar de dimensiones ni de formas; las líneas rectas y los planos fijanse por dos ó tres puntos respectivamente; de dos rectas que se cortan, una sola puede ser paralela á una línea recta del espacio. Así, de

tan sencilla manera los profesores formulan y transmiten á la mente de sus alumnos, los axiomas geométricos.

De estos axiomas, y de las definiciones fundamentales de la geometría, dedúcense todos los demás hechos y particularidades que deben someterse al estudio. El *Comité de los Diez*, y, con él, las escuelas, condenan el estudio de las relaciones de las dimensiones entre los varios tamaños y modelos de sólidos geométricos, por el intermedio de su medida numérica. He aquí, bajo forma de ejemplo, su manera de hacer comprender el teorema: «el cuadrado de la suma de dos rectas = á la suma de los cuadrados de las rectas, más dos veces el rectángulo construído sobre estas rectas» puede ser demostrado, dividiendo el cuadrado de la suma por sus cuatro superficies rectangulares.

Este método geométrico, puro y elemental, por lo mismo que no necesita ninguna noción aritmética, ni llama en su socorro á la abstracción, es el más apropiado á las capacidades de los que comienzan la penosa labor de instruirse en las matemáticas.

La geometría, en el sentir de los americanos, es la ilustración material de objetos y cosas que convienen perfectamente con el mecanismo de la lógica. Luego que el discípulo ha adquirido el arte de la demostración rigurosa, su trabajo debe cesar de ser simplemente receptivo.

Queda sujeto á encontrar y resolver por sí mismo todas las demostraciones que pretenda hacer. La geometría, en las escuelas americanas está concebida para desarrollar y avivar el talento creador. La geometría no puede adquirirse por la simple lectura de un libro ni por exposición oral; es preciso completar su conocimiento con trabajos independientes, agradables y estimulantes. Los materiales de estudio de la geometría deben ser simples, concretos, de manera que permitan un número infinito de combinaciones simples y complejas, y todo ello porque á la geometría general le falta el método general de demostración. Cada teorema debe ser tratado en sí, por un proceder diferente del de otro. La invención de estos procederes de demostración es un ejercicio intelectual mucho más poderoso que la aplicación mecánica de cualquier método general pesado, tal como el cálculo diferencial é integral.

En la enseñanza de la geometría del espacio los americanos emplean procederes de intuición.

Ellos parten de la idea de que las construcciones de la geometría del espacio no pueden trazarse ni con la regla ni el compás, ni á beneficio de ningún otro instrumento de dibujo; ahora, como estiman indispensable la intuición, ocúpense en hacer las construcciones en cuestión merced á líneas y planos; tallas de acero, aparatos de madera ingeniosamente intuitivos de grandes proporciones, sobre los cuales los alumnos buscan, antes que la demostración teórica, la explicación de los elementos y asimismo la solución del problema ó del teorema.

Como introducción á los estudios técnicos, la física general é industrial es una rama capital del programa. El laboratorio es especialmente destinado para estudiar el manejo y funcionamiento de los aparatos. Este trabajo de laboratorio está combinado para dar la comprensión concreta y precisa de los principios fundamentales de la física, enseñados en los cursos de auditorio ó cátedras.

En los auditorios de las clases de física, los profesores exponen las leyes fundamentales de la física ilustrando su exposición con experiencias cualitativas; en los laboratorios, el alumno realiza personalmente una serie completa de experiencias de carácter cuantitativo que confirman y precisan los datos del curso. En muchos casos, el trabajo de laboratorio precede á los cursos teóricos. El laboratorio de física tipo es de creación esencialmente americana.

En la mayor parte de las escuelas, el material de los aparatos de física es de construcción rudimentaria y sólida, y confeccionado por los alumnos en los talleres de la escuela. Así es que abundan extraordinariamente por aquellos gabinetes, dinamómetros, palancas, balanzas, planos inclinados, martillos de agua, péndulos, prensas y motores hidráulicos, sifones, vasos comunicantes, areómetros, barómetros, termómetros, anemómetros, higrómetros, telégrafos, teléfonos, espejos de todas clases, material eléctrico para el estudio de la electricidad experimental y también industrial, y todo ello, repetimos, ideado y proyectado por los mismos estudiantes.

Las experiencias se apoyan sobre los «text-books», indicando el objeto de cada operación, las precauciones que deben tomarse para evitar errores, manera de hacer funcionar y de utilizar los

aparatos, etc. Estos trabajos son, en la generalidad de casos, cuantitativos. El alumno inscribe cuidadosamente en un carnet de notas el resultado de sus observaciones. El catedrático se concreta á vigilar la marcha de las experiencias dejando al alumno la responsabilidad y el mérito de sus resultados. El curso de laboratorio, comporta, según la categoría de la escuela, un número variable en experiencias. Estas experiencias ilustran simple y claramente los principios esenciales y sus aplicaciones, á la vez que ayudan á fijar en el espíritu del escolar las leyes de conocimiento y uso corriente, y excitan en el más alto grado su interés y su curiosidad científica.

En la «Crane Mannual Training School», en el crítico momento de nuestra visita, la experiencia en vía de ejecución se constreñía á probar las leyes del péndulo. Por grupos de dos en dos, vimos á los alumnos realizar las experiencias relativas á este punto, con grande desenvoltura y acierto.

IV

Los Estados Unidos cuentan con el afamado *College*, en donde se sigue el estudio clásico de las carreras universitarias. En otros centros, ramificación ó derivación del primitivo *College*, y por lo tanto, más ó menos afines á la Universidad, se realizan los estudios superiores científico-profesionales, y en otros, los del ramo de tecnología, allí tan ampliados y completados.

Bajo los nombres de «Institutes of Teechnology», de «Schools of Engineering», de «Colleges of agriculture de «Schools of applied Science», los Estados Unidos poseen un centenar de escuelas técnicas superiores de rango universitario. La inmensa mayoría de ellas están instaladas en magníficos locales. El «Masachusetts Institute of Teechnology», de Boston, es uno de los edificios que por su gigantesca fábrica de grandiosas proporciones, da una fuerte impresión de su modernidad y riqueza. Recorriendo los departamentos de este instituto, llama la atención una particularidad muy significativa: la rareza de las cátedras y de los auditorios, que en las escuelas europeas forman el centro indispensable de estudios. Como en las escuelas primarias y medias, la enseñanza técnica superior toma la forma manipuladora experimental, y el centro de la actividad se encuentra en los laboratorios y los talleres.

El material de experiencias de aparatos de física, pongamos por caso, cuenta en todos estos establecimientos con varios ejemplares. Las escuelas técnicas superiores son de orígenes diversos. Muchas de entre ellas han sido creadas en los antiguos Estados Unidos bajo el régimen de la personificación civil por corporaciones. Otras, de todo orden y, muy señaladamente los «Teehnickal Colleges» deben su existencia á donativos de los particulares.

Estas escuelas están organizadas según el sistema politécnico inglés, que es el más apropiado á las situaciones y condiciones americanas. Todos los ramos de conocimiento agrúpanse en secciones que conducen al estudio de las distintas especialidades técnicas. En su comienzo, dichas escuelas, eran poco numerosas, y las universidades, entonces en formación, no ponían ningún obstáculo en englobar las ramas técnicas en su organización.

Por la ley de 1862, llamada «Sand Grant Act» el Congreso, para favorecer el desarrollo de la enseñanza superior de la agricultura, de las artes mecánicas y militares, puso á disposición de cada Estado particular 30.000 hectáreas de terreno, con la condición de que los fondos allegados de su venta, fuesen consagrados á la creación y sostenimiento de esta institución. Al poco tiempo 134.500 millas cuadradas inglesas fueron sucesivamente repartidas entre los Estados y 50 escuelas nuevas vieron la luz. Esta ley tuvo una decisiva influencia en el desarrollo de los establecimientos de instrucción superior.

En el período de tiempo de 1860-90 la industria hubo de paralizarse en su desarrollo por la escasez de ingenieros que las escuelas, creadas bajo los auspicios del Gobierno federal, tenían la misión de formar. Actualmente todavía, á pesar de la multiplicación de los institutos de enseñanza superior, la demanda de ingenieros, científicamente cultivados, es enorme, y todos aquellos alumnos que salen de la escuela provistos de su correspondiente diploma, inmediatamente encuentran colocación en las fábricas, en los ferrocarriles, en las explotaciones mineras, llegando muy pronto, previa una certificación de haber asistido á trabajos prácticos, á ponerse en buenas condiciones para labrar una fortuna.

La América, en esto como en todo, no conoce ni la jerarquía social, ni el fetiquismo de los diplomas: el hombre es juzgado y conceptuado según lo que él es capaz de realizar. Y nada puede estimular mejor la iniciativa individual sobre el valor allí concedido al trabajo práctico inteligente, el cual siempre está por encima de las capacidades puramente intelectuales. El ingeniero ante todo es un obrero ilustrado, un práctico concienzudo. Actualmente todavía, el práctico organizador, instruído y emprendedor, es el amo de las situaciones industriales. Se le ve

á la cabeza de la mayor parte de las fábricas y en los cargos de gran responsabilidad.

Las causas de esta situación son múltiples, pero la principal reside, según opinión general, en los métodos comerciales.

La ausencia total de fondo profesional histórico y de tradición, caracteriza netamente la vida de los oficios en América. Esta siempre ha ignorado nuestras formas de aprendizaje, ligadas al régimen de corporación; tampoco conoce las tradiciones profesionales que los hombres de oficios europeos de las generaciones pasadas y presentes han transmitido y transmiten todavía á las generaciones siguientes.

La introducción de las máquinas-útiles, marca en todos los países la data del ocaso de los oficios cualificados. En muchos establecimientos industriales y talleres profesionales de los Estados Unidos, se observa el triunfo de la maquinaria, hasta el punto que con ella desaparece totalmente todo género de aprendizaje.

La «labor saving» ó economía de mano de obra cualificada, es la gran preocupación de los industriales y manufactureros de toda laya.

En todos estos trabajos, se concede poco espacio á la formación técnica; las operaciones de oficio propiamente tales se dividen en fases de trabajo elemental, y son ejecutadas mecánicamente. El operario en toda esta clase de manipulaciones, queda reducido en su papel á un simple vigilante manejador de manubrio, y á esta pauta se acomoda y constriñe toda aptitud profesional especialista; los ejemplos mil que pudiéramos aducir tomados de los oficios de aserrar madera, de las «Strobidge Litho» ó industrias de impresión de anuncios, de la tintorería, de la misma *carrosserie*, que parece no prestarse al régimen de la fabricación en serie, la pintura de los edificios, etc., vienen á comprobar cuanto vamos exponiendo. En Indianópolis, existen fábricas dedicadas á la pintura de puertas y ventanas. Para pintar allí una puerta, por ejemplo, se hace lo siguiente: se la hunde por medio de aparatos neumáticos en un baño de aceite dispuesto en un gran depósito; pasado el tiempo necesario, se la retira colocándola después en un plano inclinado á fin de que seca ya en el grado conveniente se la dé el color apetecido. La imitación del color de la madera por

medio de la pintura, se consigue por una serie de cilindros rodadores sobre la superficie de los muebles, cuyos cilindros están embadurnados de sustancias *ad hoc*.

La enseñanza tecnológica se basa sobre conocimientos elementales de matemáticas, sobre las ciencias experimentales y los trabajos de taller.

El empleo rápido más y más generalizado de tipos perfeccionados de máquinas en todos los géneros de fabricación, el reemplazamiento gradual de máquinas dirigidas á mano por máquinas de marcha automática, la sustitución de los antiguos útiles por otros especiales fabricados con gran precisión por millares de piezas idénticas, todas estas transformaciones de la industria facilitan cuantiosas salidas á las gentes jóvenes que poseen habilidad, un cierto gusto natural é inteligencia de la mecánica.

La introducción de disposiciones encaminadas á economizar la mano de obra calificada, y el desarrollo de las nuevas invenciones, tendiendo á colocar la industria sobre bases científicas, exigen de sus auxiliares una larga educación científica y tecnológica.

Los métodos perfeccionados labran su camino en todas las industrias colocadas bajo la competencia moderna. Nadie pone en duda que esta evolución cada vez se acentúa más, y que el elemento joven que se prepara científica y técnicamente para la carrera de mecánico, encontrará seguramente una situación ventajosa, siendo apreciado y considerado en vista de los mismos progresos industriales.

La escuela tan sólo impone para la entrada modestas condiciones de capacidad. Un gran número de alumnos son hombres hechos, que momentáneamente dejan sus trabajos y su posición, para emprender nuevos estudios, después de haber abandonado la escuela desde hace ya muchos años; estos alumnos son los que preferentemente hacen esfuerzos prodigiosos, para terminar con brillantez la carrera. Aunque poseen, al igual que los más jóvenes, todas las materias que son obligatorias para la entrada, forzosamente, lo mismo unos que otros, aparecen con aptitudes desiguales en lo que concierne á la comprensión y á la facultad de asimilación de los nuevos conocimientos.

Por esta razón la instrucción por las lecciones orales en los cursos de matemáticas, de física y de mecánica, trata de establecer por igual, como medida general, los conocimientos teóricos fundamentales, y los principios que son la base indispensable de todo género de aprendizaje de carácter más ó menos técnico.

Las instituciones de enseñanza industrial.

Es imposible caracterizar, por una descripción general, el conjunto de escuelas americanas que tienen por objeto formar obreros ó el completar su instrucción técnica: su organización, la extensión y naturaleza, la duración de los estudios, las condiciones de admisión varían al infinito; ellas no se imponen otras reglas que las convenientes á las necesidades locales, y por esta razón no es fácil encontrar rastros de un sistema general.

No existe ninguna organización central ejerciendo poderes reguladores sobre esta enseñanza. «El Bureau of Labor» (Registro federal del trabajo), que extiende su jurisdicción moral sobre estas instituciones, está desprovisto de atribuciones ejecutivas. Su único papel, en lo que concierne á las escuelas técnicas, consiste en hacer informaciones sobre los métodos de enseñanza industrial y profesional del país y del extranjero; encárgase de reunir las enseñanzas estadísticas y pedagógicas, y publica anualmente voluminosas comunicaciones á fin de que trascienda hasta los mismos profesores los resultados de las experiencias y ensayos llevados á cabo en en todo el mundo.

Aunque es bastante difícil hacer entrar en una clasificación ciertas escuelas para obreros; conocidas con el nombre de «Trade schools, Technical schools, Polytechnic Schools, Industrial schools, Schools of technology, Summer and vacation school», admítense como cosa corriente los grupos siguientes:

1. Las escuelas industriales.
2. Las escuelas por correspondencia.
3. Las escuelas de verano (*Summer and vacation*).
4. Las instituciones de enseñanza profesional, propiamente tal, y dentro de las que hay que distinguir:

- A) Las escuelas de aprendizaje organizadas en ciertas fábricas.
- B) Las escuelas profesionales.
- C) El sistema de licenciatura de artes y oficios, previo examen profesional.
- D) Las escuelas secundarias nocturnas (*Evening high schools*).

Cuando se visita las *escuelas industriales* de los Estados Unidos, debe uno desprenderse del prejuicio de examinarlas á través del espíritu europeo. Es condición indispensable considerarlas en sí mismas, sin prejuicio ninguno, sin idea de comparación; el régimen, la estructura orgánica, las materias de enseñanza, las tendencias, difieren considerablemente.

Es sabido que la enseñanza americana hállase despojada de todo tinte ó sabor de especialidad; ella adopta en todos sus aspectos y fases un carácter de educación general ligándose íntimamente á la instrucción general, primaria y secundaria.

Mientras que nuestras escuelas industriales parten de bases generales para abocar á las distintas especialidades, una cultura técnica especializada es, hasta la fecha presente, contraria á las aspiraciones y concepciones americanas; la educación debe cultivar al hombre en el sentido más elevado y brindarle una amplia formación básica fundamental que le permita escoger, con toda libertad, una carrera definitiva con la cual pueda adoptarse rápidamente á su nueva situación con ventajas utilitarias. Por este motivo la escuela secundaria técnica es la institución fundamentalísima y de predilección de los americanos; las escuelas industriales tan sólo se aproximan á su organización.

En los Estados Unidos, no existen ninguna Jerarquía social, en el sentido de las ideas europeas. Nadie se propone en aquel país acantonarse en un grado determinado de enseñanza ó en una especialidad estrecha, y no quiere tampoco nadie ser irremediabilmente detenido en su carrera que debe quedar abierta á los cuatro vientos; ningún rapazuelo americano, por pobre que sea, se conforma con un oficio modesto de manubrista ó cosa parecida; ninguna muchacha se resigna con el proyecto de entrar en una casa para quedar de sirvienta; todos se esfuerzan en elevarse; tan sólo los niños de las razas inferiores del Sur viven sin esperar á situaciones más aliviadas. Indudablemente en estas disposiciones de mentalidad hay que buscar la repugnancia para la especialización

profesional y el origen de la prosperidad extraordinaria de las escuelas técnicas con vistas á la instrucción general.

Las escuelas profesionales europeas, según la concepción americana, son demasiado reducidas en su ambiente científico, demasiado restringidas en sus objetos, demasiado rigurosamente organizadas para hacer productores definitivamente atentos á una tarea, sin posibilidad de elevarse en la sociedad. Ellos no quieren que sus escuelas den por resultante individuos anormales y deformados por una instrucción mal entendida, que tiende á cultivar hombres para un uso social determinado, sin que se tengan en cuenta sus facultades, sus caracteres y el provecho que á los demás pueden reportar.

En atención á estas miras especiales, sus escuelas industriales son instituciones de educación técnica, cuya enseñanza se dirige, no sobre una especialidad, sino sobre las profesiones de base, es decir, sobre las familias profesionales; ellas constituyen un escalón en el conjunto de los estudios que el alumno debe aumentar, reformar y ponderar, cuando sus medios y las circunstancias se lo permitan.

Parecido régimen escolar conviene á un país nuevo, en el cual se abren anchas vías á la actividad de jóvenes gentes audaces y emprendedoras.

La escuela industrial americana enseña los principios científicos y sus aplicaciones á la industria, como complemento al aprendizaje en las fábricas y talleres.

El eje de los estudios se encuentra en los trabajos prácticos. La enseñanza teórica va invariablemente acompañada para cada curso, de experiencias y de aplicaciones realizadas por los alumnos en los laboratorios y talleres dotados de un material superior y rico por demás.

La enseñanza se da generalmente de noche, dos veces por semana; pero existen numerosas escuelas diurnas, iguales á las otras, destinadas á completar la instrucción técnica de los obreros y empleados industriales, que, durante un año ó dos abandonan el taller para completar sus estudios.

Mientras que en las escuelas industriales europeas, el discípulo debe aceptar un conjunto de cursos, juzgados útiles para el estudio de su especialidad, las escuelas americanas no imponen ninguna

obligación de este género, dejando á libre elección del alumno las materias de los cursos, siempre dentro de los límites de su capacidad.

Nuestras escuelas industriales no dan ninguna idea de las enormes proporciones de los institutos americanos. «Pratt Institute» de New York, la escuela industrial por excelencia, puede ponerse como modelo. Su renombre es universal y sus métodos de enseñanza profesional han adquirido tal preponderancia, que han sido copiados y son aplicados en el mundo entero.

Forman este instituto un conjunto de monumentos de aspecto extraño, aproximándose más á fábrica que á escuela.

Mr. Pratt, un hombre extraordinario creó y dotó la institución de su nombre, con el pensamiento de dar á la juventud de ambos sexos los «alientos» que la faltan en los comienzos de la vida.

Fundada en 1887, abrió sus clases con doce alumnos. En 1907 su concurrencia se elevaba á 3.489. En un período de 20 años, ella ha dado la instrucción á más de 60.000 individuos.

Comprende esta instalación hermosos edificios, en número de 8, cada uno de los que está destinado á una sección especial: 1.º Sección de artes puras y aplicadas; 2.º Sección de artes domésticas; 3.º Sección de ciencias domésticas; 4.º Sección de ciencias y de tecnología; 5.º Sección de jardines de los niños; 6.º Sección para la formación de bibliotecarios; 7.º Sección de educación física; 8.º Sección de escuela normal de trabajos manuales.

Renunciamos á dar ni tan siquiera una ligera idea de la inmensa organización de esta obra gigantesca de educación. Colocado el visitador europeo en el atrio principal del cuerpo del edificio central, ya empieza á confundirse viendo la circulación de millares de alumnos que suben y bajan las espaciosas escaleras, y aquellos otros que aprovechando los ascensores de marcha ininterrumpida, invaden los amplios corredores y vestíbulos. En aquel momento se imagina uno estar asistiendo á una sesión cinematográfica, ó viendo desfilan sin cesar figuras al Kalcidóscopo.

El dibujo combinado con los trabajos de taller ocupa un ancho espacio en las escuelas industriales.

Tres géneros de trabajos son expuestos en estos cursos.

a) *Los principios.*

b) *Su aplicación* al dibujo constructivo de un cierto número de piezas y de máquinas, tales como: tornillos, taladros.

c) *El dibujo de modelos* de piezas de maquinaria de dificultades progresivas para poder ser ejecutadas en las fundiciones. Inmediatamente los alumnos se sirven de estos dibujos para la fabricación de modelos; ellos se encargan de preparar las piezas, limándolas, ajustándolas, y finalmente de hacer el montaje de los aparatos, trabajo en el cual varios alumnos colaboran. Estas piezas entran en el plan de conjunto de fabricación de la cual el tipo, para los mecánicos, es la máquina-útil.

En los ejercicios de dibujo, seguidos sistemáticamente de trabajos completos de ejecución, yendo del material bruto á la pieza acabada, es necesario ver uno de los principios más cardinales de las escuelas americanas; todo está subordinado á las necesidades de la práctica. De ahí que exista un minimum muy reducido de trabajos en blanco.

La piedra de toque del valor de un proyecto gráfico la dá inmediatamente la ejecución, lo cual hace que el alumno asuma la responsabilidad de su obra, y por consecuencia, todo ello, excita su atención, y estimula sus esfuerzos para terminarla con acierto.

El lado débil de todos los estudios prácticos en los talleres de escuela profesional, industrial ó general, es la ausencia de sanción, de responsabilidad, resorte esencial de la educación profesional. Si el discípulo observa que el dibujo, elaborado por él, es desechado y que el objeto fabricado, guiándose del dibujo, no merece los honores de la atención, á pesar de su buena voluntad, ya no pone en los trabajos sucesivos toda su actividad é inteligencia.

Escuela de Comercio.

El aprendizaje comercial no existe en los Estados Unidos. El que quiera iniciarse en el comercio debe entrar en un gran almacén ó en un bazar, como empleado asalariado. Dos vías se abren á la juventud que emprende las carreras comerciales: la de los vendedores (*shop assistants*) y la de las profesiones burocráticas.

Los empleados dedicados á la venta forman una categoría muy importante. Recorriendo las grandes ciudades americanas se tropieza en todos aquellos almacenes, que cada uno representa un compendio de todas las existencias del orbe, con jóvenes empleados, muy cultos, de tipo europeo, de fisonomía inteligente, atentos y cariñosos en el trato: estos son, muchos de ellos, franceses, alemanes, italianos, y alguno que otro español, por lo general, hijos de buenas familias, que están desempeñando sus modestos papeles que les sirven para acreditar su aptitud comercial. Todos ellos viven en contacto con el público, formándose idea de sus necesidades y de sus gustos, familiarizándose con los sistemas de tráfico, estudiando los recursos comerciales de las villas y de las regiones. Cuando ya han adquirido el conocimiento perfecto de la lengua, de los usos y costumbres, se establecen por su propia cuenta ó representando las firmas de sus respectivos países.

Estos jóvenes europeos, algunos de ellos licenciados de Facultad, han roto de hecho con las prevenciones europeas, aceptando modestos destinos, proporcionados por muchas sociedades anónimas de capital industrial, en calidad de *shops assistants*, secretarios, y hoy figuran mucho por haber sido llamados á desempeñar altos destinos. Si el factor físico aparece aquí preponderante por lo bien retribuido que se encuentra, en cambio la aportación de inteligencia inmigrante resulta bastante problemática en estos éxitos. Sin embargo, digamos en honor de la sinceridad, que los jóvenes europeos, educados en aquellas escuelas comerciales, los cuales forman una falange de gentes instruidas, y rebosando sobre todo en conocimientos poliglóticos, de paso que satisfacían ampliamente á las demandas de empleos, han logrado redondearse con óptimas colocaciones.

Los Estados Unidos son la cuna de gigantescos almacenes (*Department stores*) que ocupan generalmente locales de 10 y 20 pisos y de una extensión que algunos comprenden una «manzana» entera. En estos inmensos bazares se vende absolutamente todo cuanto puede imaginarse.

El sistema de enseñanza comercial está representado por:

1.º Los cursos nocturnos (*business courses*).

2.º Los *Business Colleges* ó Colegios de negocios, la forma más antigua de instrucción profesional.

3.º Las escuelas comerciales secundarias.

4.º Las escuelas superiores de comercio y de negocios, generalmente anejas á las universidades.

Los *Business Colleges* son á las escuelas comerciales europeas, lo que las escuelas profesionales, del genero de la New-York Trade School, son á las escuelas industriales.

Su enseñanza es esencialmente profesional, y tiene por objeto iniciar á la juventud (chicos y chicas), en el más corto espacio de tiempo posible, en las rutinas materiales de la marcha de los asuntos comerciales.

La enseñanza es individual. Ninguna condición de edad y de capacidad se requiere para seguir estos cursos. La escuela se abre en Septiembre y se cierra á fin de Junio; pero los alumnos son admitidos en todo tiempo. Ningún horario regla las horas de las lecciones. Los profesores están en sus puestos á las nueve de la mañana y excepto un intervalo de media hora para el almuerzo, quedan retenidos en sus tareas hasta las tres. De siete á nueve de la noche, la vuelven á emprender. Los alumnos concurren á la hora que les conviene; entran en la sala, y á medida de su capricho la abandonan y se ausentan, sin que esto promueva problemas de organización, porque ellos reemprenden la labor, que siempre se les impone individualmente, en el punto donde la han dejado. Según su grado de preparación, la rapidez del trabajo y el tiempo que cada uno consagre á la escuela la duración de los estudios es más ó menos larga; ella oscila entre tres y diez meses. Los alumnos, que han realizado la totalidad de los trabajos, reciben un diploma cuyo valor está en relación con la reputación de la institución que la ha extendido. Numerosos colegios de negociantes han llegado hasta á garantizar una posición á sus diplomas.

Los *Business Colleges* ejercen su papel cual si fueran encargados de dirigir asuntos comerciales, y se sirven de un reclamo prudente, para atraer á los jóvenes que han terminado su instrucción primaria. A este efecto, reparten prospectos lujosamente ilustrados y difunden anuncios vistosos por medio de los que se hace una propaganda personal, ingeniosa y obstinada.

Esto obedece á que los Colegios de negocios (*Business Schools Colleges*) distribuídos con profusión en todas las villas, grandes y pequeñas, son empresas privadas. Ellos dan una instrucción profesional exclusivamente práctica, sin cuidarse mucho de la educación verdaderamente comercial. La mayoría de estos colegios se fundaron á raíz de terminarse la guerra civil, y atraieron, en esta época, un gran contingente de soldados que quedaron sin empleo.

Cuando el período de formarse por sí el hombre, (*self-made man*), estaba en baja en los Estados Unidos, la mayoría de los comerciantes afamados salieron, por sus propios medios, de las capas inferiores del pueblo.

La Universidad del Trabajo.

La Universidad del Trabajo de América tiene por misión formar obreros para las industrias y oficios, en aquellas regiones en donde aquéllos no pueden recibir una enseñanza profesional.

Su papel concrétese á difundir bajo una forma práctica y experimental los conocimientos útiles á los patronos y obreros de diversos oficios, y estimula su deseo de perfeccionamiento, por la organización de exposiciones y concursos profesionales para obreros.

Ella procura imponer é interesar á los patronos, á los obreros y á los aprendices en los principios, en las novedades científicas y técnicas de su profesión, por la organización de colecciones tecnológicas, y por exposiciones temporarias de útiles y de trabajos interesantes. Ayuda á las industrias y á los obreros en la justa aspiración de mejorar su fabricación y su trabajo, poniendo á su disposición un centro de consultas técnicas, de experiencias químicas y pruebas de resistencia de materiales. De paso que perfecciona los métodos de enseñanza industrial y profesional, aquilata el valor de las nociones técnicas y científicas, y alimenta la documentación de los intereses comerciales.

La formación de obreros aptos para los oficios; siempre fué labor impuesta á las asociaciones patronales, ayudadas, en ciertos casos, por las asociaciones obreras.

Bajo la presión de las necesidades de momento, la iniciativa privada, amparada por las subvenciones oficiales, creó escuelas adecuadas al trabajo profesional, ante la consideración de realizar una tarea hereditaria en vista de mantener las buenas tradiciones de ejecución en los oficios.

Pero la acción de las asociaciones es limitada en sus medios; imposible que pudiera salir del dominio prefijado por el interés profesional de las agrupaciones de particulares; imposible también el que pudiera seguir y atender á las nuevas necesidades, surgidas de la evolución de las industrias que se mueven ante los ojos, entre otras razones, porque á una concepción ensanchada y un poco renovada de la educación técnica, debe necesariamente corresponder el aprovechamiento del alumno, unido á la garantía de su acierto en la elección, y partiendo de la base por supuesto de que no se encuentre desposeído de la previa preparación.

Para que una obra social de tanta monta viva y prospere, es de importancia capital que ella lleve en sí misma los elementos de su desarrollo normal, y, además que se halle íntimamente adaptada al medio en el cual ella ejerce su acción. Por robusto y bien meditado que sea un plan, y á pesar de todos los atentos cuidados de que se le rodea, no podrá arraigar si no en un terreno que encierre los principios de su nutrición y la atmósfera en la cual encuentre el aire, el grado de humedad y la luz propicias á su desenvolvimiento. Una obra de educación técnica que pretenda actuar sobre su medio, debe necesariamente ligarse por todas sus fibras y corrientes á la vida regional, al objeto de que ella le suministre el protoplasma natural del que dependa su actividad.

Por no haber tenido en cuenta estas verdades elementales y primordiales, apenas si contamos en Europa—excepción hecha de la Universidad del Trabajo de Charleroi (Bélgica)—con instituciones concebidas sobre un plan grandioso. Vegetar y desaparecer, todo ha sido uno para las restantes, porque en científica razón no se adaptaron ó se ajustaron mal á las necesidades de su medio.

Estas instituciones, salidas de estudios sumarios previos, realizadas con toda diligencia, inspirándose en ciertas concepciones idealistas, sin ser apoyadas de previo examen meticulado de la estructura económica de su dominio de acción, corrieron la suerte

de las industrias que se crean bajo un esfuerzo impulsivo, desentendiéndose del estudio y conocimiento preliminar de la mano de obra, de la situación de la concurrencia, de las condiciones aduaneras, de los medios de transporte, etc.

La observación íntima de las condiciones sociales y técnicas de los oficios, de los métodos de trabajo en las industrias, del conocimiento de la evidente deficiencia en la formación de obreros de la pequeña y de la gran industria, el análisis de la situación comercial de las industrias y de los oficios, el grado de instrucción y las aptitudes especiales de los obreros de una parte; el nivel de la instrucción industrial y profesional existente, sus lagunas, sus defectos, sus bondades, su eficacia de otra parte, tales son los factores dirigentes y determinantes en la organización de una institución, verdaderamente gloriosa de una Universidad del Trabajo, que asuma la tarea de hacer frente á todas las necesidades de la educación técnica de una región.

La educación de una raza.

La educación moral y la instrucción de los negros y pieles-rojas es uno de los problemas sociales de carácter civilizador de los más arduos del cual se preocupan los Estados Unidos. De once a doce millones de negros que se calcula pueblan estos Estados, nueve millones están concentrados en los quince Estados del Sur, donde ellos forman el tercio de la población. En seis de estos últimos Estados, llamados las repúblicas negras (black commouwealths) ellos constituyen mayoría. Los blancos parecen haberse ahogado en esta marea negra que sube rápidamente y adopta tonos de mayor energía con lo cual los esclavos de ayer reivindican todos los derechos del ciudadano, que antes disfrutaban tan sólo teóricamente. Ellos se revuelven ante la idea de que las leyes restrictivas de su derechos de votación sean un día abolidas á fin de que puedan ser gobernados por administradores de color. Habiendo fracasado los remedios utópicos, como el retorno al Africa, y las restricciones del derecho de sufragio, los negrófilos, americanos tornan su suprema esperanza hacia la educación.

Los ensayos que los americanos han hecho de la educación por la escuela para las razas atrasadas pueden servir de lección á las naciones colonizadoras que han pretendido dominar á ciudadanos de color negro. Sabemos que Bélgica y Francia poseen numerosas escuelas en sus posesiones africanas.

Cuarenta y cinco años después de la supresión de la esclavitud por el acto loable de la emancipación, el sesenta por ciento de la población negra de los Estados Unidos del Sur encuéntrase á un nivel extremadamente bajo de civilización; su profunda ignorancia más bien se debe á la falta de escuelas apropiadas que á la ausencia de aptitudes intelectuales de la raza; la ausencia de sentido moral que tanto se les ha reprochado es debida á las condiciones deplorables de la educación del niño sujeto á vegetar en viviendas exiguas, con los sexos reunidos. Los negros por temperamento tienen decidida aversión á trabajar la tierra lo cual creen ellos lleva aparejada la idea de esclavitud. Tales son las características de la mentalidad de millones de ciudadanos negros americanos.

La calidad de propietario agrícola considérase en los Estados Unidos como la piedra de toque del progreso económico para los negros lo mismo que para los indios.

Los progresos intelectuales y económicos han sido notables gracias á los métodos de enseñanza. Para esto se ha partido de la hipótesis de la igualdad fisiológica y psicológica del Blanco y del Negro; habíanse dispuesto escuelas idénticas á la de los blancos y confeccionado programas muy semejantes á los de estos en espíritu y letra.

Este fué un error fundamental que no tardó en reconocerse; los negros, á pesar de todos estos esfuerzos, siempre aparecían fascinados por las profesiones burocráticas y liberales. Los mejores los más sesudos de entre ellos, siempre suspiraban porque sus hijos tuviesen la carrera de empleados, desparramados en los distritos rurales y concentrados en las villas del Sur. El problema de su rehabilitación es de orden moral y económico. La condición económica de estas gentes, que desde algunos años á esta parte se señala por la tendencia al mejoramiento, claramente manifestada por hechos numerosos que pueden tomarse de su distribución en las diversas profesiones, merece ser

anotada. La mayor parte de ellos están dedicados á profesiones de abogados, de médicos, de ingenieros, de predicadores del pueblo. Si el trabajo, como el que nosotros realizamos—decían los conspicuos—es el verdadero instrumento de la civilización, el vehículo de los conocimientos, no solamente técnicos, si no generales, la influencia de la enseñanza—nuestra primera enseñanza—basada sobre el trabajo agrícola y los oficios rurales debe conducirnos al *desideratum*.

En un pequeño puerto del Estado de Virginia, llamado *Old Point Comfort*, situado sobre una costa baja llena de marismas, es donde desembarcó en 1610 el primer cargamento de esclavos de Africa. En aquel lugar es precisamente donde está establecido el renombrado «Instituto normal y agrícola de Hampton» para la educación de los hombres de tez negra, una de las creaciones de las más extraordinarias del genio organizador y de la filantropía americana.

El arribo á dicha zona es grandemente sugestivo.

La campiña de los alrededores aparece monótona y desolada. Ofrece contraste con esto el sitio donde emerge la alta torre del Instituto, á cuyo pie existe aglomerada una pequeña ciudad, cobijada bajo la frescura de árboles grandísimos plantados con todo arte. El paisaje sube de animación cuando se entra en la calle principal; en ella la circulación es más activa, las casas denotan un cierto gusto de ornamentación. En el barrio de la parte más declive del emplazamiento de la población, algo pantanoso é inundado á veces, figuran una multitud de construcciones baratas, edificadas con madera por los plantadores, algunas de las cuales sirven de escuelas, de talleres, de biblioteca, de enfermería, de dormitorio, etc.

Aunque de forma un poco pesada, algunos de estos pabellones ofrecen líneas agradables; plantas trepadoras forman túneles de verdura á la entrada de las puertas, que según el modo de construcción tropical, templan los ardores del sol.

Estas frescas umbrias, así recabadas en donde el celo del gusto corre parejas con la regla de la higiene y del confort, son el sitio destinado para vivir, alimentar, instruir y educar una población de cerca de mil quinientos negros y pieles-rojas,

compuesta de niñas jóvenes y chicuelos. A esta población permanente se agrega en estío—de Julio á Septiembre—una corriente temporaria de alumnos adultos, todos ellos agricultores, antiguos discipulos, que vienen á asistir á los «Jarmer's Institutes», es decir, á los Congresos agrícolas, que allí se celebran, y á participar de los cursos de diversos géneros organizados por la escuela.

Merced á la influencia bienhechora de estos congresos, los negros pierden gradualmente la inconsciente servilidad que les han legado sus padres de las plantaciones; ellos sienten más y más vivamente el contraste entre las situaciones legales y sociales. Tanto cuanto, el indio es fiero, inflexible, digno de castigo, otro tanto el negro, individualmente, es dócil, tratable, acreedor á que se le considere y eduque bien. Para convencerse de la importancia del problema moral y material, ligado al mejoramiento de la condición social del negro, basta observar sus costumbres, su manera de pensar y las condiciones de su existencia.

El Instituto de Hampton es una escuela de trabajo; es la cuna de numerosas instituciones similares que actualmente existen sobre el territorio americano.

Al día siguiente de la abolición de la esclavitud, numerosas escuelas secundarias para negros fueron creadas en el Sur por filántropos y sociedades religiosas.

La instrucción que empezó á dárseles era académica, derivada de la hipótesis de la igualdad de receptividad y de formación mental del Negro y del Blanco: Pronto se vió que los resultados no correspondieron á los esfuerzos.

Transformación de la escuela y Medicina americana.

En medio de la evolución rápida y profundos cambios de las condiciones económicas y sociales, la confianza en la eficacia y valor positivo del régimen tradicional de la instrucción pública, parece que se ha perdido en la vieja Europa.

Una pléyade de filósofos modernos, han hecho un análisis penetrante y un severo examen de la ciencia de la educación.

Sus producciones, más bien que para hacer la luz y completar obra de suyo tan espinosa, han servido únicamente para llenar de ansiedad la mente de los educadores y para sembrar una tremenda duda cartesiana en el espíritu de las multitudes doctas, sin duda por falta de bases ideológicas para el porvenir, y también por el hecho de encontrarse desamparados por las nuevas teorías.

Los trabajos y las estadísticas de los más autorizados economistas tienden á demostrar que la prosperidad de un país depende ante todo de la inteligencia y de la actividad desplegada por sus habitantes; ellos claman: ¡desarrollemos la energía; realicemos el esfuerzo! Que la escuela al par que engendra en nosotros el hábito de pensar nos enseñe á aprender y conocer prácticamente cuanto hay en las cosas de bueno y de verdadero. Que la escuela sea un eficaz instrumento de perfección humana y centro de depuración del mundo. Que la escuela prepare, en fin, las generaciones para la lucha por la conquista y la conservación del bienestar.

Las conclusiones de los debates y de los trabajos de los Congresos mundiales, expresan con gran claridad el descontento debido á la inadaptación de nuestras formas de instrucción á las necesidades de la vida moderna. Nuestro edificio escolar actualmente hállase sometido á una escrupulosa revisión, á una minuciosa información pericial, lo mismo en sus cimientos, la instrucción primaria, en sus grados medio y superior, como en sus departamentos industriales y profesionales. Las comisiones dictaminadoras encargadas en todos los países de tan delicada como importante tarea, han dejado entrever la idea de una manera todavía difusa, han dado cuerpo á ciertas aspiraciones aun no bien definidas, de que en este orden de la actividad humana, hace suma falta crear instituciones abiertas á las influencias del medio, atentas á todas las necesidades de la instrucción, y que ellas, ante sí y por sí, sean las encargadas de orientar por su verdadera línea de rumbo, las reformas hacia las cuales nos llevan la ciencia renovada de la educación y los intereses nacionales bien comprendidos.

En la vida de una nación, todas las formas de educación están vinculadas en sus efectos. Nada puede hacerse para modificar los resultados de la enseñanza en orden á la acción total de la instrucción, si modificaciones concordantes no se realizan

en los diversos grados de la escala escolar. Así lo exige con premura y con irresistible empuje el movimiento de avance de la humanidad inteligente; y tal y tan grande es la urgencia de avanzar con ella, que sería condenarse al ostracismo, á la miseria y á la vergüenza secular el conformarse con quedar rezagados ó aniquilados por un fatal materialismo enervante, cualquiera que fuese el motivo con que se pretendiera excusarlo.

La obra magna de los siglos en no otra cosa ha consistido que en aportar, acumular, ordenar y clasificar los materiales que suministran la base de la Instrucción y de la Educación. Y los hechos resultantes de su concienzudo examen, tal vez sirvan algún día de elemento decisivo para averiguar las leyes que dominan la pedagogía general é industrial.

Todas las naciones de consuno, y especialmente las colocadas á la cabeza de la marcha grandiosa de la cultura, discuten á porfía acerca de cuáles serán los mejores métodos y procedimientos para educar á las jóvenes generaciones.

Los sistemas sancionados y aplaudidos ayer como positivas mejoras, son rápidamente sustituidos hoy, por otros conceptuados más útiles y provechosos. El movimiento de las ideas en punto á educación de la juventud, está sometido á un vaivén constante, á un flujo y reflujo de doctas y contradictorias opiniones.

Las enseñanzas modelo de los países más adelantados, resultan plagadas de errores y llenas de deficiencias; infinidad de métodos, según después se han visto, que imperaban y prevalecían tan sólo por el prestigio secular de sus nombres, caen pulverizados y arrastrados por la fuerza arrolladora de la crítica científica, á pesar de los singulares esfuerzos que, para sostenerlos, no obstante su reconocida inutilidad, desarrollan los entendimientos que padecen la pesadumbre del atavismo, y paso á paso, triunfan en la educación intelectual, moral y física lo bueno y lo elevado, lo útil y lo verdadero; y desaparecen, para nunca más volver, lo superfluo, lo inservible y lo rutinario, lo convencional y lo artificioso y arcaico, siquiera se pretenda mantenerlo y perpetuarlo con falsas lucubraciones, platónicos razonamientos y retórica palabrería, que no gozan de predicamento, ni se las concede valor alguno en los tiempos que corremos.

La sociedad, en la constante y progresiva comunicación de

ideas é intereses, ha aprendido lo indecible, y declara muy alto por boca de sus elementos directivos, que la cultura tradicional en manera alguna puede bastar para que responda á la importancia de lo que actualmente se necesita saber. Es un hecho notorio y comprobado que el problema de la educación de la juventud interesa al mundo entero. Sería tarea de nunca acabar solamente el dar una ligera noticia muy por encima de la serie innumerable de debates que en el correr de los tiempos han tenido lugar acerca de tan importante particular. En el fondo de todos estos debates y de todas las controversias, palpita el hecho innegable de que la escuela actual se nos ofrece bastante separada de las modernas aspiraciones sociales, y que ni sus enseñanzas ni sus procedimientos son los más adecuados para alcanzar el mayor desarrollo de las energías individuales, ni para encender en el espíritu de la juventud la llama de una elevada idealidad, ni mucho menos para excitar con sus primeros rudimentos el germen de aquel ansiado humanismo que prepare el porvenir literario, científico y filosófico, único punto de apoyo para asegurar la verdadera fuerza nacional de todos y cada uno de los países.

Refiérese que conversando con sus amigos el célebre filósofo Manuel Kant, en un día de una plácida mañana primaveral, á la sombra de los tilos de Kœnisberg, les decía: «Hay dos cosas cuyo descubrimiento se debe mirar como el más difícil para la humanidad: el arte de gobernar á los hombres y el de elevarlos... Como nuestras disposiciones naturales no se desarrollan por sí mismas, toda educación es *un arte*. La naturaleza para esto no nos ha dado ningún instinto. El origen, así como la marcha de este arte es ó *mecánico*, sin plan, sometido á circunstancias dadas, ó *razonado*. El arte de la educación no resulta mecánicamente de las circunstancias en las cuales nosotros aprendemos si una determinada cosa nos es perjudicial ó útil. Todo arte de este género, que sería puramente mecánico, contendrá muchos errores y lagunas, precisamente porque él no se sujeta á ningún plan. Es pues necesario que el arte de la educación, que la pedagogía sea razonada para que la naturaleza pueda desenvolverse de una manera adecuada al cumplimiento de su destino... Forzoso es,

por tanto, hacer de la pedagogía un estudio; de otra suerte, la educación estará confiada á hombres de una mala educación. Ante todo en el arte de la educación hay que procurar á todo trance sustituir la ciencia al mecanismo»¹.

Los alemanes en particular son los primeros en sentirse satisfechos después de haber escuchado, anotado y puesto en práctica estas doctrinas y advertencias de su filósofo predilecto, en punto á la formación del hombre como hombre, en la integridad de sus varias fuerzas, es decir, en todos los momentos y grados naturales de su educación.

El gran interés que siempre tuvo Alemania por los problemas educativos, aun en la Edad Media, mientras los demás pueblos europeos dormían en el analfabetismo, confirma la existencia en ese tesoro de vida espiritual, en la mentalidad alemana, que se fué agrandando con el ejercicio y con la tradición. Mas el formal empeño por despejar la nebulosidad que deforma y pone cerco á los problemas de la educación, no tan sólo corresponde á la Alemania moderna que, en este orden como en otros muchos, ha sabido incorporar hechos de propia experiencia á todo el poderoso caudal de su saber histórico, sino á las demás naciones, según hemos hecho notar anteriormente, celosas de su deber, arrastradas por el ansia innata de saber y de admiración hacia el que sabe, todas las que—lo repetimos—apenas si se han dado punto de reposo trás de la idea de ahondar en el conocimiento de los hechos que marcan el comienzo de toda labor educativa.

Los pedagogos modernos con vehemente anhelo discurren y buscan todos aquellos medios que la sociedad puede utilizar con el fin transcendental de *formar, reformar ó conducir* seres humanos.

Los que comulgan dentro de los principios de la instrucción latina, son partidarios entusiastas de la dispersión enciclopédica en «todos los sentidos» y en «todas las direcciones», en una palabra, su aspiración constante es la de que «el niño sepa de todo un poco y de todo muy poco».

Frente á esta declaración que procura la impresión de un saber enciclopédico, están unidos como un solo hombre principalmente los educadores de la gran República americana, quienes

¹ M. Kant *Tr. de Pedagogía*, Edit. Thamin, pp. 47, 48.

han puesto en obra elementos de acción tomados al medio social, y en tal sentido abogan de mutua conformidad por una enseñanza en que las operaciones especiales que en ella se pongan en juego, hagan contraer hábitos físicos, musculares, que desenvuelvan en grande escala la actividad libre, porque el hábito, según frase admirable del célebre anatómico J. Bichat: «embota la sensibilidad y perfecciona el juicio». Pero los americanos todavía añaden más. Para ellos el «hábito hace superflua la atención, es decir, la actividad de la inteligencia».

Queda, pues, demostrado que entre las naciones que han dado gallardas muestras de que la educación reformada y renovada, á título de fórmula general de los instrumentos que el hombre ha creado para aumentar su poder, siendo el primero y más importante problema que afecta á la vida de los pueblos, destácanse los Estados Unidos de América, ese rincón afortunado del planeta, uno de los primeros que ha conseguido adaptar sus Métodos de Educación General y Técnica, á todas las necesidades del medio y del tiempo, y al paso que con ellos logró operar una positiva revolución en la cultura popular, les ha hecho servir admirablemente al crecimiento de su potencia económica é intelectual.

En tal sentido la Medicina ha tomado una participación activa, haciendo que en América la enseñanza sea gradualmente progresiva, más sencilla en el fondo, y, por lo tanto, menos sujeta á error, verdadera «acomodación de hábitos y de fuerzas mentales», lo que decisivamente es más útil y práctico, por aportar más granados y seleccionados elementos al cultivo del entendimiento, en una palabra, para que «el niño aprenda pocas cosas y ellas bien sabidas».

El desenvolvimiento de este punto concreto exige que hagamos un poco de historia, y más que nunca ahora que la escuela, influenciada directamente con el suave y ventajoso contacto de todas las ciencias, se propone atender con la más extremada solicitud á la parte educativa é instructiva de los niños, dándoles una enseñanza más racional y práctica, es cuando precisamente la Fisiología humana, normal y patológica, ha entrado en acción, aportando al campo pedagógico sus métodos y criterios, sus cálculos y razonamientos, y hasta sus mismas composiciones de lugar.

Es de toda evidencia que, sobre las continuas contradicciones y las controversias estériles de millares y millares de pedagogos, puestos en la imposibilidad de convencerse mutuamente, la Medicina americana ha hecho luz.

Los enfermos con extenuación ó agotamiento del sistema nervioso, y por lo tanto, incapacitados para producir energía nerviosa, han constituido la materia prima, por decirlo así, utilizada por los neurologistas americanos para tan importante objeto. La neurastenia trepidante llamada por algunos *enfermedad americana*, es el mal del siglo que corremos, ó mejor dicho, es la enfermedad de hoy (*morbis hodiernus*), porque se la encuentra por todas partes; pero donde ha echado más raíces y está más extendida es en el país americano.

Un tan vasto campo de observación puso en la pista, á uno de los más eminentes fisiólogos del sistema nervioso en nuestro tiempo, y á la vez gran clínico, al profesor Mr. Jorge Beard, de Nueva York, para fundamentar sobre bases positivas los primeros estudios acerca del mecanismo patogénico de la «neurastenia», enfermedad conocida también con el nombre de este observador (mal de Beard).

En el libro donde, bajo el título de *El Neurosismo Americano*, resume sus principales investigaciones, presenta ciertas bases para una reforma de la pedagogía, con la cual se propone aliviar á los escolares, sus conterráneos del inútil y exorbitante lastre científico que agobia y pesa sobre sus cerebros, sin omitir, por supuesto, las consiguientes reglas de profilaxia, á fin de que no caigan ni sean víctimas de esos persistentes y en ocasiones incurables trastornos nerviosos, producidos siempre por una mala administración funcional del sistema nervioso, y cuyo incierto-fondo constituye precisamente la neurastenia, trastornos todavía no bien definidos científicamente.

Los sistemas educativos, según el leal saber y entender de esta gran figura médica, lo mismo en la escuela que en la universidad que en la familia, parecen organizados y preparados, para acabar cuanto antes con el caudal de riqueza natural que posee el individuo, con la energía nerviosa, la más compleja de las energías. Cosa harto probada es que, todos estos sistemas, contraviniendo en principio las leyes de la higiene de la inteligencia,

propenden por su propia gravitación á neurastenizar tempranamente á los pobres y sufridos escolares. Digamos en honor á la verdad que, tanto la ciencia como el arte de la educación se hallan en plena crisis, y de tal modo han quedado rezagados con respecto á los demás, que, hasta fines del siglo XIX, apenas si han tratado de buscar seguros cauces científicos, con el fin de descubrir grandes y provechosas verdades de andar profundo.

Escuelas, colegios, universidades, mansiones son de un perdurable quietismo contemplativo que de una manera indefectible conduce á consumir inútilmente la vida, santuario del medioevalismo, mirando más bien á conocer lo ya sabido, que á emprender nuevas rutas para averiguar lo desconocido, sin que nada nuevo ni útil pueda esperarse de ello, para una reforma trascendental. Hoy, tal vez con más razón que nunca, se puede exclamar con el príncipe de los oradores romanos: «¡Oh tiempos, oh costumbres!» el Senado lo entiende, lo está viendo y sin embargo no se da cuenta de que dentro de la loca caducidad de la actual ensangrentada Europa, comienza la ruina de la sociedad, por la parte más importante del edificio, por la escuela, que es la base más firme sobre que se asienta el porvenir de los pueblos. Y todo ello estriba en que la Pedagogía, en el fondo «obra de conducción del niño», ha vivido á espaldas de la realidad, desligada de toda inspiración de detalles, grandemente reveladores, emanados de los demás ramos del saber humano.

La humanidad actual, llena de la alegría de la vida y de la acción, en cuanto al ejercicio de las funciones intelectuales, vése de continuo oprimida bajo leyes antifisiológicas. Al lema puesto en vigor por los modernistas de la Pedagogía, quienes dicen que al hombre *moderno* debe educársele con privaciones, con el dominio de sus apetitos sensitivos, con desenvolvimiento constante é ilimitado de sus facultades mentales, debe oponerse—dice Beard—uno de los principios cardinales de la psicología de la educación, que es á saber: «Al Evangelio del trabajo, debe sustituir el Evangelio del reposo».

El conocimiento de las leyes y principios de la Fisiología del trabajo mental, dilucida estos puntos todavía oscuros.

El cerebro y los músculos, ó dicho más claramente, la cabeza y las manos, órganos ó porciones del cuerpo que son las que en

verdad trabajan útil y productivamente, no es posible que puedan tomar parte activa en el círculo de la energía laborante, sin una previa reglamentación ú organización de los actos y funciones que les están encomendados, pues la economía del esfuerzo y la disciplina del movimiento, libremente contenidas y dirigidas, siempre cooperarán al bienestar del sujeto.

Calcular las condiciones de resistencia de los individuos, estática y dinámicamente considerados, vale tanto como borrar momentáneamente del espíritu de las gentes la idea de fatiga, de la cual no se puede ver libre generalmente el que trabaja.

La reglamentación del trabajo, piedra angular de uno de los mayores y más importantes problemas sociales contemporáneos, exige un conocimiento detallado y minucioso de todo el conjunto de acciones y reacciones físico-fisiológicas que en el organismo humano se desarrollan. Esta circunstancia debe tomarse aún más en consideración cuando se hace un cálculo de las condiciones de resistencia y de los efectos de la actividad del cerebro, órgano del pensamiento, para deducir como escribe R. Ardigó¹ la importantísima máxima pedagógica, de que *«en la enseñanza no debe prolongarse mucho un mismo ejercicio, sino repetirlo, con intervalos muchas veces»*.

Las aplicaciones pedagógicas de esta máxima están fundadas en la fisiología íntima de la célula nerviosa, la cual para sostener el equilibrio de su compleja composición química y de sus innumerables y variadísimas energías funcionales, necesita pasar de la *actividad* al *descanso* con una alternativa regular y matemáticamente acompasada.

Cuando los mecanismos biológicos de las miles de acciones energéticas que dan pábulo á la vida cerebral, pierden su regularidad normal por consecuencia del ejercicio desordenado del órgano responsable, vése disminuir progresivamente el vigor é intensidad funcionales del mismo, porque en rigurosa interpretación fisiológica el cerebro va consumiendo los materiales de que se alimenta.

Conviene que no se nos pasen desapercibidos estos medios, estos elementos de conocimientos que integran en su vasto desarrollo las determinantes de la energía biológica disponible, ó dicho de otra manera, la capacidad que cada individuo posee de ejecutar un

¹ R. Ardigó, *La Ciencia de la Educación*, Tomo I, pág. 37.

trabajo intelectual ó muscular, en cuanto que científicamente estimada, esta energía es una resultante ó una derivación de la energía cósmica transmitida al individuo en el curso de la vida embrionaria, la cual tiene dos formas: *Kinética y Potencial*.

Dentro del concepto fundamental de «trabajo» todo en sustancia se reduce á un continuo y sucesivo «gasto» y «ahorro» de dicha energía, cuya transformación ó variación armónica de una á otra forma, prefijada y aquilatada en lo posible, en peso, número y medida, sirve para establecer los verdaderos fundamentos, y sentar las bases de que el pensamiento y conocimiento de las cosas, de un orden superior, ya este sea ó no sea fundamentalmente científico, no resulta, según se creyó, como un hecho espontáneo, sino como un esfuerzo interior del hombre.

Sin trabajo intelectual, esto es, sin que el cerebro desenvuelva gradualmente sus propias actividades, todos esos millonésimos actos energéticos de la inteligencia que en él asientan, no hay modo ni medio posible de encauzar, de prolongar y dar valor á las prodigiosas facultades de que ha dotado la naturaleza á este órgano.

Y según Ribot, hasta la misma imaginación creatriz que constantemente está en jaque en las artes y en las ciencias, en las industrias y en el comercio, exige también trabajo, es decir, un esfuerzo mayor ó menor de la inteligencia, de los músculos y de la voluntad: todo á la vez. Por otra parte, aún por poco práctico que sea el objeto aparente de toda obra de recreo puramente imaginativo ó ideal, y aunque se convenga--que es convenir--en que no hay mucha tensión de músculos ni gran gasto de fósforo cerebral en los hombres ricos y exuberantes de imaginación, los poetas, pongamos por caso, ello es que las producciones del estro ó del numen no se realizan, no se efectúan, ni se divulgan, sin un gran trabajo acumulado. De todo lo cual se deduce como cosa cierta, que el buen golpe de vista, el tino, la intuición genial, las creaciones artísticas, la inspiración, la gracia, etc., y tantos otros atributos personales que se han dado en llamar «dones naturales» son sencillamente patrimonio exclusivo «de los hombres que trabajan todos los días», esto es, de aquellos que procuran llevar con su voluntad á las funciones de la inteligencia y de las manos las influencias educadoras.

No debe echarse en olvido que las condiciones del trabajo profesional presentan una extrema variedad, y que la apreciación de las

consecuencias de este trabajo, en cuanto al organismo, debe basarse sobre consideraciones extremadamente diferentes según los casos.

Sería un absurdo igualar, por ejemplo, á un picapedrero, con un mecánico encargado de la conducción de un locomóvil. No cabe establecer comparación entre uno y otro, pues aun valuando en kilogrametros sus trabajos, el mecánico le llevará siempre ventaja al picapedrero, por estar abocado de continuo á ser pasto de las excitaciones sensoriales que precipitan la fatiga, en razón al excesivo gasto de energía nerviosa que supone la atención, diligencia y previsión que á cada momento tiene que desplegar. De ahí el que la misma dosis de trabajo varía en sus efectos, no sólo según la constitución de los diferentes individuos, sino también con la calidad del trabajo mismo.

La perfección del trabajo en cantidad y calidad, es verdaderamente la obra reservada á los futuros pedagogos. La observación demuestra que dicha perfección estriba en la reducción de la duración del trabajo, hasta aquí arbitrariamente reglada.

Cada profesión exige por otra parte un estudio particular, ya sea por la naturaleza misma del trabajo y de las manifestaciones diversas de sus consecuencias sobre el organismo, ya en razón de las condiciones de duración, de local, de edad, etc., en las que se efectúa el trabajo profesional.

No hay trabajo posible sin que vaya acompañado del correspondiente descanso ó reposición de fuerzas. El trabajo en lo que cabe es fácil de medir, de reglar y de distribuir equitativamente. Al contrario, el sueño que realiza el descanso confiere una capacidad constante de trabajo. Pero el descanso, necesidad fisiológica más imperiosa é indispensable que la de trabajar, es difícil de realizarle á voluntad, y no puede por lo general ser distribuído con uniformidad en los diversos sujetos que tienen orgánicamente necesidades desiguales, porque la fatiga fácilmente se acumula cuando en realidad el sueño es insuficiente. La cantidad de trabajo regla la fatiga, pero la fatiga no regla el sueño, pues pocos ó ninguno tienen el privilegio de dormirse cuando quieren, provocando el sueño á voluntad.

Insistiendo acerca de este punto, hay que convenir que, según el sentir general, las funciones del individuo y las de la colectividad de que forma parte integrante, si no son una misma cosa, al menos corren parejas. Al ciudadano como á la sociedad, es la Energética

la que les dirige, ordena y manda. Ejemplo vivo: el Japón contemporáneo. En el momento en que el Japón dispuso de estos dos factores asociados, energía cerebral y energía económica, se constituyó por derecho propio, en potencia de primer orden. Podrán los sociólogos y legisladores discutir cuanto quieran acerca de la forma de constitución y desarrollo de las naciones, pero lo cierto y evidente es que la Energética lo domina todo. El que es fuerte es el que vive tranquilo. En la vida de las naciones como en la de los individuos, todo es cuestión de equilibrio ó desequilibrio fisiológico. Un sujeto en verdadero estado fisiológico, no es otra cosa que un equilibrio de fuerzas en movimiento y lucha inestable. A una nación ó pueblo le pasa lo propio.

Como excepción, el pueblo chino se nos ofrece en equilibrio estático desde hace muchos siglos. Verdaderamente es un hecho singular, y que, no por eso altera la universal noción.

Pero este pretendido equilibrio es engañoso; no es la resultante del continuo batallar, y su génesis íntima demuestra plenamente que tal estado de cosas, obedece á un imperfecto conocimiento que se tiene en la China de las teorías biológicas. He aquí la razón del porqué desconocida allí la naturaleza de las acciones y reacciones, tanto individuales como sociales, abriguen aún la absurda pretensión de fijar *ad eternum* los estados sociales por mandatos religiosos y civiles. Ni nada más lógico y natural que las luchas entabladas entre las diversas entidades sociales, reflejen en aquel país, un sentir *semi-inconsciente*.

Y ahora se ve con claridad meridiana, que dentro de la gran doctrina «Energética fisio-psico-sociológica» hay que supeditarse en un todo y por todo, á las fórmulas y principios directivos y salvadores de la ciencia.

La política pedagógica de los chinos es para muchos, la causa de su estancamiento, porque si sus nervios fuertísimos han podido soportar durante siglos tantos exámenes y concursos, ha sido á cambio de renunciar al progreso. Y sin embargo, en su ejemplo se inspiran todavía, más ó menos, muchos pueblos civilizados. Por eso en gran parte de Europa, al decir del gran crítico H. Soly, impera la anarquía escolar.

Los pedagogos modernos no se cansan, previo concienzudo examen, en ordenar y clasificar los materiales que deben utilizarse

para sentar las bases de los verdaderos criterios de enseñanza. Esta cuestión, hoy como nunca, vitalísima y palpitante, ha suscitado controversias sin fin, reveladoras ó acusadoras en su mayor parte, de la anarquía reinante en esta materia. De aquí que una gran cuestión doctrinal se ponga en juego: LA TRANSFORMACIÓN DE LA ESCUELA JUNTAMENTE CON LA TRANSFORMACIÓN DEL MAESTRO.

En efecto, la escuela debe transformarse. Así lo reconoce y proclama, con el peso de su gran autoridad, la doctora María Montessori (de Italia), en su Método de la Pedagogía científica. Aprendemos demasiadas cosas que no nos son necesarias.

Si cada individuo no poseyera la condición natural de *olvidar pronto*, lo mucho que sabe ó ha aprendido, fisiológicamente estaba perdido, pues según hemos tratado de demostrar en preinsertas líneas, no podría su cerebro resistir la carga que se le echa encima. La transformación de la escuela se impone, y ya hemos apuntado que la Medicina americana ha sido la primera en suministrar la pauta.

Con el ya citado Beard, muchos médicos experimentados son de dictamen que los excesivos esfuerzos en la edad juvenil, producen repetidamente efectos dañosos; y en muchos casos enfermedades incurables en los niños. El peligro proviene de que muchos padres ó los institutores desprecian este hecho importante: que el espíritu, aunque sea inmaterial é indestructible, está sin embargo unido á un cuerpo material del que depende el vigor y la fuerza de la inteligencia.

Ignoramos la naturaleza y la esencia del alma: creemos que es distinta de la materia, y no obstante sabemos que se manifiesta solamente con el auxilio de los órganos materiales, los cuales para dar al entendimiento una acción regular y poderosa deben estar sanos y bien conformados, del mismo modo que es menester de pulmones sanos y bien constituídos, para que la respiración sea libre y perfecta.

Daremos á continuación un extracto del sistema de educación científico profesional del doctor Beard, sobre el cual, es casi seguro, que se calcará la enseñanza del porvenir, y servirá de *substratum* á la nueva Pedagogía que regirá en Europa, antes de que finalice el siglo XX:

a) El carácter intelectual de nuestra época, propende á la excitación mental, la cual ha traído en pos de sí la ruina é ineficacia de los principios de la instrucción latina. La América, con los métodos de sobriedad, tan necesarios al cuerpo y al alma, se va curando de esta dolencia mental que acabamos de señalar.

b) La limitación cuantitativa del saber, en lugar del ansia y prurito actual esencialmente memoristas, que parecen dominar en todo, y más particularmente en ciertas ramas: v. gr., en la historia, olvidando que casi todo lo que se bautiza con este nombre es una patraña, por cuya razón los conocimientos históricos deben reducirse á conocer lo más esencial de la marcha de la humanidad, sin que la labor en cuestión pase de aquí.

c) Como la *voluntad* y la *energía*, en su calidad de fuerzas que constituyen la superioridad del hombre sobre los animales, son recursos que debemos procurar tenerlos á todas horas disponibles, no debemos entretenernos ni emplear nuestro tiempo, en aprender cosas que necesariamente tendremos que olvidar si es que queremos seguir el disfrute pacífico de la existencia, pues si empeñados, en lo contrario vamos abarrotando nuestras cabezas de sendos volúmenes, mataremos en flor nuestro capital vital, teniendo después que conllevar la pesada carga de los años en mísera situación. La ignorancia es una necesidad fisiológica para el hombre: pues no podemos saber cosa alguna, sino á condición de ignorar muchas otras. Tener una idea general (aunque sólida) de aquellas partes de la ciencia más lejanas de nuestra especialidad y el conocimiento más profundo posible de lo que atañe á esta última, son los dos fines cuya asociación armónica constituye el ideal. La base previa de toda disciplina mental es que el cerebro humano, aun en su más alto grado de poder energético, tiene una capacidad potencial limitadísima: necesita que las ideas se le marchen como el agua de una criba, para poder dar tiempo á su renutrición y por ende á la nueva aplicación de sus fuerzas.

d) Como no puede haber verdadera formación intelectual, sin que exista la acción continua y concertada del medio y de los elementos de instrucción utilizables, á fin de posesionarse y servirse de los conocimientos adquiridos, el hombre de ciencia, según el buen sentido que guía el atleta al gastar sus fuerzas musculares en los ejercicios difíciles de la gimnasia, debe también en muchas

ocasiones, ahorrar y economizar las fuerzas mentales. La suprema necesidad del hombre no es el saber, en sí mismo, sino poder servirse de él.

No importa que un hombre sepa poco ó mucho; sino que lo sepa *como* debe saberlo y sea capaz de concentrar y vivificar sus conocimientos. La disciplina mental, en la medida fisiológica, consiste en lograr que todas nuestras facultades cooperen con el menor rozamiento y gasto de fuerza posible: entonces, la adquisición del saber que necesitamos, v. gr., sea para nuestra delicia personal, ó para ganar nuestros medios de subsistencias, no es más que un ejercicio necesario, una diversión que, sin fatiga, nos lleva al corazón de la verdad. Todos los caminos derechos de auto instrucción sirven á este objeto; pero ninguno como la meditación ó arte de pensar. Sólo que este arte es en el que menos se ha *pensado*, salvo en las antiguas fórmulas de la lógica, que guardan la misma relación con el razonamiento vivo, que una choza de ramas con el árbol de donde éstas se cortaron.

e) Una escuela, en el sentir universal, es un centro *ad hoc*, en donde los niños son confiados á los maestros encargados de formarles. Como el niño no tiene una idea clara y distinta de lo que se le enseña, la educación, para toda clase de aprendizaje, no es más que evolución, crecimiento intelectual, que, como todo en la naturaleza, procede sin saltos desde lo simple á lo complejo. La mente crece como un árbol; podemos contrariar ó favorecer la dirección, pero no evitamos el crecimiento.

f) El gran secreto de la vida es aprender á olvidar, debiendo proceder con todo el saber que alcanzamos, como el actor consumado sobre las tablas con los papeles que desempeña: sin retenerlos en la memoria más que mientras hacen falta, á fin de que dejemos hueco para otros. Es una suerte—insiste el autor—que la mayor parte del bagaje con que nos cargan en la juventud, se nos olvide.

g) El método educativo, verdaderamente psicológico, el más económico de fuerzas, tiempo y dinero, es el que pone en jaque á todos los sentidos. La inteligencia es como un sentido altamente desarrollado, que conviene nutrir por sus raíces, no por las ramas, como se empeña en conseguirlo la educación escolástica. Pestalozzi, Froebel, Rousseau, concuerdan en este principio que es

más fácil y natural entrar en una casa por la puerta, que rompiendo los muros. Por fortuna, la naturaleza es más sabia y poderosa que todos nuestros sistemas, á pesar de los cuales, nuestros hijos se enteran de las cosas por medio de sus sentidos.

h) El *determinismo* que preside el mecanismo de nuestra ideación, permite comprender el porqué de las cosas, sin que las explicaciones más ó menos inútiles que de dicho mecanismo nos empeñemos en dar, cambie, ni mucho ni poco, el hecho de la vida mental. Por lo mismo toda educación mental es una simple adaptación al proceso evolutivo de la naturaleza humana, que tiene su campo de experimentación y de sanción en la Fisiología humana, la Higiene y la Clínica. De ahí que la observación de un fenómeno, ó la compenetración de un concepto, constituyan la materia fundamental de toda enseñanza, siempre que en estas prácticas vibre al unísono la facultad asimilativa del cerebro.

Escuela de los anormales.

En los Estados Unidos existen una infinidad de institutos para anormales. Esta es una cuestión que allí ofrece una importancia capitalísima, tanto que ella sola merecería un trabajo aparte.

Los americanos, en este importante respecto, supieron aprovecharse grandemente de los sistemas educativos de niños anormales, instituidos por el médico y pedagogo Eduardo Séguin, sistemas ó métodos llamados *fisiológicos* por el autor.

Llenaríamos páginas enteras, si descendiésemos á la sola enumeración por encima, de las grandes y bien surtidas instalaciones de que disponen todos estos institutos.

El idealismo de los americanos se manifiesta en este dominio bajo aspectos interesantes; es así que la gran villa de Chicago, centro reformador por excelencia en donde vamos á fijar nuestras observaciones, se ha apropiado en tres de sus escuelas primarias, clases especiales para niños lisiados, á quienes un tratamiento quirúrgico ó un régimen adecuado de vida puede parcial ó totalmente reintegrarles á la salud. El programa de curso no difiere sensiblemente del de los niños sanos; los trabajos manuales llévanse

á cabo con más asiduidad y hasta en mayor intensidad que con aquellos. Sesiones de gimnástica ortopédica dirigidas por buenos médicos, sostienen los efectos curativos de los tratamientos propinados y del mismo régimen.

El mobiliario es apropiado á las deformidades de cada niño. A los niños cuyos miembros anquilosados no permiten la flexión, se les coloca en asientos altos; otros sentados sobre bancos muy bajos, tienen delante mesas corridas sobre las que se les ve realizar sus trabajos escolares.

Al mediodía un *lunch* gratuito se les sirve á los más imposibilitados.

Transcurridas las horas de clase, toda aquella grande agrupación de pequeños, verdadero enjambre de seres desgraciados, animosa y riente, desfila para sus casas, apoyándose en sus muletas y otros medios de transporte, hasta alcanzar los coches municipales que esperan alineados delante de la puerta, para conducirlos, siempre á expensas *de la villa*.

La idea directriz, en estos centros, montados con todo el refinamiento y gusto de los modernos adelantos, no es otra que la de que el desarrollo orgánico, de suyo incompleto y alterado en todos estos niños, corra parejas con sus facultades creatrices, y de paso que, merced al tratamiento se van corrigiendo sus deformidades, tratar también de perseguir el desarrollo de los conocimientos con ejercicios sistemáticos, que según van coadyuvando al mejoramiento de sus calamidades, hagan que se transforme el pensamiento en acción.

Bibliotecas.

En la inmensa mayoría de las villas americanas, la biblioteca es el edificio más severo é imponente de la ciudad. Casi todas están edificadas con un celo y un exquisito arte. Hállanse abiertas las horas que más convienen á las poblaciones laboriosas. El domingo, día dedicado al descanso, es cuando las bibliotecas aparecen más concurridas. Por centenares se ve á los lectores, hijos

sobre los libros, con las manos apoyadas sobre sus cabezas, transcurriéndose así horas muertas, en medio de los esplendores de una decoración, á menudo más rica que bella, en salones confortablemente amueblados.

A los ojos de los americanos, la biblioteca constituye un útil activo de americanización, de elevación moral é intelectual. Esto explica la liberalidad con la cual los Mecenas Ultra-Atlántico, les abren sus gabetas, y la cordialidad con que los ciudadanos pagan los gastos especiales originados para asegurar su funcionamiento y su sostenimiento.

Entre las grandiosas bibliotecas de América, cuya enumeración se haría inacabable, nos limitaremos á señalar la biblioteca de Carnegie creada en Pittsburg, villa de 300.000 habitantes, la primera institución del mundo creada con el objeto de que el pueblo aprenda á leer, para cuyo efecto ponen en las manos de todos los niños de la ciudad, libros bien escritos, apropiados á su edad y á su situación social, aún más entretenidos y mejor ilustrados (con láminas de color, etc.), que los famosos «School Reading By Grades», adoptados en las escuelas de párvulos de Nueva York, Cincinnati y Chicago.

El timbre de gloria la más duradera del millardario Carnegie, será quizá el de haber, con su munificencia, erigido la biblioteca de su nombre, dotada con un presupuesto anual de 40.000 dollars, en la cual, los libros regalados por los particulares ascendían el año de 1900 al respetable número de 678.965 volúmenes, y en total hoy cuenta con las cifras siguientes: 2.065.054 volúmenes. No se puede por menos de considerar la biblioteca para niños de Carnegie, como la expresión la más elocuente y admirable de respeto del ser humano y del celo por la educación de la raza.

Escuela americana y escuela europea.

La escuela americana se diferencia de la europea, no solamente por su espíritu y orientación, sino también por su organización.

En América, cada escuela tiene sus pulsaciones propias. Las grandes ideas con los grandes sentimientos que ellas excitan,

y que á la postre vienen á formar un «núcleo de fuerzas», son el único medio de educación. Todas las batallonas cuestiones que tocan al patrimonio científico y clásico, están sometidas á controversia permanente en los libros, en las revistas encargadas de difundir la cultura, en la Prensa, y sobre todo, en los Congresos y Asambleas, á los cuales se asocia y presta gran interés el pueblo.

Las innovaciones que surgen por doquiera son rigurosamente anotadas, ensayadas y ejecutadas. El público—el gran público, docto é indulgente á la vez—que siempre y en todas ocasiones es cordialmente acogido en las cátedras, las clases escolares, los laboratorios, los talleres, se preocupa muy singularmente de la realización ó verificación y comprobación experimental de todo género de progreso ó adelanto. Y ante el espectáculo magnífico y seductor que proporcionan tales experiencias, el mismo público, constante testigo presencial y á las veces el primero y más severo censor, rinde y exterioriza, según los casos de éxito más ó menos afortunados, su aquiescencia y conformidad en unos, su desagrado ó disconformidad en otros. Frente á este impulso original, bajo esta velocidad adquirida en el orden de los conocimientos humanos, la vida social y económica se prolonga hasta el dominio escolar, y ella imprime á los estudios, cierta marcha racional y verdadera, una novedad y frescura atrayentes.

En toda la enseñanza, la prueba con trabajos, la idea y su realización por la acción se asocian indisolublemente. Por la educación antes que por la instrucción, con la idea siempre alerta de que el estudio no es un fin, sino un medio, la voluntad de los niños y de los adolescentes, va tomando plena posesión de sí misma, para después actuar con provecho sobre las materias de conocimiento. Según el criterio de los americanos, éste es el camino real para llegar al saber.

Mientras que los países europeos no se preocupan ni poco ni mucho de los primeros fundamentos de la educación de la mujer, concretándose á darla una instrucción restringida por la escuela, comúnmente si no desierta, al menos con falta de la necesaria concurrencia, por el contrario, todas las instituciones de enseñanza de América se ven pobladas de jóvenes del bello sexo, pertenecientes á todas las clases sociales, quienes acuden solícitas

á formarse intelectualmente para los estudios literarios y científicos, y profesionalmente en vista de su papel familiar y social, por trabajos de fábrica, de economía y de artes domésticas.

Las fábricas y los talleres de confección anejos á estas escuelas, constituyen verdaderos laboratorios de trabajo variado, en donde la futura esposa adquiere, por una práctica metódica, las aptitudes y el saber necesarios, á fin de asegurar una existencia independiente, de sostener y acentuar el vigor físico y moral de la nación.

En las viejas razas, nuestros sentimientos nos arrastran por devoción natural hacia un altruismo, que aunque no encaja bien dentro de la verdadera caridad, al menos se exalta y transparenta en las obras de la gran filantropía. Si puramente tomamos las frases por su etimología ó ajustándonos al sentido de origen, tendremos que la *beneficencia es hacer el bien* y la *filantropía amar al hombre*, lo cual, como se vé, son circunstancias de la caridad, y así, en vez de rechazarlas en absoluto, debe intentarse encauzarlas y normalizarlas, de tal modo que no se separen nunca del verdadero principio.

La aplicación y efectos de la caridad, ejercida en forma más ó menos franca, ora sea bajo la forma de pingües sumas destinadas á los Asilos, Hospitales y á las casas de Beneficencia, ora en la asistencia social á las clases menesterosas, por los donativos particulares de los bienhechores, sin género de duda, son paliativos y lenificantes: pero no pasan de aquí, pues ellas se inclinan naturalmente á economizar los gastos exagerados y los esfuerzos de la masa social colocada en ventajosa situación económica.

Lo propio se puede afirmar con cuanto se relaciona con la mutualidad escolar, y lo que algunos Gobiernos, como el de Bélgica, con sus rasgos de generosidad, han hecho en pró de cuanto atañe al ahorro escolar favorecido con el ahorro postal.

Los americanos que dicen ser voluntarios individualistas á ultranza, practican una solidaridad menos sentimental ciertamente pero, de hecho, más eficaz y preventiva. Con una largueza que no tiene límites, las poblaciones como los particulares contribuyen pecuniariamente á la creación y á los gastos de sostenimiento de admirables y bien surtidas bibliotecas para niños y adultos.

Esta forma de solidaridad se nos representa por igual noble y

grande, y además de constituir un elemento particularmente abonado y propicio al progreso social y económico del país, implica una total identificación del pueblo con las tendencias á que ajusta su educación y su enseñanza.

Los americanos reprochan á nuestra enseñanza de que educa á los niños para un oficio determinado: el hijo del minero es destinado á la mina, el hijo del tejedor toma la profesión de su padre, y sus esperanzas é iniciativa individual se ajustan y limitan forzosamente á la fábrica de tejidos á la que vive apegado, á la condición del trabajo al cual se vé sujeto, á la clase social en que ha nacido. El niño del obrero europeo entra lo más á menudo en la vía que de antemano se le tiene preparada al nacer, y, acto seguido, comienza á especializarse en los escuelas de Artes y oficios, organizadas y sostenidas según la fórmula alemana, esto es, que todas las clases obreras pagan y costean su educación, con los medios y recursos de que disponen, con el «dinero de escuela» *Schulgeld*, como se le llama en Alemania.

Semejante educación rechaza de plano el sentimiento americano, que quiere que la escuela pública no ponga ninguna barrera al desarrollo del niño, y además, convenciéndole de su fuerza y poder, aspira á ensanchar y facilitarle de abajo arriba las vías de la ascensión humana, á fin de que pueda tener acceso franco á todos y á cada uno de los más altos destinos y Jerarquías del Estado. Es positivamente cierto el que en esta sociedad democrática donde hay derecho á ambicionar, y es relativamente fácil la consecución de un alto puesto ó de una prebenda, el número de los fracasados sea enorme, y arduo problema el de su disminución. Una particularidad digna de ser anotada, es la de que las escuelas públicas, como las escuelas privadas de América, no admiten el principio de la especialización; ella es una noción contraria á la mentalidad americana.

El primer aprendizaje inherente á los primeros años escolares, —dice un escritor de mucha autoridad y de grandes vuelos, como el señor Becerro de Bengoa— para que tenga valor real debe ser, preparado por maestros educados en los métodos de las ciencias experimentales.

•En general, el profesor especialista no suele ser un buen profesor. Las razones son éstas: tiene tal idea de su ciencia, que no se

decide nunca á exponerla á los alumnos en el lenguaje y concepto adecuados á la sencillez y modesto nivel que éstos necesitan. Acostumbrado á la enseñanza superior, le cuesta mucho trabajo el descender á darla por los procedimientos de la enseñanza primaria ó secundaria. El especialista ejerce poca acción, y por consiguiente poca influencia sobre el discípulo. Su enseñanza tiene que limitarse á una serie muy reducida de conocimientos, causa del grande abismo ó separación que el actual régimen escolar establece entre el profesor y el alumno. La especialidad tampoco sirve para convertir los maestros en verdaderos sabios. El licenciado ó doctor auxiliar se hacen especialistas para obtener mejor un diploma, título ó cátedra, emprendiendo para ello una tarea de especialización forzada, atropellada, elemental, incompleta, sobre todo si se emplean manuales para el estudio.

Así se fabrican los falsos especialistas, que en la Segunda enseñanza resultan inferiores, como pedagogos y educadores, á los maestros más modestos de la primera enseñanza, que, teniendo menos pretensiones, ven más claro en estas materias¹.

Especializarse en una rama de una profesión cualquiera, es condenarse á no salir jamás de ella. Practicar una profesión, plegarse todos los días á sus exigencias, á la atención, á los esfuerzos, á las maneras que ella reclama, es incontestablemente el medio más seguro de poseerla; pero eso no basta. Es preciso además conocer todo lo que la experiencia de los siglos tiene acumulado de interesante, de bueno, de provechoso, sobre la profesión escogida.

Se ha dicho,—y no cabe negarlo,—que la especialización, cualquiera que ella sea, es un mal necesario, y que especialistas los ha habido y los habrá siempre. Mas la especialidad admitida y aprobada en buena lógica científica, es únicamente aquella á que va encaminada la finalidad de la escuela profesional, obligando al sujeto á poseer una cultura especial. Pero siempre, y en todas ocasiones, esta cultura especial, debe ser facilitada y agrandada por las múltiples luces de la ciencia de general aplicación.

Entre los americanos, los estudios escolares generales y elementales, como el estudio de una profesión manual, descansan sobre una amplia instrucción fundamental.

¹ R. Becerro de Bengoa, *La Enseñanza en el Siglo XX*, páginas, 96 y 97, Madrid, 1899-1900.

Por la misma razón de principio, los diversos grados de enseñanza se escalonan los unos sobre los otros, con una simplificación que envidian los sistemas europeos. La escuela materna ó del hogar, la escuela primaria, la escuela media, las escuelas normales, las escuelas industriales, los colegios, los institutos de enseñanza técnica, las universidades, están ajustadas y dispuestas formando un todo armónico, sin que el paso ó tránsito de una á otra, ofrezca la menor laguna, ni asomo de sobrecarga intelectual.

En este importante particular, la escuela europea que aun no ha llegado á hacer un recuento de sus propios recursos, ni á valorar sus propias fuerzas, da continuamente una demostración palmaria del más absoluto desconocimiento de la naturaleza humana, y sobre todo de la naturaleza infantil. No educa prácticamente para entrar en la corriente de la vida, no forma caracteres, no sirve para atender á las necesidades, no satisface ni la más insignificante aspiración. Aferrada á lo pasado más bien que á lo venidero, puestos los ojos con fervor cuasi místico en la propia tradición, lo único que hace es aplastar y sofocar las inteligencias con un exceso de enseñanza, á la manera de una tierra de labrantío, anegada por intempestivo riego, en donde por no haber previsto el caso de dar fácil salida, por medio de un drenaje conveniente, al agua sobrante allí existente, empieza ésta en primer término por destruir é inhabilitar la semilla vertida, todo lo cual lleva aparejado el hecho de favorecer y activar, antes que la germinación, la putrefacción, y en su consecuencia, el efecto obtenido es diametralmente opuesto al que se perseguía ó deseaba.

La misma superabundancia de nuestra enseñanza, impide el que desde luego pueda colocarse á la altura de los hechos de la vida, en razón á que suprime toda originalidad, obligando, bajo los auspicios de una excesiva y fútil lectura, á realizar trabajos y adquirir conocimientos que no tienen nexo natural con los precedentes.

En las primeras edades el niño americano es diferente del europeo. Nosotros queremos que los niños en la escuela sean obedientes, disciplinados; los americanos todavía más que los ingleses, sueñan ante todo, con adolescentes de iniciativa, independientes,

confiados de sí mismos; ellos soportan con agrado sus accesos de caprichos, y hasta cierto grado, algo de sus tiranías.

En la vida de familia, en la mesa, en el paseo, ellos no tienen el aire tímido ó reservado de los nuestros; se manifiestan con el verbo alto, el tono franco, sin sombra de disgusto ó de grosería.

Ya hemos apuntado la idea de que visitando las escuelas americanas se saca la impresión, de que el discípulo conduce al maestro; los jóvenes yanquis no adoptan la actitud humilde ó servil de nuestros niños, vis á vis de los que los instruyen.

El europeo manda los niños á la escuela para aprender «alguna cosa», el americano, desea en cambio, que ella asegure la educación integral, física, intelectual y moral de sus niños.

Las grandes ideas en todo cuanto se relacionan con el tesoro de una nación en materia de educación, figuran en segundo plano en nuestras escuelas; los cuadros de enseñanza son fijos, los métodos didácticos no hacen caso más que de las nociones abstractas, de la argumentación puramente lógica y de conclusiones sacadas del silogismo; las materias son enseñadas por medios y procedimientos convencionales que parecen alejarse de las formas de la vida real; las cuestiones de organización, los programas perfeccionados que dibujan las tendencias educatrices, difícilmente si llegan á discutirse, y cuando la discusión se entabla, ella tiene lugar en un círculo muy restringido, (el cenáculo de los sabios). El público no comprende el lenguaje de nuestros pedagogos, y por consiguiente, permanece indiferente y extraño á estas discusiones, por estimar que ellas son negocio ú ocupación de profesionales, de funcionarios.

La generalidad de los europeos, según afirmación del doctor Pablo Dubois, gran figura médica de Berna «no aprendemos á pensar». La escuela—sigue diciendo—con solicitud creciente, nos atraca de conocimientos, de los que no podemos utilizar sino una parte mínima, agobia nuestra memoria, y no perfecciona nuestra inteligencia sino en el sentido de una lógica rastrera que, según se nos dice, debe servirnos de arma en la lucha por la vida. Este cultivo en estufa no forma nuestro juicio; al contrario, le perturba, dándonos á rumiar opiniones hechas, sin enseñarnos á estimar su valor».

«Si consideramos el trabajo de reflexión lógica en su espontaneidad aparente, podemos compararle á un juego que consistiera en formar un círculo completo y regular, poniendo unas á continuación de otras, fichas de dominó que tuvieran el mismo número. Esta labor no sería posible sino á condición de que la mesa estuviera despejada y libre, ó que las fichas, ya colocadas por otras manos, estuviesen bien dispuestas».

«Ahora bien; á partir de los primeros años de nuestra existencia, colocan en nuestro camino fichas fijas, en un orden aparente, que, á menudo, no es sino desorden. No es de extrañar, pues, que no consigamos cerrar el circuito, que no logremos pensar lógicamente».

«Esas fichas que hacen tan difícil el trabajo de pensar, son las ideas preconcebidas, los dogmatismos de todas clases, los conceptos preformados, petrificados en un vocablo, que nos imponen los que viven con nosotros; nuestros parientes bien intencionados, pero torpes; los amigos mal escogidos; la clase social en que vivimos; toda la gente cuyo contagio sufrimos inconscientemente las más de las veces. Carneros de Panurgo, hacemos, lo que vemos hacer en torno nuestro, aunque sea inútil y hasta malo; respetamos las tradiciones en todos los terrenos, sin someterlas ni por un momento siquiera á la crítica de la razón. Parece que pensar cansa mucho»¹.

En América, en el acto de abandonar la escuela elemental, todos aquellos que inmediatamente tienen que ganarse la vida, encuentran en las escuelas secundarias nocturnas, y asimismo en las escuelas industriales, cursos bien dispuestos y ordenados que, empezando por iniciar en los principios científicos y técnicos, útiles á la condición de su trabajo, les preparan para los colegios. Abordando estas últimas instituciones á la edad de 17 á 18 años, insensiblemente van realizando los estudios, de paso que recaban elementos de vida por trabajos y ocupaciones durante las primeras horas de la noche. Puestos así en plataforma,—como suele decirse— en lo sucesivo nada existe para ellos que les arredre ó ponga obstáculo para alcanzar la meta de los conocimientos científicos y tecnológicos.

¹ P. Dubois, Profesor de Neuropatología de la Universidad de Berna. *La Educación de sí mismo*, págs. 14 y 15, año 1910.

Este camino cerrado á cal y canto, de difícil por no decir imposible acceso á las mayorías numéricas en Europa, es el camino angosto pero digno, seguido por numerosas personalidades que actualmente brillan en primer rango en las situaciones políticas, científicas, industriales y comerciales de los Estados Unidos. Es la vía del esfuerzo brioso personal, la que se impone á los temperamentos ecuanímenes, la que recorren en carrera triunfal los eternos vencedores en la liza.

Por sus escuelas medias nocturnas, los Estados Unidos recuperan las mermas y subproductos de la inteligencia nacional, poniéndolos en acción, á fin de que recobren su valor y tengan su precio. Lo seleccionado, lo escogido, extraído así de todas las clases de la sociedad, aporta á las fuerzas vivas del país un vigor y un impulso energético extraordinarios. Estas costumbres de desenvolver al máximum la energía individual, de una manera que pudiera decirse reglada, sobre las cuales aparecen modeladas las organizaciones escolares, de paso que dilatan el horizonte intelectual, señalando en él nuevas perspectivas y nuevos derroteros, abren las puertas del porvenir á todo joven aplicado é inteligente, á quien, ya de antemano, por la sola circunstancia de emprender una empresa ó trabajo determinado se le reconoce una voluntad tenaz, y por lo tanto, se le conceptúa acreedor á una recompensa. Además, estas costumbres que ya tienen carácter de ley natural en los Estados Unidos, destruyen de raíz la anómala estratificación social por planos horizontales, procurando conservar y sostener á toda costa la diferenciación por planos verticales.

Esta es la razón del porqué desde la más tierna infancia se dibujan en los niños americanos tendencias y procederes que les hacen bien diferentes de los europeos. Nosotros queremos que la disciplina escolar se reduzca por todo ser, á que el alumno escuche atento la palabra acompasada ó ceremoniosa del profesor, á las veces sermoneante y somnífera, exponiendo doctoralmente las grises é insípidas teorías, y las últimas y novísimas hipótesis de la ciencia y de la tecnología. Como toda exposición oral de hecho está desterrada allí, no es fácil que se vean alumnos á la europea, poniendo á contribución toda la fineza del oído, y extendiendo á seguida con mano trémula sobre el papel, notas

enrevesadas y peor comprendidas por la misma precipitación febril con que se han tomado, acumulando en sus cuadernos escolares y en sus pobres y fatigados cerebros el saber de segunda mano, primero aprendido de memoria, y recitado á continuación en forma de lo que se ha convenido en denominar «Conferencia», sin quitar ni poner nada á lo que diga ó deje de decir el libro de texto, sin añadir, en suma, ningún elemento procedente de aportación del saber ó conocimiento personal.

La escuela americana prepotente y previsor, ha entendido—y entiende bien—que la actividad y conocimientos prácticos, presuponen actividad y conocimientos teóricos, que la mejor y más eficaz manera de excitar, dirigir y administrar el caudal de la inteligencia es obrar «poniendo la experiencia en acción». Las escuelas americanas llevan sus ciencias á la inteligencia de los alumnos por métodos de manipulaciones experimentales que forman las facultades y desarrollan las aptitudes, apoyando su adquisición, desde los comienzos, en sanos y sólidos conocimientos. Las mismas lecciones, sobrias en demasía, jamás giran en derredor de raquí-ticas experiencias llevadas á cabo delante de auditorios indulgentes y sabiamente maquinados para provocar el aplauso, cosa que por allá no se conoce. La adquisición de conocimientos exige, que cada alumno en particular despliegue, con una continuidad inalterable, un cierto carácter experimental en sus trabajos, los cuales le sirvan de ejercicio de invención y de resistencia física y moral. Ni se transmiten verbalmente á los alumnos los conocimientos científicos, ni tampoco se enseñan los hechos y las teorías al tenor de la cultura tradicional.

Los americanos, catedráticos y discípulos, sienten verdadera aversión á las teorías hechas y retocadas, á las definiciones y abstracciones, sin sanción práctica.

En las escuelas apenas si se aprecian y se descubren vestigios de los métodos que persigan en su finalidad el efecto útil en la doctrina comunicada por la palabra y no traducida en acto por los alumnos. Los catedráticos consideran que la enseñanza en general, y especialmente la enseñanza científica, en manera alguna puede ser fecunda si los alumnos no están propicios y ejercitados para encontrar las verdades por sus propios auspicios, para resolver las cuestiones científicas, previa realización de magníficas experiencias.

La enseñanza de las ciencias puras ó aplicadas, está absolutamente penetrada de los principios del método del «redescubrimiento» (rediscovery), practicado en los laboratorios y en los talleres. Las lecciones de cátedra, de importancia muy exigua, preparan, acompañan ó confirman los estudios prácticos é investigaciones de laboratorio ó de taller.

Los métodos para la enseñanza de las ciencias de observación y de experimentación bajo sus aspectos los más simples en las escuelas primarias, industriales profesionales, como bajo otros aspectos superiores en las escuelas secundarias, llevan impreso el sello de un tan pujante modernismo, y, sobre todo, en las escuelas técnicas superiores toman un carácter manipulatorio de verificación ó realización experimental muy *sui generis* tanto que para ser puesto en vía de obra, necesitan poner en juego y solicitan á cada instante la iniciativa y saber positivo del alumno, y lo que ellos han dado en llamar el «self-help», ó sea que el alumno en el terreno de la investigación científica, metódicamente llevada á cabo, emprenda y se adueñe, con criterio propio y personal, del trabajo que se le encomienda.

En Europa, por lo general, el sistema adoptado para el estudio de las ciencias no es el más apropiado para desarrollar el espíritu de observación, ni el de análisis, ni el de inducción, ni el de aplicación á la realidad individual de las ventajas que proporciona una sana disciplina intelectual. Aprendemos la ciencia *hecha*, y no la manera de *hacerla*. Comprendemos, sí, las teorías de la ciencia, pero no aprendemos á desmenuzarlas, lo cual es distinto de lo primero.

Además, obedeciendo á los mandatos de una mal entendida rutina, almacenamos pasivamente en la memoria los resultados de un árduo é ingrato trabajo científico, muy señaladamente cuando se trata de ciencias naturales, químicas y también físicas. Si alguien se permite hacer alguna observación ó experimentación nueva, es por pura casualidad de hallazgo. En gran parte de Europa las acomodaciones de los juicios, de las doctrinas, de las tesis en mejores posiciones, á fin de facilitar su comprensión y adquisición, es labor de la exclusiva incumbencia de los sabios, ya éstos se llamen inventores, investigadores, críticos, eruditos.

En todo momento de los trabajos escolares, á partir desde su entrada en los jardines de la infancia hasta la salida de los Colegios técnicos, el joven americano sin apenas darse cuenta se siente empujado á realizar acto de iniciativa. En el curso de sus estudios, va acumulando insensiblemente en cada una de sus facultades intelectuales y morales, una suma de energía potencial que utilizará en sus situaciones ulteriores, en las diversas circunstancias de la vida, con arreglo á sus necesidades.

En Europa, en lo tocante al estudio de las ciencias naturales, químicas y también físicas, si se hacen algunas observaciones nuevas, éstas son de la incumbencia de los sabios. Las mismas experimentaciones no las llevan á cabo los alumnos, sino los catedráticos, que, con un poco de previo aparato escénico, las exhiben ante el público, con caracteres de espectáculo más ó menos divertido. Se transmiten á la mente de los escolares leyes científicas ya averiguadas y como muertas, en un orden de encadenamiento deductivo, más bien que inductivo. No es, pues, posible que la flexibilidad del espíritu analítico pueda adquirirse así. Con esta suerte de análisis de pura abstracción, que en nada se parece al análisis concreto é individual, al estilo americano, el espíritu de método, el hábito de la reflexión, de la circunspección y de la prudencia, cualidades esencialmente necesarias al observador y al investigador, no puede germinar, ni pueden existir.

Y según hace notar, con palabras vibrantes el gran escritor belga Emilio Waxweller. «Y como es en el dominio inmenso de la técnica en el que se encuentran las aplicaciones las más características de las materias de enseñanza de la escuela americana, ocurre por gravitación natural, que una educación moderna de la abstracción supone, forzosamente un recurso constante á la técnica. Es ésta una orientación pedagógica bien definida; ella es visiblemente suministrada por un estudio previo del medio social. «Será preciso añadir que una tal orientación responde de una manera estrecha á las convicciones que hoy se reclaman de los ciudadanos de nuestras democracias?»¹.

¹ De la carta-prólogo á la renombrada obra de Omer-Buyse, intitulada *Métodos Americanos de Educación general y técnica*. Editeurs: H. Dunod, E. Pinat, 3.^a Edit., París, 1913.

La originalidad de las instituciones docentes de América, en el importante capítulo de las ciencias físico-naturales está en que los métodos de enseñanza puestos en uso, soliciten á cada instante la iniciativa del alumno, y lo que ellos llaman el «self-help» ó sea que éste se adueña del trabajo ó trabajos que se le encomienda, según más arriba dejamos expuesto.

Estos trabajos desarrollan el sentido constructivo en los niños y adolescentes de una manera indefectible; ellos confieren, sin género de duda, ciencia personal, una comprensión clara del equilibrio y de la unidad en la acción necesaria para alcanzar un objeto, y hacen adquirir ideas de proporción y de simetría. Y consiguientemente enseñan; facilitando el aprendizaje de una serie de leyes físicas; dando libre expansión á los juegos de la imaginación y á las facultades de invención. Asimismo suministran un conocimiento cierto tanto de los materiales como de las fuerzas.

La generalidad de todos estos trabajos ocupan las tres cuartas partes del tiempo asignado al conocimiento de los programas. En muchas ocasiones, los maestros dejando de conceder importancia hasta á aquello mismo que están enseñando, extreman, en mayor ó menor grado cerca de los alumnos, sus habilidades y recursos de didáctica pedagógica, con la aspiración primordial de hacer que entren en ejercicio su espíritu de observación y de reflexión, su iniciativa y su juicio.

En los colegios técnicos y escuelas industriales de América, los trabajos manuales, el dibujo y las ciencias técnicas, hánse penetrado de la práctica de la profesión del obrero, lo mismo que si se tratara de un ingeniero; ellos refuerzan la ecuación personal de los individuos tendiendo á dar á la juventud un «capital preciso de métodos y de experiencias». Por ninguna parte resuena allí—como por desgracia sucede entre nosotros—la exposición doctrinal, más ó menos brillante y erudita, defecto *académico* de que adolece la instrucción latina.

El objetivo del americano es convertir la enseñanza, generalmente teórica y de memoria, en enseñanza activa, práctica, personalísima, que tenga por objeto despertar las aptitudes y facultades naturales del alumno. A este propósito la lectura, la escritura, y en muchas escuelas la geografía, la historia, los problemas

vulgares de la aritmética y del cálculo mental aparecen organizadas bajo formas de actividad personal.

Lo mismo decimos respecto á los conocimientos sencillos de la geometría y de sus ejercicios y aplicaciones, repetidas con toda la variedad y perfeccionamiento posible en los tableros ó pizarras y en los cuadernos de los escolares.

La literatura escolar, como todas las artes, es un trabajo de laboratorio. Hasta las mismas investigaciones etológicas, á fin de salvar las dificultades de su comprensión, disponen de claves y tácticas especiales que sería prolijo enumerar.

El sistema se ensancha con la edad. Con toda premeditación los profesores siembran gradualmente bajo los pasos de los alumnos, dificultades que estos deben aprender á juzgar y á vencer; el acto físico precede ó acompaña al acto del pensamiento; las ramas de la enseñanza, aun las más abstractas para nosotros, son presentadas bajo formas materiales y concretas y necesitan, para ser asimiladas, tanto como la vivacidad del pensamiento, la habilidad y destreza manual. La forma superior de la acción, los trabajos manuales, universalmente practicados en las escuelas, conforme ya lo dejamos consignado en otro capítulo, ante todo exigen que los alumnos sepan, poner su mayor ó menor cultura en relación con el interés general del saber humano.

He aquí el *leit motiv* del porqué en estrecha unión, realizan su programa con ingeniosidad y táctica sorprendentes, lleno todo él de aspiraciones elevadas, dentro de las que se reflejan claramente las profundas modificaciones que sufren las condiciones de existencia de los hombres, juntamente con las nuevas necesidades que ellas hacen nacer. Todos estos programas, eminentemente sugestivos y alentadores, van encaminados á convertir la enseñanza, generalmente teórica y memorista, en una enseñanza práctica, personalísima.

Si la enseñanza es especialmente de mecánica aplicada, el alumno, entonces es cuando pone á contribución todas sus iniciativas y recursos personales por cuyo intermedio logre arrancar á los aparatos sus secretos científicos ó técnicos. En esta clase de trabajo en el que el cerebro queda libre, el alumno toma hábitos de observación, de reflexión y de análisis; su inteligencia al par que se robustece se disciplina frente al esfuerzo calmado, preocupándose

por llegar, merced á largos y concienzudos estudios y averiguaciones personales, al conocimiento y dominio de verdades que después constituirán sin disputa alguna su patrimonio intelectual.

Los maestros americanos no piensan en otra cosa que en formar hombres, y no recitadores inútiles; en educarlos intelectual y físicamente, por medio de la posesión de sólidos conocimientos y de un completo desarrollo orgánico, y para nada se preocupan, de lanzar desde las aulas á la sociedad enciclopedistas sugestionados por el soplo pitagórico atañadero al progreso de las ciencias según el sentir antiguo, que no vivan la vida de su tiempo, que no estén preparados para cooperar eficazmente á la consecución de la superioridad intelectual de la patria, que no cuenten con un conjunto de métodos que responde á las exigencias de la sociedad moderna, que no vivan, en fin, la vida de su tiempo.

Librar el pensamiento y el sentimiento de toda suerte de tutela, reduciendo paulatinamente el papel del profesor en positivo provecho de la noción de responsabilidad que ha de alcanzar á la generación que se está preparando para la vida, tal es el objeto de la evolución operada en la educación á estas alturas.

Hacer que los niños obren y decidan libremente, cual si se hallasen en el mundo solos y desamparados; exaltar el placer en el esfuerzo, la alegría en la lucha, removiendo y venciendo todo género de obstáculos, lograr la posesión de sí mismo el «self-control», he aquí el *desideratum* de la educación americana.

Y cuando estos niños lleguen á la mayoría de edad, que sean hombres que «piensen con su propio pensamiento», frase feliz é incomparable, que figura estampada en la obra de Filosofía fundamental del gran filósofo J. Balmes.

Las escuelas europeas aparecen, como por ejemplo las *Waldschulen*, de Alemania, como jardines, en los cuales los árboles han sido podados por arboricultores celosos, que sin cuidarse de la esencia de los sujetos de estudio, no han dejado de cortar todas aquellas ramas que sobresalian del nivel que les estaba asignado. Su sola guía parece haber sido la regla rígida de la uniformidad y de la simetría formulada en los reglamentos, las prescripciones y las tradiciones. La escuela americana hace pensar en la espesura de los frondosos bosques de la Pensylvania, sitios en tierras

fecundas; y como todo lo que se relaciona con los hechos de la naturaleza, la idea de la floresta, parece avisar y hacer nacer en la mente de cada individuo, el espacio que le es necesario para tomar el aire libre que le ha de proporcionar su completo desarrollo.

He conseguido dar fin, Excelentísimo Señor, á mi modesto cometido. El ardiente deseo de que pueda, más tarde ó más temprano, redundar en provecho propio, algo de lo mucho bueno que, en materia de enseñanza, anda por esos mundos, es el acicate que ha movido, en la presente ocasión, los puntos de mi mal cortada pluma.

Las naciones, de consuno, despliegan á toda envergadura los elementos y recursos de que disponen, para alcanzar, cueste lo que cueste, estos dos esenciales fines: guiar la juventud y forjar los espíritus.

El mantenimiento de nuestra honra y de nuestro suelo, exige que tomemos una participación activa, en esta común tarea impuesta á las naciones. A todo trance, pues, cúmplenos tomar todo género de medidas y previsiones encaminadas á completar la organización de la enseñanza en sus diversas subdivisiones, para lo cual debemos abastecer los arsenales de la misma. «Tal vez nos hayamos perdido, tanto por pobres, como por ineptos. De pobres no podremos salir en muchos años; de la ineptitud debemos redimirnos cuanto antes. Están obligados á poner los medios para conseguirlo, no sólo el Estado, sino los individuos y las colectividades particulares que tengan recursos de sobra».

«Se trata de que la generación nueva, que hoy avanza por los años de la juventud, valga más que las anteriores, para poder contar mañana, no con hombres de carrera, sino con hombres de valer; para educarla de modo que aquí tengamos lo que no tenemos: hombres de carácter. La valía y los caracteres surgen en los individuos de la educación total. Fuertes en lo físico, enteros en lo moral, positivistas en lo intelectual, prescinden de todo lo que es inútil, porque no aprovecha al alma ni al cuerpo; se asimilan cuanto puede conducir á utilizar las energías y riquezas de la patria, dentro de ella y en sus relaciones con los demás

pueblos; viven en el presente están preparados para el porvenir; cultivan su espíritu, no con entretenidas y doctas ó callejeras lecturas, sino en las lecciones que la observación y la práctica proporcionen todos los días, en el trato con los demás hombres; y profesan el principio de que su persona y su nación jamás deben subyugarse á otra persona, ni á otra nación alguna».

«Vayamos por ese camino. Procuremos ser fuertes, animosos, entendidos, conocedores del mundo, hábiles en el empleo de las lenguas de los grandes pueblos, no apegados perezosamente al terruño y á la vida contemplativa, sino nacionalmente egoístas, siempre fijos en la idea de que el infortunio es pasajero, que otros los sufrieron tan grandes como nosotros, y que hemos de volver á ponernos en pie y á progresar. Tengamos fe en el porvenir. Propaguemos estas ideas entre la juventud desde los primeros pasos, repitiéndolas mientras frecuente las aulas, para que utilice la educación, que ha de hacerla distinguida, potente y útil».

«Para lograrlo hay que elevar la dignidad del maestro dotándole y atendiéndole bien, ya que se le exige mayor suma de trabajo; hay que convencer á los padres de familia de la necesidad de que tomen parte en la tarea educativa de sus hijos; hay que dignificar la instrucción elemental con el arraigo, desarrollo y difusión de la superior; y hay que redimir á la juventud obrera de la esclavitud, de la ignorancia y del abandono, continuando su educación preparatoria y profesional, por medio de las escuelas de adultos, establecidas en todos los municipios de España. Preciso es después plantear de una vez, y para siempre, la urgente reforma de la educación general, que suministra la Segunda enseñanza, para que sea íntegra, al abarcar la intelectual, la física, la moral y la artística, en esa edad de la vida, que es admirable campo de acción, en el que pueden formarse los hombres de valía, y donde germina, se nutre y se levanta el carácter. Al período de doce años, que desde los seis a los diez y ocho comprende la campaña de la instrucción primaria y de la Segunda enseñanza, á los propósitos que acabamos de exponer, está dedicado este libro».

«La reforma, la revolución en el procedimiento educativo, necesita el concurso de todos. Bien empleados el tiempo y las doctrinas que exija su ejercicio, la educación completa servirá para

asentar sobre firmísima base el estudio de las carreras. El que pertenezca después á cualquiera de ellas no será un especialista sin cultura general, un explotador de un conocimiento determinado, un hombre á medias, será un hombre del presente, no instruído, sino educado; no contenido dentro de los estrechos límites de su profesión, sino preparado para todo; no literato sólo, como Víctor Hugo ó Dumas ó Dickens, ó científico sólo, como lo son muchos, sino científico profundo y literato elegante á un tiempo, como Tyndall, como Helmholtz, como Berthelot, como Virchow, como Saavedra y como Echegaray. Para ello es necesario estudiar de todo y estudiar mucho; y precisamente ese es el carácter de la educación total, que recibida en la Segunda enseñanza, se repite progresivamente durante el resto de su vida. Si no se habitúa á ella el hombre desde el Instituto, ¿qué podrá hacer después? Nada. Ocultar su insuficiencia, echando la culpa á los demás, de que no saben una palabra.

«Avance la juventud hacia esos horizontes, y á ella se deberá la restauración del poder y del crédito de la patria. De los hombres rutinarios, pobres de espíritu y faltos de cultura, hay que temer que sólo sirvan para perpetuar nuestras desgracias; de los hombres inteligentes, prácticos y de carácter esperamos la renovación de las energías y de las glorias de nuestra vida nacional»¹.

A pesar de la inmensa gravedad de los actuales momentos para el porvenir de la patria, ciertamente, si todos nos empeñamos en elevar el estado de nivel de nuestra cultura; si todos trabajamos con entusiasmo, y evitamos que las personalidades nacientes para la ciencia, dejen de pasar en lo sucesivo bajo los pesados rodillos del laminador igualatriz que deforma los cerebros suprimiendo toda originalidad para la cultura propiamente patria; si no cejamos en seguir muy de cerca las modalidades y fases sucesivas del progreso, cosa impuesta por la tradición del espíritu nacional, la regeneración de España será un hecho.

Terminaré con unas sapientísimas frases de un doctísimo jurisconsulto español: «Seamos tradicionalistas. Tradicionalistas sí, pero no petrificados, en un momento determinado de la historia, porque el mundo marcha; tradicionalistas sí, pero no mirando

¹ R. Becerro de Bengoa, loc. cit., págs. 379, 380 y 381.

atrás, donde jamás encontraréis ideal alguno, sino mirando adelante, porque el progreso humano es indefinido é infinito y no en balde somos hijos de aquel pueblo, grande, aun en medio de sus errores y flaquezas, que ha roto las antiguas columnas de Hércules y que ha escrito como lema de su escudo: PLUS ULTRA¹.

Pongamos en práctica, añadido yo, siguiendo el alto ejemplo de los americanos, los métodos viriles que la escuela deposita en los músculos y en los nervios de la juventud. Digamos como ellos: *realizar el esfuerzo*; proclamando á viva voz las cualidades que la escuela debe desarrollar y fijar en la raza, á fin de aumentar las virtudes que constituyen el valor del pueblo español, y de procurar los medios para hacer prosperar su patrimonio y para asegurar su expansión en el mundo, en todo lo cual le cabe no poca gloria por cierto á la *Universidad española*, que en su seno amantísimo encierra el «alma de verdades» que ha nutrido la inteligencia de la intelectualidad, que es flor y nata de la cultura española.

HE DICHO.

¹ R. de Ureña y Smenjaud. Discurso leído en la Solemne inauguración del curso académico de 1906 á 1907 en la Universidad Central.